

# AUTOBIOGRAFÍA RUBÉN JARAMILLO



**AUTOBIOGRAFÍA**  
**RUBÉN JARAMILLO**

# CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



## SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

*Secretaria de Cultura*



## INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

*Director General*

# **AUTOBIOGRAFÍA**

# **RUBÉN JARAMILLO**

MÉXICO 2022

Portada: Miguel Henríquez Guzmán y Rubén Jaramillo entran a Xoxocotla, mayo de 1952. Imagen expuesta en el Museo Comunitario “Rubén Jaramillo”, Tlaquiltenango, Morelos.

Para la presente edición, en interiores se usaron las mismas imágenes de la edición impresa en 2014 por la Unicam Sur y Libertad bajo palabra Editores. Se añadieron al final, y a manera de álbum, fotos del Museo Comunitario “Rubén Jaramillo” en Tlaquiltenango, Morelos, y otras más solicitadas por el INEHRM a la Mediateca del INAH y al AGN.

Ediciones en formato impreso:

Primera, segunda y tercera ediciones,  
Editorial Nuestro Tiempo, 1967, 1973 y 1978.  
Cuarta edición, Universidad Campesina del Sur /  
Libertad bajo palabra Editores, 2014.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2022.

D. R. © Rubén Jaramillo Ménez.

D. R. © Plutarco Emilio García Jiménez, Introducción.

D. R. © Daniel Librado Luna Cárdenas, Presentación.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México (INEHRM),  
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,  
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.  
[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-355-8

HECHO EN MÉXICO

## CONTENIDO

Presentación .....	7
<i>Daniel Luna</i>	
Prólogo a la edición de 2014 .....	13
Introducción .....	15
<i>Plutarco Emilio García Jiménez</i>	
Orígenes y revolución .....	23
Las instituciones, puertas cerradas .....	37
Rubén Jaramillo y Lázaro Cárdenas .....	47
Ayuden al general Ávila Camacho .....	61
Con la barba y las armas sobre el hombro .....	75
Ante el ejército, la expectativa .....	95
En Morelos no manda Cárdenas .....	107
Los federales y la guerrilla .....	121
Argucias de Ávila Camacho .....	133
Política contra lucha revolucionaria .....	149
Las armas, único camino .....	165
Bibliografía existente sobre el jaramillismo .....	171
Álbum fotográfico .....	175



## PRESENTACIÓN

Daniel Luna

A 60 años del asesinato de Rubén Jaramillo y su familia, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) organizó el foro “Rubén Jaramillo: zapatista, agrarista y dirigente”. En este evento académico participaron las historiadoras Tanalís Padilla y Magdalena Pérez Alfaro, quienes reflexionaron en torno a la vida y lucha social del líder social morelense. El INEHRM también recordó al dirigente campesino a través de las redes sociales en una campaña de recuperación de la memoria histórica del movimiento campesino en el Morelos posrevolucionario. De igual forma, el INEHRM fomenta el conocimiento de la lucha jaramillista mediante la publicación de los textos que preservaron la memoria del movimiento.

Como parte de este esfuerzo se publica en formato digital la *Autobiografía* de Rubén Jaramillo. Originalmente editada en 1967 por la Editorial Nuestro Tiempo, el libro circuló principalmente entre militantes y colectivos de izquierda, quienes eran el principal público consumidor de los libros de dicha casa editorial. La *Autobiografía* de Rubén Jaramillo se volvió a publicar en 1973 y en 1978, en este año Editorial Nuestro Tiempo también publicó el libro *Los jaramillistas* del historiador Renato Ravelo Lecuona, una historia oral colectiva del movimiento campesino en Morelos. Ambos se con-



virtieron en los textos clásicos de la historia jaramillista. De igual modo, José de Molina compuso “El corrido de Rubén Jaramillo”, incluido en el LP *Cánticos y testimonios* (1971) para denunciar el crimen político de Xochicalco.

El asesinato de Rubén Jaramillo provocó reacciones diversas en la clase intelectual y artística del país. Escritores con simpatías de izquierda señalaron que el Estado mexicano había asesinado su propia herencia zapatista, agrarista y campesina. El presidente Adolfo López Mateos, quien había otorgado una amnistía al dirigente social y se había fotografiado abrazándolo, fue señalado como corresponsable del crimen al permitir la impunidad en la matanza de Xochicalco.

Apenas unos días después del crimen, el 27 de mayo de 1962, en una asamblea del Movimiento de Liberación Nacional que se realizaba en Zamora, Michoacán, el general Lázaro Cárdenas pidió un minuto de silencio en memoria de Rubén Jaramillo y de su familia. Poco tiempo después, el general Cárdenas, acompañado de Gastón García Cantú y de otras personas visitaron Tlaquiltenango para hablar con los familiares del dirigente. También se dirigieron al sitio donde fueron asesinados: “Bajamos a la cañada y permanecemos varios minutos al pie de un árbol (tepehuaje) frente al lugar en que cayeron estas nuevas víctimas que lucharon por la causa agraria de México, que tantos sacrificios ha costado a la masa rural”. El general Cárdenas también envió una nota al presidente López Mateos en la que le solicitó que “sea investigado el crimen que la prensa viene silenciando”. Cárdenas le señaló que el crimen perjudicaba su propia imagen, la de su gobierno y la del país.

Como era usual, la impunidad prevaleció a pesar de la presión por resolver el crimen de la familia Jaramillo. Durante el siglo XX, el asesinato selectivo de líderes sociales fue una conducta reiterada del sistema político mexicano. A lo largo y ancho de la república fueron numerosos los episo-

dios de violencia contra individuos o colectivos que exigían el respeto a sus derechos constitucionales. La violencia de Estado dejó su huella indeleble en generaciones de mexicanos, que la padecieron tanto en el campo como en la ciudad. A pesar de la represión, la sociedad mexicana se manifestó reiteradamente en contra de la impunidad y la violencia política. Incluso la cantautora Judith Reyes subrayó el parecido existente entre el gobierno de Porfirio Díaz y los de la posrevolución en su canción “Los restos de don Porfirio”.

El movimiento social encabezado por Rubén Jaramillo fue dinámico y se adecuó a las exigencias del momento. Primero apeló a los cauces institucionales, cuando éstos fallaron recurrió entonces a las correrías guerrilleras y a la fuerza de las armas, depuso su actitud para buscar el cambio mediante las elecciones. Al corroborar el fraude sistemático del gobierno, Rubén Jaramillo ejerció la acción social directa al invadir los llanos de Michapa y El Guarín. Al encontrar cerrados los cauces legales, Jaramillo intentó acercarse al presidente Adolfo López Mateos, pero éste se negó a recibirlo. Tras el crimen de Estado, López Mateos tampoco procuró la justicia debida.

El movimiento jaramillista continuó la lucha zapatista en Morelos. Líderes sociales como Rubén Jaramillo, que había interiorizado el credo zapatista, se convirtieron en gestores sociales que ayudaron a sus comunidades a tramitar créditos y a establecer proyectos sociales. Durante los años posrevolucionarios fueron aliados del Estado, pero cuando la Guerra Fría dio marcha atrás a las reformas sociales, los antiguos compañeros se convirtieron en críticos de peligro. De igual modo, la Revolución encumbró a políticos “logreros” que se beneficiaron del trabajo colectivo y de la ignorancia de los campesinos. La lucha jaramillista demandó principalmente educación para los hijos del campesinado, una educación con características técnicas y útil para generar mejoras en las comunidades campesinas. Estas deman-

das fueron constantemente bloqueadas por los gobiernos de Morelos.

La *Autobiografía* de Rubén Jaramillo es la historia de un líder y de una comunidad rural frente a la modernidad capitalista, representada primero por los hacendados porfiristas y después por el Estado posrevolucionario. En sus páginas podemos conocer los padecimientos campesinos ante la imposición del peonaje acasillado en el Porfiriato, así como la explotación monopolista del ingenio azucarero “Emiliano Zapata”. De igual modo, Jaramillo relata la experiencia campesina ante el cambio histórico, señala que en las comunidades existían conductas diversas frente al Estado. Algunos campesinos participaron activamente en las reformas, mientras otros las criticaron y lucharon por generar proyectos de autogestión comunitaria, como el que se describe en el Plan de Cerro Prieto.

Rubén Jaramillo luchó por mejorar las condiciones de vida del campesinado morelense. El líder social de Tlaquiltenango señaló reiteradamente la corrupción existente en las instituciones, denunció los negocios turbios encabezados por los malos gobernadores del estado, así como su postura autoritaria ante los representantes campesinos. El texto es también una denuncia de la soberbia ejercida por los hombres de la urbe ante los campesinos de Morelos y del país, es también una evidencia de la discriminación y el clasismo existente en los órganos de gobierno.

Al paso de las décadas, la *Autobiografía* de Rubén Jaramillo se convirtió en un referente de la “digna rabia” a la que apelaron los indígenas mexicanos. En 1994, uno de los lugartenientes de Rubén Jaramillo, Félix Serdán, se unió a la lucha política del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). En Morelos se convocó a una reunión a la que asistieron viejos zapatistas y jaramillistas, así como sus hijos y nietos. De la reunión surgió la *Declaración morelense*, fechada

el 27 de marzo de 1994, dirigida al Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General del EZLN:

Hermanos: Con palabra verdadera, con decisión y dignidad respondemos a su llamado para decirles que no están solos y que no será en vano el sacrificio que han emprendido para conquistar la libertad, la democracia y la justicia con dignidad para todos los mexicanos, marginados, perseguidos, empobrecidos a los que con la firma del Tratado de Libre Comercio y la reforma al artículo 27 constitucional, el sistema oligarca orilla a una mayor pobreza, ignorancia y muerte.

El documento señaló que los veteranos zapatistas y jaramillistas habían decidido apoyar la Declaración de la Selva Lacandona “porque representa los derechos y aspiraciones de todos los mexicanos que por siglos se nos han venido negando”. Señalaron también que la lucha de Emiliano Zapata y de Rubén Jaramillo coincidían con la del EZLN: “en la restitución de las tierras, montes y aguas a sus originarios y legítimos dueños: los pueblos indígenas del país... ¡Viva el Plan de Ayala! ¡Viva el Plan de Cerro Prieto! ¡Viva la Declaración de la Selva Lacandona!”.

Como lo señaló el EZLN, la lucha social de Rubén Jaramillo y de los campesinos morelenses está hermanada con la de Emiliano Zapata y con las luchas históricas del pueblo mexicano. A 60 años del crimen de Estado, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México publica en línea la *Autobiografía* de Rubén Jaramillo para fomentar entre las nuevas generaciones de mexicanos el conocimiento de la lucha campesina del siglo xx.

San Ángel, diciembre 2022.



## PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2014

**E**n 1967, a cinco años del asesinato de Rubén Jaramillo y su familia, la Editorial Nuestro Tiempo publicó su autobiografía como primera parte del libro *Rubén Jaramillo, Autobiografía y Asesinato*. En una segunda parte se incluía un trabajo del periodista Froylán C. Manjarrez, titulado *Matanza en Xochicalco*. Se realizó una segunda edición en 1973 y una tercera, en 1978. Después de más de 30 años, varios investigadores y simpatizantes del movimiento jaramillista intentaron hablar con los fundadores de la editorial para proponerles una cuarta edición. El licenciado Alonso Aguilar Monteverde manifestó interés por la propuesta, pero a los pocos años falleció.

Posteriormente, un grupo de investigadores y dirigentes campesinos encabezados por Renato Ravelo, autor de *Los jaramillistas* (1978), acordaron formar una Asociación Civil para el resguardo de documentos históricos, fotografías, entrevistas y videos del jaramillismo, y de paso reeditar la autobiografía, lamentablemente se produjo el fallecimiento de Ravelo y el proyecto quedó en el limbo.

Hoy, con apoyo de varios amigxs<sup>1</sup> y simpatizantes del movimiento jaramillista, tomamos de nueva cuenta la ini-

<sup>1</sup> En especial, quisiéramos agradecer a los hermanos Fermín, Marina y Soya Rodríguez, a Javier Orihuela y al profesor Héctor Valle. Su apoyo económico fue importante para lograr esta publicación.

ciativa de publicar la autobiografía. Para ello se realizó una investigación en la que pudimos constatar que la editorial hace varios años que desapareció, por lo que no es posible una cuarta edición. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que los derechos de un documento histórico como la autobiografía de Rubén Jaramillo nos pertenecen a todxs y que es responsabilidad colectiva su resguardo. No obstante, antes de reproducirlo consultamos con familiares y algunos de los pocos excombatientes jaramillistas, como don Félix Serdán, Cirilo García y descendientes de Mónico Rodríguez, quienes no sólo manifestaron su interés, sino la urgencia de que dicho material sea reproducido y difundido.

El manuscrito publicado por la Editorial Nuestro Tiempo comienza con el relato de Rubén Jaramillo desde su incorporación al Ejército Libertador del Sur, en 1914, hasta 1946, cuando el dirigente popular fue nuevamente perseguido, después de las elecciones de ese año y la represión violenta de una asamblea del Partido Obrero-Agrario Morelense en Panchimalco, municipio de Jojutla. Para entonces, Jaramillo nuevamente tuvo que refugiarse en las montañas del sur de Morelos.

El líder agrario ya no registró, en su peculiar estilo literario, numerosos acontecimientos de la década de los años cincuenta y sesenta, varios de los cuales se recogen en la introducción de esta edición.

Esperamos que muchxs luchadorxs, campesinxs, historiadorxs y estudiosxs del zapatismo y del movimiento campesino mexicano reciban con interés este valioso material y, entre todos, evitemos que el tiempo lo lleve al olvido.

LOS EDITORES  
[Libertad bajo palabra]  
Mayo 23 de 2014



## INTRODUCCIÓN

**E**l 23 de mayo de 1962, Xochicalco, altar venerado de las culturas teotihuacana y tolteca, fue testigo de un crimen político que conmovió la conciencia nacional y que aún no se ha esclarecido por el gobierno. Nos referimos al brutal asesinato del dirigente campesino y popular Rubén Jaramillo Ménez, quien desde los años veinte fuera uno de los más fieles e incorruptibles continuadores de los ideales y la lucha del general Emiliano Zapata Salazar.

Rubén Jaramillo, junto con su esposa Epifania Zúñiga García y sus hijos Enrique, Ricardo y Filemón, fueron secuestrados por soldados vestidos de civil al mando del capitán José Martínez y trasladados en vehículos militares a las inmediaciones de las ruinas de Xochicalco, donde horas después fueron ultimados con armas reglamentarias del Ejército Mexicano. Así, bajo los rayos ardientes de un sol de mediodía, corrió la sangre generosa sobre la tierra fértil, donde los héroes crecen exuberantes, rectos y dulces como la caña de azúcar y el maíz.

Originario del mineral de Real de Zacualpan, Distrito de Sultepec, Estado de México, donde nació en 1900, Rubén Jaramillo radicó desde su tierna infancia en Tlaquiltenango, Morelos, hacia donde emigraron sus padres don Atanasio Jaramillo y doña Romana Ménez, debido a la decadencia de la actividad minera en su tierra natal.



Huérfano de padre y madre, a los 14 años ingresó al Ejército Libertador del Sur, bajo el mando del coronel Dolores Oliván, que operaba en el Distrito de Chiautla, estado de Puebla. A la edad de 17 años, gracias a su buen comportamiento y valentía, se le otorgó el grado de capitán primero de caballería, con 80 soldados bajo sus órdenes.

Después de las ejecuciones de varios oficiales zapatistas, entre ellos los generales Otilio Montaña y Lorenzo Vázquez, Jaramillo piensa que hay una grave *decadencia revolucionaria*, pues abundan las intrigas, algunos oficiales ya no obedecen al general Zapata, otros otorgan ascensos y nombramientos a quienes no lo merecen, *y para no seguir el camino de los malos revolucionarios que no podrán sostenerse si antes no hacen daño al pueblo*, Jaramillo llama a sus soldados a replegarse en diciembre de 1918, a fin de reservar sus vidas para mejores tiempos. *Guarden sus fusiles* —les dijo a sus soldados— *donde los puedan volver a tomar*.

Tras la traición y muerte del general Zapata, la represión carrancista contra los zapatistas fue implacable y brutal. Jaramillo, siendo trabajador de la hacienda de Casasano cayó en prisión junto con otros compañeros y fue a cambio de una elevada multa como logró su libertad. Una vez en libertad, en compañía de su hermano Porfirio, emigró al norte del país en busca de trabajo, pero también con la esperanza de unirse con los revolucionarios que operaban en aquella región. Trabajó un tiempo en el ingenio azucarero de Agua Buena en San Luis Potosí y después como obrero en El Ébano, Tamaulipas, al servicio de las compañías petroleras todavía en manos de extranjeros.

En 1920, en plena efervescencia de la sublevación obregonista contra Carranza y tras la muerte de éste, Jaramillo regresó a Tlaquiltenango. En el plano nacional se había producido un cambio en la correlación de fuerzas y en la coyuntura política con la derrota del carrancismo —enemigo

principal de zapatismo— y con el arribo al poder del general Álvaro Obregón, quien ofreciera a los zapatistas dar cumplimiento a las demandas del Plan de Ayala.

En estas condiciones, el movimiento armado que aún sostenían algunos jefes zapatistas en Morelos resultaba política y militarmente insostenible. La necesidad de un cambio de táctica escindió a los combatientes del Ejército Libertador del Sur. La mayoría pensó que lo mejor era incorporarse al aparato del Estado y aceptar los puestos políticos que ofrecía Obregón; otra fracción no confiaba en las promesas de éste y no estaba dispuesta a negociar la autonomía del movimiento, y prefirió mantenerse independiente con la idea de presionar desde abajo al gobierno, aunque abandonando la lucha armada. Jaramillo formó parte de esta última tendencia que se convertiría en la más radical e intransigente del zapatismo.

*Desde hoy —dijo Jaramillo— la revolución... más que de armas ha de ser de ideas y de gran liberación social.* Bajo esta nueva concepción estratégica, Jaramillo retomó la lucha por la tierra en forma pacífica y, con base en el ofrecimiento de Obregón de que cumpliría con el Plan de Ayala y en el llamado del gobernador José G. Parres, para otorgar dotaciones provisionales, organiza junto con un grupo de excompañeros de armas un Comité Provisional Agrario en Tlaquiltenango.

Una vez conquistada la dotación de tierras en 1921, Rubén Jaramillo constituyó, en 1926, la Sociedad de Crédito Agrícola de Tlaquiltenango e inició una difícil lucha en contra de los acaparadores e industrializadores de arroz en la región centro y sur de Morelos, la cual duró varios años sin conseguir objetivos deseados.

En 1933, Rubén Jaramillo y la mayoría de los veteranos zapatistas apoyaron la candidatura presidencial del general Lázaro Cárdenas, a quien le solicitaron la construcción de un ingenio azucarero y diversas obras públicas para la región de Jojutla y Zacatepec. Siendo ya presidente de la Repú-

blica, el general Cárdenas ordena la construcción del ingenio solicitado en Zacatepec, el cual se inaugura el 5 de mayo de 1938, con el nombre de Emiliano Zapata. El ingenio sería administrado por la Sociedad Cooperativa de Ejidatarios, Obreros y Empleados, de cuyo Consejo de Administración Rubén Jaramillo fue el primer presidente.

En poco tiempo el ingenio se convirtió en un centro de conflictos, donde ejidatarios y obreros tuvieron que luchar contra caciques y gerentes que veían en la nueva empresa social un jugoso botín para satisfacer sus ambiciones de dinero y de poder. La decidida oposición de Jaramillo contra todo tipo de corruptelas e injusticias le valió la persecución de gobernadores como Elpidio Perdomo y Jesús Castillo López, por lo que en 1943 volvió a tomar su fusil y se lanzó a los montes junto con un grupo de excombatientes zapatistas, para protegerse de la represión del gobierno local y de los caciques, proclamando el Plan de Cerro Prieto, basado en el formato y las ideas del Plan de Ayala.

Fue gracias a la intervención del general Cárdenas, que Jaramillo y sus soldados fueron amnistiados por el gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho en junio de 1944. Ya en la legalidad, el grupo jaramillista creó el Partido Agrario-Obrero Morelense (PAOM) a finales de 1945 y Rubén Jaramillo es designado candidato de este partido a la gubernatura del estado de Morelos, llevando como bandera su Programa Mínimo de Acción Política y de Gobierno. Aunque los seguidores de Jaramillo aseguran que triunfó, la maquinaria electoral del flamante Partido Revolucionario Institucional (PRI) alemanista jamás hubiese aceptado una derrota electoral. Por el contrario, los jaramillistas serían objeto de la más violenta persecución, viéndose obligados a remontarse nuevamente en las montañas.

Desde la clandestinidad, Jaramillo apoyó a los campesinos en contra de la aplicación indiscriminada del *rifle sa-*

*nitario*, impuesto por los gringos, contra la fiebre aftosa del ganado en los estados de Morelos, Guerrero y Michoacán; se solidarizó con los jóvenes para que el servicio militar no lo hicieran acuartelados sino en sus municipios. Gran parte de sus esfuerzos los dedicó a dirigir la lucha de los obreros y los ejidatarios cañeros de los ingenios de Zacatepec y Atencingo.

En 1951, el movimiento jaramillista irrumpe de nueva cuenta en el escenario político electoral y concerta una alianza con el general Miguel Henríquez Guzmán, candidato a la presidencia de la República por la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano. Jaramillo es nuevamente candidato a gobernador de Morelos. Realizadas las elecciones de julio de 1952 no se le reconoce el triunfo ni a él ni a Henríquez Guzmán y vuelve a refugiarse en la sierra. Andando nuevamente *alzado*, en 1955, sufre la pérdida de su hermano Porfirio, quien libraba una prolongada lucha contra el cacicazgo de William Jenkins, terrateniente norteamericano, propietario del ingenio de Atencingo en el estado de Puebla.

Fue en 1958 cuando el entonces candidato a la presidencia del PRI, Adolfo López Mateos, le ofreció garantías para que volviera a la legalidad. En estas condiciones, Jaramillo siguió apoyando las luchas cañeras, intentó democratizar la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos de la CNC, así como algunos municipios del estado. Jaramillo era ya un símbolo de la lucha campesina; por ello, tuvo un gran valor su apoyo a las luchas de los trabajadores ferrocarrileros, al movimiento magisterial que dirigía Othón Salazar (1959-1960), a los movimientos cívicos y populares en Guerrero. Por si fuera poco, al declarar su simpatía por la Revolución Cubana y al Movimiento de Liberación Nacional inspirado por el general Cárdenas, el líder campesino morelense se definió como un representante popular de izquierda y contrario al sistema.

En 1961 y 1962, con más de 1000 campesinos tomó los llanos de Michapa para crear el Nuevo Centro de Población Otilio Montaño. Esta fue su última batalla por la tierra; y su sueño de crear una comunidad progresista y con visión de desarrollo integral se vio frustrado por la más violenta represión. Caciques ganaderos, ricos fraccionadores, funcionarios federales y estatales se unieron en santa alianza para impedir semejante atrevimiento. El jefe del Departamento Agrario, Roberto Barrios, afirmó que de no impedir el avance del proyecto jaramillista les habrían dejado una mina de oro.

Tan rica trayectoria de lucha y tan sólida congruencia del movimiento jaramillista, heredada del zapatismo, no podía ser permitida por el gobierno mexicano ni por los intereses de los Estados Unidos; y cuando los jaramillistas ya estaban en paz, se produjo el brutal asesinato del líder, su esposa Epifania Zúñiga y sus hijos, el 23 de mayo de 1962. Los responsables políticos, jurídicos e históricos del crimen de Xochicalco fueron desde el presidente de la República, Adolfo López Mateos; el entonces secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz; el Secretario de la Defensa Nacional, el Procurador de Justicia de la Nación y el gobernador del estado de Morelos, Norberto López Avelar, quien también participara en la emboscada tendida al general Zapata en Chinameca. Jamás se investigó ni se ejerció acción penal alguna contra todos ellos ni contra los actores materiales. Sólo la historia los ha juzgado ya.

A lo largo de 47 años de lucha, Rubén Jaramillo combinó y alternó la lucha legal y la gestoría, la movilización de los campesinos y trabajadores, la lucha electoral y la auto-defensa armada para protegerse de la represión oficial y de los caciques locales, sin que ello significara necesariamente una ruptura con el Estado, ni una declaración de guerra al gobierno federal.

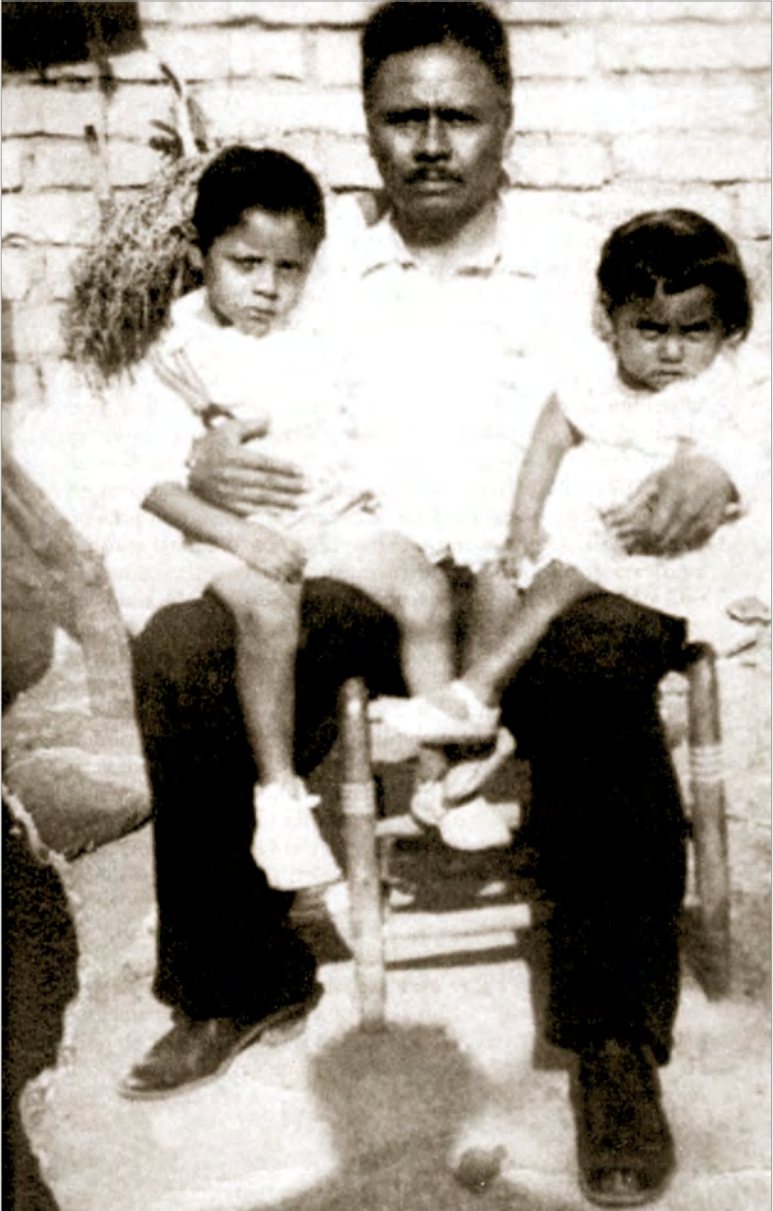
Jaramillo, igual que Zapata, no era un letrado, ni mucho menos teórico, pues apenas sabía escribir lo necesario para la gestión campesina y sus programas de lucha. Fue un revolucionario práctico con un discurso profético, lleno de parábolas, citas bíblicas y de frases incendiarias aprendidas de los magonistas; su lenguaje era perfectamente entendible y asimilado por una población analfabeta, pero ávida de mensajes esperanzadores. Jaramillo sostenía que el pueblo sólo unido y organizado podría ser respetado y que los luchadores sociales debían poner en práctica todas las formas de lucha posibles.

Rubén Jaramillo fue un gran defensor de la agricultura campesina, de los valores comunitarios, la democracia y la honestidad no sólo de los gobernantes sino de los que se dicen defensores del pueblo. Por eso las organizaciones campesinas y populares democráticas tienen mucho que aprender de la histórica y heroica lucha jaramillista, cuyos ideales son tan vigentes como los de Zapata.

Podemos afirmar que las aportaciones políticas e ideológicas más importantes del movimiento jaramillista son la gran riqueza de ideas y proposiciones programáticas, la estrecha vinculación de la acción política partidista con el movimiento social y popular, la defensa intransigente de valores éticos en que basó su quehacer político, así como su profunda convicción de clase al lado de los explotados, que puede resumirse en sus propias palabras:

Yo no puedo, a cambio de nada, traicionar a los hombres de mi clase, por lo cual y a pesar de su incomprensión acerca de mí, estoy dispuesto a sacrificar aun mi propia vida, para seguir sosteniendo esta lucha que los campesinos y obreros tendrán que hacer suya un día no lejano.





## ORÍGENES Y REVOLUCIÓN

**S**u padre se llamó Atanasio Jaramillo y fue bisnieto del general Julián Jaramillo Corral, amigo y colaborador del Benemérito de las Américas, licenciado don Benito Juárez. Don Atanasio falleció en el año de 1903, quedando viuda la señora Romana Ménez Nava de Jaramillo, con sus siguientes hijos: Beatriz, Antonio, Francisco Rubén, Porfirio y Reyes Jaramillo.

Los esposos Jaramillo procedían del mineral de Zacualpan, Estado de México. Don Atanasio Jaramillo era un experto minero y doña Romana era campesina y ambos tenían numerosa familia en Cuernavaca, Yautepec, Tlaquiltenango, Jojutla, desde antes que estos pueblos fueran parte del estado de Morelos, pues pertenecían al Estado de México. Allá por el año de 1902, unos 38 años después de la fundación del hoy estado de Morelos, los esposos Jaramillo, con motivo de los trabajos de la construcción de canales, emigraron al territorio morelense donde procrearon a sus hijos. Después de algunos años de azaroso trabajo don Atanasio fue atacado por una fuerte enfermedad pulmonar y regresaron a su tierra natal, donde luego a poco falleció. Un año después la señora Jaramillo regresó al estado de Morelos con sus hijos, todos menores de edad, y reconoció por residencia al municipio de Tlaquiltenango, donde se tiene conocimiento que nacieron Francisco Rubén, Porfirio y Reyes Jaramillo. Pero hay quien diga que, aunque nacieron en Tlaquiltenango, su



registro civil fue hecho en el mineral de Zacualpan, Estado de México, pero ciudadanos de los más viejos de Tlaquiltenango reconocen que los Jaramillo son más de Morelos que del Estado de México. Y máxime cuando el estado de Morelos está sentado sobre territorio del Estado de México y así se demuestra por el grande cariño que los Jaramillo siempre han demostrado a Morelos.

La señora Romana Ménez Nava viuda de Jaramillo sufrió, juntamente con sus hijos, los más duros estragos de la Revolución de 1910. Cuando la suspensión de garantías en 1912 y 1913 fue a vivir a las montañas del municipio de Tlaquiltenango, no sólo alimentando a sus hijos sino dando alimentos a los revolucionarios.

Pero allá por los meses de mayo y junio de 1914, a causa de un piquete de alacrán, falleció cerca de un lugar denominado Los Elotes, del municipio de Tlaquiltenango.

Quienes esto escribimos recordamos que allá por el año de 1943, en el mes de abril, pasamos por el punto donde falleció la autora de los días del hoy jefe rebelde Rubén Jaramillo, y nos dijo, a más de 85 hombres que lo seguíamos:

Miren, compañeros, en este lugar murió mi madrecita a causa de un piquete de alacrán y con lágrimas en sus ojos y sin poderla proteger pues mis hermanos y yo éramos pequeños y no sabíamos qué hacerle. Serían las tres de la tarde de ese día cuando ella cerraba sus ojos para no volverlos a abrir jamás. En el acto dimos aviso a nuestra hermana mayor y ésta movilizó a las gentes de aquella ranchería donde fue velado el cuerpo, y al día siguiente, muy de madrugada, salimos con el cuerpo para el municipio de Tlaquiltenango en cuyo panteón fue sepultada. Se estaba abriendo el sepulcro y con pendiente de que los federales no fueran a romper el sitio, pues los revolucionarios los tenían acorralados en la hacienda

de Zacatepec, donde cada momento se oía el traqueteo de los fusiles, ametralladoras y cañones de ambos lados. Así quedamos huérfanos mis hermanos y yo

Dijo Rubén Jaramillo y seguimos nuestro camino.

Pasó el año de 1914, y a fines de 1915 Jesús Zorrillo,<sup>1</sup> como de 18 años, y uno de sus amigos pudo convencer a Jaramillo de las ideas revolucionarias de Tierra y Libertad. El compañero Rubén Jaramillo aceptó empuñar las armas incorporándose al grupo revolucionario que comandaba J. Zorrillo. Así comenzó Rubén M. Jaramillo su carrera de armas. Más tarde por dificultades habidas entre el general Eutimio Rodríguez y Agustín Rodríguez, con quien Jaramillo cultivara gran amistad, para evitar mayores consecuencias, dejó Tlaquiltenango y fue a militar bajo las órdenes del coronel zapatista, señor Dolores Oliván, que operaba en todo el Distrito de Chiautla, del estado de Puebla, quien al ver los comportamientos de firmeza de Rubén M. Jaramillo, entonces como de 17 años de edad, lo ascendió al grado de Capitán Primero de Caballería con no menos de 75 hombres perfectamente armados y montados. El excelente comportamiento de este jefe revolucionario muy pronto hizo que el cariño y simpatía de las gentes que habitaban esta montañosa región creciera alrededor de Jaramillo.

No obstante su poca edad, sabía cómo tratar a esas gentes y de esta manera en el campamento jaramillista siempre había la ración que en otros faltaba, porque los ciudadanos de otros lugares lo surtían de todo lo indispensable, y siempre se veía a Jaramillo rodeado de las gentes del pueblo y él, con ese carácter sencillo y afable que nunca le falta, atendió a todos. Fue tan grande el aprecio y reconocimiento de esas gentes para Jaramillo que hasta el día de hoy cuenta con ese

<sup>1</sup> El nombre correcto es Cerrillo.

popular aprecio y goza de muy buen testimonio, a tal grado que los fuertes contingentes que desde el año de 1943 lo han perseguido por el hecho de seguir sosteniendo sus ideas revolucionarias a favor del pueblo, nunca han podido con él, por más que así lo han procurado sus muy poderosos enemigos federales y civiles.

Más tarde, el coronel Oliván fue invitado por el general Victoriano Bárcenas, de Tlapala, municipio de Huitzucó, Guerrero, para pasarse al bando carrancista y hacer armas en contra del general Zapata, cosa que el coronel Oliván no aceptó y por esta razón se desató una dura persecución en toda aquella zona, que ya era insostenible aquella situación. Esto fue en el año de 1918. Ya a fines de este año y cuando muchos jefes, desoyendo la voz autorizada del general Emiliano Zapata, se dedicaban más al pillaje que a pelear contra el enemigo, Jaramillo regresó al estado de Morelos y, en el rancho denominado Santiopa se expresó de esta manera:

Compañeros: Todos nosotros somos testigos de cómo nuestra Revolución, quizá por mala táctica de nuestros jefes superiores, va en muy marcada decadencia, y la actitud poco reflexiva de muchos revolucionarios en contra de las gentes del pueblo le está dando armas al enemigo, y quizá muy pronto esta lucha que tanto nos ha costado venga a quedar por los suelos, y más si algún día llega a faltar ante nosotros el general Zapata, de lo cual estoy seguro ya no habrá quien lo sustituya, ya que en su mayoría los jefes, lejos de ayudarlo, le crean problemas difíciles, y hombres como el general Zapata no hay muchos, y quizá este hombre ya cansado de esta terrible lucha de armas, enderezada a entregar las tierras al pueblo, pueda irse muy lejos a entregarse por desesperación en manos del enemigo, y de esta manera dejar a los incomprensivos que de una vez hagan cuanto quieran en daño de ellos mismos. Pero también

creo que el general Zapata, muy a pesar de todo, nunca podrá abdicar de sus elementales principios de justicia social.

Frente a las condiciones de la fatal decadencia revolucionaria, nosotros de ninguna manera debemos ir a entregarnos en las manos de nuestros enemigos que, a base de fuertes compromisos con los norteamericanos y las plutócratas naciones, hoy se han fortalecido reclutando gentes a sueldo para combatirnos. Pero en este caso, no son los muchos hombres los que triunfan, sino las ideas basadas en la justicia y el bien social, y para no seguir el camino de los malos revolucionarios que no podrán sostenerse si antes no hacen daño al pueblo, y que de seguro tarde o temprano tendrán que ir de rodillas ante el enemigo, nos vamos a diseminar los unos de los otros con el fin de reservar nuestras vidas para mejores tiempos, y desde hoy la Revolución (le debemos anunciar al pueblo), más que de armas, ha de ser de ideas justas y de gran liberación social, con el propósito de que un día no lejano el pueblo, juntamente con nosotros, si es que Dios nos presta la salud y la vida, poder ya sin mucho sacrificio dominar a nuestros jurados enemigos que hoy, para dominar, han tenido que echarle fuertes compromisos a nuestra Patria, la cual por este hecho más tarde tendrá que vivir como esclava bajo el poder de quienes ahora a base de traiciones nos combaten con saña inaudita; pero no hay que perder ni un solo momento nuestra fe, nuestra esperanza y grande voluntad, sabiendo que cuando los hombres ante cualquier crisis pierden estas tres virtudes, han perdido todo lo que valen y lo que pesan. El pueblo, y más las futuras generaciones, no permitirán vivir esclavas y será entonces cuando de nueva cuenta nos pondremos en marcha, y aunque estemos lejos los unos de los otros no nos perderemos de vista y llegado el momento nos volveremos a reunir. Guarden sus fusiles cada cual donde lo puedan volver a tomar.

Y juraron todos ser leales a Dios, a la justicia y a la República Mexicana. Y después de jurar todos, se despidieron con un fuerte abrazo, lágrimas y apretones de manos; éramos 33 hombres.

Así, Jaramillo se encaminó hacia un lugar llamado Timbre, donde vivía Antonio, su hermano mayor. Y de allí se fue a un lugar denominado Zacapalco, cambió unos caballos por unos asnos y se puso a trabajar con toda honradez en el comercio de arroz que compraba en Jojutla, Mor., y vendía en Chietla, Pue. Esto fue a fines del año de 1918 y a principios del año de 1919, y allá por el mes de marzo se reconcentró a Tlaquiltenango, su tierra natal. En ese lugar plantó un poco de arroz, y el 10 de abril de ese mismo año fue asesinado el general Zapata en Chinameca.

Entonces, Rubén M. Jaramillo, por la desconfianza de ser detenido por el destacamento carrancista, se unió con unos compañeros suyos y acordaron pasarse al norte, con el fin de unirse a los revolucionarios que operaban en la Huasteca Potosina. Pero desgraciadamente, por falta de recursos económicos y para hacerse de algún dinero, él y dos compañeros, cuyos nombres son Daniel Monroy, que en Atlihuahán reformaba el parque para los revolucionarios, y otro de nombre Teófilo Abúndez, se pusieron a trabajar en la hacienda de Casasano, municipio de Cuautla.

En este lugar, unos señores Asisnar habían sembrado mucho maíz y con ellos consiguieron trabajo. Esto fue en los meses de julio, agosto y septiembre de 1919. Y un día, Teófilo Abúndez reconoció el toro de un compañero de Tlaquiltenango de nombre Marcelino Maldonado; le mandó recado del toro y Maldonado se encaminó a Casasano con el fierro<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Se trata del instrumento para marcar a fuego las siglas del dueño en los costados de las reses. (Ésta y todas las notas que siguen corresponden a la tercera edición.)

de su propiedad. El animal ya estaba bajo el poder de la autoridad y cuando Maldonado llegó con su fierro quemador, resultó que el toro lo habían vendido.

El que compró el toro fue a ponerse de acuerdo con el marido de una mujer que les daba los alimentos, con el fin de investigar qué clase de hombres eran aquéllos. De esas cosas resultó que el marido de aquella mujer fue a Cuautla a denunciar a Jaramillo y a sus compañeros ante el jefe de plaza de los carrancistas, y cuando Jaramillo sospechó que había un inminente peligro, propuso la salida con rumbo a Tetelcingo. Esto fue el día 17 de septiembre de 1919 como a las 3 de la madrugada.

Pero desgraciadamente en el camino del lado norte de Calderón, que conduce a Cuautlixco, se encontraron con una emboscada de carrancistas de no menos de 80 hombres. Allí fueron hechos prisioneros y con ellos Marcelino Maldonado, el dueño del mencionado toro, que se proponía acompañarlos hasta el pueblo de Tetelcingo, de donde tenía que regresar.

Pues bien, después de hacerlos presos los despojaron de cuanto llevaban y amarrándolos fueron conducidos al cuartel general carrancista en Cuautla, que estaba a un lado del mercado. Allí fueron encerrados y había en ese cuartel un dicho Gallardo, que antes había andado con el general Lorenzo Vázquez, y otros dos más, uno de nombre Venancio y otro del pueblo de Axochiapan, al que sólo le decían “el Cigarro Blanco”. Éstos eran entreguistas del zapatismo.

En todo ese día 17 no les dieron alimentos ni agua, estando en cuarto oscuro y húmedo y con centinelas de vista. El día se pasó y llegó la noche y amaneció el día 18 y en la noche de ese día, cuando el vecindario dormía, siendo las 12 de la noche, en medio de las amenazas de la tropa federal y de la reservada, fueron conducidos juntamente con otros 35 presos al puente, a la salida de San José, donde

está una grande parota<sup>3</sup> al lado sur del puente, y una gran huizachera. En esa parota fueron objeto de los más bárbaros tormentos con el fin de hacerlos confesar dónde estaban los campamentos de los jefes revolucionarios que aún quedaban dispersos. Pero al fin de esos tormentos nada sacaron los carrancistas.

Eran las 2 de la madrugada del día 19 de septiembre cuando los regresaron al cuartel de Cuautla. Como a la una de la madrugada del día 20 fueron sacados del cuartel los compañeros de Rubén Jaramillo, Teófilo Abúndez y otro de nombre Taurino Sánchez, de Tlancualpicán, Pue., a los cuales fusilaron los carrancistas en la huizachera antes referida, la cual ahora está convertida en un campo deportivo. En ese lugar los carrancistas hacían los sepulcros en la misma noche, a cuyo bordo paraban a los reos, quienes al ser ejecutados caían agonizando dentro del sepulcro, siendo tapados en el acto. Los asesinos llegaban al cuartel muy alegres y campantes contando sus hazañas cobardes y criminales.

Así, ese campo fue convertido en rastro de humanos, ejecutados por las hordas de los del constitucionalismo. Jaramillo, después del fusilamiento de sus compañeros, permaneció preso hasta el 12 de octubre, fecha en que fue dado en libertad por gestiones de su hermana Beatriz y de un señor de nombre Ignacio Rocha, del pueblo de Tlaquiltenango, y muy atendido donde quiera que él hablaba, y como de 60 años. La libertad de Jaramillo costó \$400.00 y la entrega de un 30-30 con 300 cartuchos, y también se logró porque nadie lo acusó de mala conducta durante los años que operó en la Revolución.

Ya he dicho que un Venancio y otro apodado “el Cigarro Blanco”, de Axochiapan, eran los denunciadores y entreguistas

<sup>3</sup> Árbol semejante a la acacia, de grandes proporciones. El autor habla del puente de Cuautla donde se inicia la carretera a Oaxaca.

de los zapatistas, y por boca de ellos eran asesinados muchos de los que caían en manos de los carrancistas. Cuando Jaramillo fue puesto en libertad fue a Tlaquiltenango sólo para arreglar algunos asuntos, y regresó a Casasano con el fin de vengarse del individuo que los denunció. Cinco días después de su llegada a ese lugar realizó su intento y después fue a vivir a la hacienda de Oacalco donde estaba haciendo unos trabajos un señor de Tlaquiltenango de nombre Matilde Rodríguez. Jaramillo estuvo viviendo por espacio de tres meses en Oacalco, en la casa de la familia Rodríguez, que tenían dos hijos de nombre Agustín Rodríguez e Irene Rodríguez, que había sido mujer del general Díaz Ruiz y tenía un niño de Diego a quien Jaramillo le brindó mucho cariño. Allá por el mes de febrero de 1920 Jaramillo salió de Oacalco y radicó en San Vicente, ahora municipio de Emiliano Zapata, donde permaneció en el domicilio de un joven llamado Domingo Baltierra. Allí una señora de nombre Remedios Herrera, de Tlaquiltenango, le proporcionaba sus alimentos y le tenía mucha estimación; era como de 45 años y uno de los hijos de esa señora de nombre Agustín Coapan-go había muerto en la Revolución, y este recuerdo le hacía tenerle estima a Jaramillo que profesaba las mismas ideas de su hijo. Era la señora muy religiosa y cada día llenaba de bendiciones a Jaramillo.

Y un día, estando el propio Jaramillo hablando con un grupo de amigos que habían militado con el general Modesto Rangel, se presentó un amigo de Jaramillo de nombre Abraham Landa, que entre sus pláticas le dijo que él —Abraham Landa— estaba trabajando en el Ingenio azucarero de Aguabuena, y que si había algunos compañeros que quisieran ir con él a ese lugar, que los invitaba. Fue así como Rubén M. Jaramillo y su hermano Porfirio del mismo apellido, y otros amigos de Jaramillo, llegaron por aquellos lugares. Establecieron su residencia en un lugar denominado Tamasoto



en los límites de San Luis Potosí y Tamaulipas. Luego fue a trabajar a El Ébano con las compañías petroleras. Allí se dio cuenta que esa industria era de extranjeros y los revolucionarios que operaban por aquellos lugares tenían fuertes cantidades de dinero de las compañías, con el fin de que no les causaran ningún daño, por lo que ya no estuvo de acuerdo en unirse a ellos y permaneció trabajando.

En el ingenio de Aguabuena había un señor del pueblo de Amacuzac, de nombre Luis Jaime, que era gran empleado del ingenio y ése tenía bien informado a Jaramillo de las cosas de la Revolución. Y un buen día este amigo le dijo:

Las cosas andan muy mal. Se sabe que don Venustiano Carranza, por razón de las elecciones presidenciales, se está divorciando de sus principales jefes, entre ellos el general Álvaro Obregón, quien también quiere ser Presidente de la República; y se sabe que ya tiene controlados a la mayor parte de los generales del ejército y es posible que se verifique un cuartelazo; además, se afirma que ya hizo compromisos con latifundistas y con los revolucionarios a quienes les ha ofrecido cumplir el Plan de Ayala entregando las tierras al pueblo, de manera que la idea zapatista la cumplirá el general Obregón.

Cuando Jaramillo oyó esto inmediatamente lo comunicó a sus amigos y todos se alegraron, pero Jaramillo, desconfiado como ha sido siempre, les dijo:

Aunque la noticia es motivo de alegría también debe ser motivo de grandes desconfianzas, pues esos compromisos del general Obregón con los terratenientes pueden ser algo que no llene por entero las justas y grandes aspiraciones de la Revolución; puede ser que los campesinos aun teniendo las tierras

en nuestras manos sigamos en cierta forma trabajando barato para los amos pero, en fin, ya se verá en qué consisten esos compromisos.

Pocos días después, apareció por ahí un volante donde un jinete simbolizaba a don Venustiano Carranza montando un buen caballo y llevando una reata en la mano, con una leyenda que decía: *¡Ay, reata, no te revientes que es el último tirón!*

En seguida se oyó decir que el general Obregón había salido huyendo rumbo al estado de Guerrero porque Carranza pretendía asesinarlo; a poco se oyó decir que en su mayoría los jefes de zona de casi todos los estados de la República se pasaban al lado de Obregón y desconocían a Carranza. Entonces pasó un tren cargado de tropa con rumbo a San Luis Potosí en el cual ya iban muchos revolucionarios, y en la estación de nombre La Garita, cerca de Tamasopo, estaban Jaramillo y sus compañeros; allí tomaron ese tren y se encaminaron a San Luis Potosí donde llegaron a las 11 de la noche de aquel día. Era aquello un verdadero alboroto. Al grito de viva Obregón y muera Carranza, por todas partes se oían balazos. En ese lugar se invitaba a Rubén Jaramillo a incorporarse en las fuerzas obregonistas, pero él se negó. Al cabo de cinco días salió para la capital de México con seis amigos y su hermano Porfirio. De ahí se pasaron a Tlaquiltenango, Mor., donde el señor general Genovevo de la O y otros muchos jefes zapatistas se habían incorporado al movimiento obregonista. Jaramillo también fue invitado pero él se negó, poniéndose a trabajar y entregado a ese fin, pero a poco tiempo se dio cuenta del decreto que el gobierno expidió avisando a los pueblos que solicitaran las tierras en calidad de dotación provisional, y entonces Rubén M. Jaramillo, en su estado de ignorancia, entrevistó a los ciudadanos Antonio Aguas, Lucas Villalba, Víctor Flores, Agustín de la Cruz, Teodoro Flo-

res, Félix Z. Bueno, Antonio Soriano, Albino Ortiz, Antioco López, José Torres, Rafael Campos, Jesús Trujillo, Silvestre Odilón, Onésimo Flores, Felipe Morales, Pedro Flores, Francisco Flores, Lorenzo Adulfo, Delfino García, Macario Gáliz y otros muchos ciudadanos, proponiéndoles la solicitud de las tierras que eran de los hermanos Reyna, representados por un español de nombre Cosme Istoiquisa, quien para cultivar esas tierras cobraba exageradas rentas. La dicha proposición fue vista y aprobada con muy buena voluntad y desde luego se formó el Comité Provisional Agrario, del cual resultó presidente el ciudadano Silvestre Aragón.

Se comenzaron los trabajos y muy pronto el gobierno mandó los primeros ingenieros, entre ellos un señor Serna, para deslindes y brechas. Día a día se salía con los ingenieros, para lo cual se nombraron comisiones diarias y muchas veces tenían que acampamentar en los campos y hasta esos lugares se llevaban los alimentos. Muchos ciudadanos se burlaban diciendo: “¡Ya verán tales por cuales las tierras que les van a dar!”.

Al fin se hizo el reparto de tierras de forma provisional, de lo que resultó que muchos tenían como ejido 5, 10, 15, 20 y otros hasta 100 y más tareas de 1 000 metros cuadrados. Con esa desigualdad de tierra se vivió algunos años y por este motivo había disgustos por las cuotas y fatigas, pues los que tenían mucha tierra obligaban a los que tenían poca a que en todo cooperaran igual a los que tenían mucha tierra. Y también se multiplicó el cultivo de arroz, de tal manera que ya se hacía incosteable ese cultivo pues los acaparadores de ese grano pagaban hasta \$5.00 por carga vendida al tiempo o enversa<sup>4</sup> ya en cosecha lo llegaban a pagar hasta \$9.00 carga de 150 kilos, seco y puesto en las bodegas. Los acaparadores

<sup>4</sup> Vender la cosecha al tiempo o enversa significa vender el cultivo a la mitad de su valor aun antes de que madure.

se habían confabulado unos con otros para que nadie pagara más de \$9.00. Con este motivo, los campesinos prestaban sus ejidos o los daban a medias, y muchos sufrían bastante para cultivar las tierras, y hasta las dejaban sin cultivar.





## LAS INSTITUCIONES, PUERTAS CERRADAS

**E**l hermoso llano que en tiempos muy remotos, cuando Tlaquiltenango era del Estado de México, se llamó el Llano del Jegüital,<sup>1</sup> era en tiempos de los acaparadores de antes una verdadera guarida de animales silvestres y nido de parvadas de patos, y los caminos convertidos en atolladeros.

Frente a esta condición de vida de los campesinos de Tlaquiltenango, Rubén M. Jaramillo comentaba esa triste situación pésima y desastrosa. Pero felizmente un buen día fue al tendajón de un señor de nombre Nicéforo Gómez por un kilo de azúcar y en el papel donde envolvió el azúcar, que era un pedazo de periódico, tenía un pequeño artículo cuyo texto era el siguiente:

El Banco de Crédito Agrícola, con oficinas en la ciudad de México, abre sus puertas a todos los campesinos que tengan posesión provisional de tierras para que obtengan crédito del Banco para cultivar sus tierras. Sólo se dará a quienes se organicen en sociedades de crédito agrícola, con un número de 11 socios y hasta donde más sea posible, pero siempre que el número de socios sea nones y no pares. Para mayor inteligencia pueden pedir a la gerencia del propio Banco toda clase

<sup>1</sup> “Jegüital” es un mexicanismo que significa lugar lleno de maleza.

de instrucciones o mandar una comisión al Banco para recibir instrucciones más precisas.

Así, Rubén Jaramillo, que en ese entonces apenas podía leer, pues su esposa la señora Epifania R. de Jaramillo fue la que le enseñó las primeras letras y luego fue el profesor Tomás Molina quien pudo instruirle un poco más, con el artículo mencionado se encaminó al domicilio de Antonio Aguas y le planteó el asunto del crédito que se podía obtener del Banco de Crédito Agrícola. Efectivamente el señor Antonio Aguas invitó a Delfino García y a muchos del propio grupo que en un principio habían gestionado la posesión de tierra y todos estuvieron de acuerdo. Tres días después de la plática de Aguas y Jaramillo, se reunieron en el domicilio de Lucas Villalba no menos de 50 campesinos.

Los presentes cedieron la palabra a Rubén M. Jaramillo y expuso lo siguiente:

Compañeros, los hemos convocado a esta pequeña junta con el fin de hacerles ver nuestra triste condición que vivimos y a la cual creemos de justicia ponerle fin. Todos los aquí presentes hemos recibido un pedazo de tierra para que, trabajándola y con su producto, podamos vivir con holgura, pero por desgracia nadie de nosotros se siente feliz con la tierra por el hecho de no tener los recursos indispensables para trabajarla y hacerla producir como es necesario. Es una verdadera lástima ver nuestros campos tan fértiles y sin rendir los frutos para sustentarnos a nosotros y a nuestras familias, y lo poco que rinde nos lo arrebatan, a precios irrisorios y de hambre, acaparadores criollos y extranjeros, con lo cual se enriquecen ellos y nos empobrecemos nosotros. Ustedes ven cómo nuestro arroz es tan barato, a tal grado que en honor de la verdad ya no es costeable su cultivo, y con esos precios tan

mezquinos no es posible que nuestra vida económica pueda mejorar, se empobrecerán las tierras y nosotros con ellas y nunca remediaremos nuestra condición de hambrientos, y no hay razón para que siendo poseedores de tan buenas tierras seamos unos miserables. Pregunto a ustedes si es o no cierto lo que digo.

Todos dijeron que era la verdad. Entonces Rubén Jaramillo dijo a los presentes:

Todos ustedes deben saber que hay facilidad para obtener crédito de un Banco para cultivar nuestros ejidos, haciendo de este modo que nuestros campos hoy convertidos en cenegales y madriguera de animales silvestres y nuestros caminos en pantanos, puedan transformarse en un codiciado vergel, que con nuestro trabajo justo y honrado nuestro pueblo pueda en verdad cambiar de aspecto y formas de vida. Nuestro pueblo que tiene una bonita historia revolucionaria debe ser un verdadero ejemplo de progreso y símbolo de libertad, pero esto sólo lo podremos lograr cuando por la buena o por la mala rompamos las cadenas de hambre y de miseria en que hoy nos tienen los explotadores de nuestro trabajo.

Y a continuación dijo: “Yo pregunto a ustedes si estarán dispuestos a organizarse en una sociedad de crédito agrarista para obtener del Banco del mismo nombre, el crédito monetario para cultivar nuestros ejidos”. Todos respondieron que sí aceptaban organizarse y uno de los presentes preguntó: “¿Cuáles son los requisitos?”. Jaramillo dijo: “Voy para allá. El compañero Antonio Aguas tiene un recorte de periódico en el cual se indican los requisitos”. Se leyó el periódico ante los presentes y, terminada su lectura, Jaramillo preguntó: “¿Ya se enteraron de los requisitos?”. Todos dijeron: “Ya”. “¿Y qué



les parece?”. Respondieron: “Perfectamente bien”. “Entonces, ¿nos ponernos a trabajar?”. “Sí”, contestaron unánimes.

Se levantó la primer acta por sextuplicado saliendo electo presidente de la Sociedad el señor Delfino García y se nombró una comisión para acudir al Banco del que en ese tiempo era gerente un señor H. O. C. Tras muchos trámites no fue posible obtener el crédito para el cultivo de arroz del año de 1927, pero ya por el mes de agosto el gobernador del estado, que era el señor Ambrosio Punte, expidió un decreto por medio del cual se hacía saber a los compradores de arroz enversa que en esa cosecha de septiembre y octubre de 1927 todos deberían concentrarse a recoger su dinero con un tanto por ciento, dejando a los cosecheros de arroz en libertad de vender su producto a quien mejor les pagara. Fue entonces cuando nuestra Sociedad tomó toda la cosecha y por razón de una oferta del gobernador Punte se ofreció a los compañeros ejidatarios el precio de \$15.00 por carga de arroz de 150 kilos de peso, sin asoleo, y fue así como los campesinos entregaron toda su cosecha a nuestra Sociedad, ofreciéndole \$10.00 en carga<sup>2</sup> como anticipo y a reserva de entregarle posteriormente los \$5.00 restantes.

En ese tiempo ya teníamos las bodegas y asoleaderos que eran propiedad del antiguo latifundio. Era en ese tiempo un gran regocijo entre el campesinado del lugar. Y el 16 de septiembre, que se celebró en el corredor del antiguo juzgado, tomaron la palabra muchos campesinos, a uno de los cuales bajó de la tribuna el señor Benicio Rocha, el cual era presidente de los festejos y uno de los principales agiotistas que recibían dinero de los hermanos García para comprar arroz al tiempo y con lo que hizo muy buena fortuna. Después de que bajó al campesino, cuyo nombre era Leobardo Martínez, subió a la tribuna Rubén M. Jaramillo quien flageló a todos

<sup>2</sup> Una carga equivale a 161 kilogramos.

los explotadores del campesinado. Fue tan dura esa perorata que el pueblo allí reunido gritaba así: “¡Ora Rocha, bájalo si puedes, cobarde!” y añadían: “¡Viva Jaramillo!”. Desde entonces estos hambreadores de Tlaquiltenango juraron combatir a Jaramillo que apenas contaba con 27 años de edad.

Entrando la cosecha de arroz seguía entrando a las bodegas de la Sociedad de Crédito Agrícola cuyo presidente lo era el ciudadano Delfino García y socio delegado Antonio Aguas.

Todos los arroceros recibían sus \$10.00 en carga, esperando confiados \$5.00 más, y todos pensábamos que el señor gobernador había controlado el comercio de arroz en la ciudad de México, pero desgraciadamente no fue así y sólo se atuvo al movimiento hecho en el estado. Cuando los gachupines vieron que había un hueco por donde ellos se podían meter, al faltar costalera para seguir recogiendo la cosecha, agitaron a los campesinos, usando para esos fines a sus lacayos incondicionales que les servían de corredores o comisionistas en el acaparamiento del arroz y éstos eran: Alfonso Sámano, Juan Rojas, Benicio Barba, Miguel Sánchez, Porfirio Leal, Jesús Gómez (a) “el Roto”, con otros de menos envergadura pero que servían para agitar, pretendiendo asesinar a los directivos de la Sociedad. Así fue como muchos de los socios echaron pie atrás.

Al fin las cosas se pusieron difíciles y un buen día el gobernador Puente bajó a Tlaquiltenango y Jojutla y muchos le reclamaron la falta de costalera. Los campesinos allí reunidos nombraron sus representantes a un hermano de Jaramillo, a Porfirio, y un José Cuencas. Hecho esto, todos se encaminaron a Jojutla y ya en el camino pretendían<sup>3</sup> matar al gobernador; al llegar a la estación del tren otro grupo de campesinos de Jojutla tenían un cartel que decía: “Abajo el

<sup>3</sup> Se refiere a la gente controlada por los gachupines.

mal gobierno de Ambrosio Puentes, muera el gobernador"; y así, con esos gritos, llegaron hasta el jardín de la plaza de Jojutla.

El gobernador llevaba unos oradores a los cuales el pueblo allí reunido dejó hablar, pero cuando el gobernador quiso hablar, el pueblo azuzado por los servidores de los gachupines gritó: "¡Que no hable, mátenlo, es un ladrón, mátenlo, muera Ambrosio Puentes!", y le arrojaron piedras y botellazos. Él se cruzó de brazos y le llovían los gritos de "mátenlo" y luego abriendo los brazos en cruz, dijo: "Aquí estoy, hagan de mí lo que quieran". Porfirio Jaramillo y José Ramos,<sup>4</sup> que estaban dentro del kiosco le decían: "Bájese porque nos matan". A estas peticiones, se escondió dentro del kiosco mientras la multitud gritaba: "Le damos caballo, y después lo matamos". Al oír el gobernador esos gritos, ordenó a Porfirio Jaramillo y a José Ramos que fueran al hotel que ahora se llama Fénix: "Tráiganme la ametralladora". Y en tanto que iban, los gritos y los balazos seguían hacia el interior del kiosco. Una de las balas fue a dar a las piernas de un amigo de armas de Rubén M. Jaramillo, a quien en la Revolución le decían "el Majigua" o "Guajardo", que también era uno de los acompañantes del gobernador.

Los incondicionales de los españoles seguían colándose entre el pueblo a manera de fariseos pidiendo y azuzando al pueblo a que se arrojara a matar al gobernador y a que gritara: "Le damos caballo y luego lo matamos". A esos gritos el gobernador contestaba: "Primero me matan y después me dan caballo, hijos de la...". En esto, los enviados por la ametralladora, con sus impermeables puestos y colándose con inteligencia entre la multitud, llegaron hasta el gobernador entregándole el arma, y éste inmediatamente la disparó al

<sup>4</sup> Jaramillo parece confundir a José Ramos con José Cuencas.

aire y la multitud al oír las detonaciones echó a correr en desbandada y con ella los gachupines criollos.

Cuando el gobernador se vio libre del asedio, salió rumbo al hotel e inmediatamente salieron por la puerta del lado poniente y se encaminaron a la exhacienda de Treinta,<sup>5</sup> en donde el gobernador habló por teléfono a México con el gerente del Banco, comunicándole lo ocurrido en Jojutla.

Ese día, como a las 4 de la tarde, el gerente se encaminó a Jojutla pasando por el gobernador que estaba esperando en la hacienda de Treinta. De allí regresaron nuevamente a Jojutla donde ya fue posible arreglar las cosas.

Los molineros o industriales del arroz habían jurado como voto de maldición no comprar ni un solo grano de arroz del estado de Morelos y fue así como, en honor de la verdad, no fue posible entregar los \$5.00 en carga de arroz que se habían prometido a los campesinos, y sólo recibieron los \$10.00 que se les dio como anticipo, con lo cual los campesinos sólo ganaron \$1.00 en carga, pues los acaparadores sólo pagaban \$9.00 por cada una.

Durante esos hechos, un poeta de nombre Lucarno Rivera fue contratado por los incondicionales de los gachupines para que trovara un corrido que ofendía a Porfirio Jaramillo y a Pablo Brito; su publicista era un sobrino del poeta, de nombre Esteban Alzate, que por lo regular vivía en el hampa. Éste un día, estando con un grupo de ebrios, atacó a cuchilladas a Reyes Jaramillo causándole algunas heridas. Fue así como Porfirio Jaramillo dio muerte a Esteban Alzate. Desde esa fecha se hizo fugitivo y fue a radicarse al estado de Puebla donde antes había andado con su hermano Rubén, de donde a los pocos años y por gestiones hechas por su hermano

<sup>5</sup> Treinta es conocido también como Santa Rosa Treinta, para diferenciarlo de San Miguel Treinta. Separados por unos cuantos kilómetros, ambos poblados se encuentran al norte de Zacatepec, Morelos.

Rubén, regresó al estado de Morelos cuando ya estaba funcionando el ingenio de Zacatepec.

La Sociedad Ejidal siguió sosteniéndose a pesar de los embates continuados de los gachupines, quienes teniendo el propósito de acabar con la Sociedad procuraron colarse para pedir dinero cuya deuda pesara sobre la Sociedad, entre ellos Alfonso T. Sámano y Jesús Gómez (a) “el Roto”. Cada uno de ellos consiguió no menos de \$15 000.00 como adeudo que nunca pagaron. Hicieron esto tratando de disolver la Sociedad y para llevar a los campesinos a sacar crédito con los gachupines para el cultivo de sus tierras, logrando llevarse sólo a unos cuantos socios, pero la mayoría siguió operando con el Banco de Crédito Ejidal.<sup>6</sup>

Por fin llegó el momento en que, muy a pesar de que ya se cultivaba el melón, el cultivo de arroz ya se hacía insostenible y el Banco de Crédito Ejidal también se ponía sus moños. Esto fue por el año de 1929-1931. Se perfilaban las elecciones presidenciales y Rubén M. Jaramillo seguía sus luchas contra los vientos y mareas; buscaba el bien, ya no sólo de los campesinos de Tlaquiltenango, sino de otros muchos núcleos ejidales del Distrito de Jojutla. En cierta ocasión, en el cine Morelos de la ciudad de Jojutla se efectuó una asamblea de arroceros, donde el Banco pretendía cobrar el alquiler de costalera, ataderas, asoleo del arroz, flete y almacén, con lo que Jaramillo no estuvo de acuerdo y con abundancia de razones justas hizo que el Banco desistiera de sus propósitos, con lo cual los campesinos recibieron un pequeño beneficio, pues no obstante haberles suprimido los cobros antes dichos, fue donde por primera vez se fijó un precio justo al arroz el cual fue subiendo de precio. Así Rubén M. Jaramillo se fue ganando la confianza de los campesinos.

<sup>6</sup> El autor se refiere al Banco de Crédito Agrícola; como es sabido el Ejidal fue creado años después, en 1936.

Al organizarse la Confederación Nacional Campesina, Rubén M. Jaramillo fue nombrado delegado en todo el Distrito de Jojutla. Con este motivo pudo hacer muchas cosas buenas entre los campesinos de la región, entre ellas la de exigir la salida de un señor de apellido Coronel, empleado del señor Irigoyen y del Banco que, valido del cargo que tenía, ultrajaba a los campesinos de Zacatepec, Tetelpa y Galeana, a quienes golpeaba y amenazaba de muerte impidiéndoles la venta de sus melones. Esos campesinos se quejaron con la Liga y ésta ordenó a Rubén M. Jaramillo que intervinieran pero éste, pensando que era largo consignar los hechos a las autoridades, fue a ver al delegado de Promoción Ejidal y ambos se dirigieron a Zacatepec para entrevistar al Comisariado Ejidal. Hecho esto y siendo un grupo de 10 campesinos, entre los cuales iba un tal Andrés López Tablas, se dirigieron al viejo casco de la exhacienda, lugar donde estaba el dicho Coronel, quien al ver al grupo pensó que trataba de asesinarlo y cerró las puertas de su despacho, pero entonces le dijeron que se trataba de arreglar un asunto de orden agrario y abriera las puertas, y así fue.

Entonces ya le explicaron al señor su mal comportamiento ante los campesinos, todo lo cual era injusto y que, por lo mismo, antes de que en esos lugares fuera a ocurrir algo más, le ponían un término de dos horas para abandonar Zacatepec. En el acto levantaron un acta a este respecto, el señor Coronel recogió sus muebles, dio instrucciones a sus empleados y salió.

Hecho esto, Jaramillo fue a la oficina del Comisariado donde expuso a los campesinos la urgente necesidad de agruparse para defenderse a fin de que ningún señorón los ultrajara en sus personas, familias y en sus intereses, ya que la mucha disciplina y mansedumbre son símbolos de esclavitud.

Jaramillo entonces pensó aquello de pedir al futuro presidente de México algo bueno y grande para los campesinos de la zona de Jojutla. Esto fue por el año de 1931. Se perfilaba ya la política presidencial y sonaban algunos nombres de candidatos. Era entonces tiempo de política y había un señor de nombre Juan Marín, residente en Cuautla. Éste tenía deseos de conocer a Rubén M. Jaramillo y, efectivamente, un día lo visitó en Tlaquiltenango y después de una larga plática el señor Marín invitó a Jaramillo a ingresar en las filas de la masonería. Jaramillo pidió al señor Juan Marín que le facilitara algunas obras ilustrativas sobre esa organización para poderse enterar con detenimiento sobre el asunto, y después resolver y así fue. Después de algún tiempo, Rubén M. Jaramillo fue iniciado masón en la Logia Valle de México establecida en Cuautla, sin que sepamos hasta qué grado llegó dentro de esa organización, pero sí sabemos que desde esa fecha se constituyó en defensor y padre de los pobres, por los que tiene un acendrado cariño y profundo respeto, dándoles el sitio que merecen, aunque muchos de esos pobres no lo entiendan.

En cierta ocasión fue ante el gobernador del estado, señor Refugio Bustamante, de quien había sido enemigo político, para tratarle el asunto de unas tierras del campo del Texcal y lo de la fundación de la colonia que ahora lleva el nombre de Gabriel Tepepa, en Tlaquiltenango.

Después de este arreglo, el gobernador, olvidando los rencores políticos, le dijo:

Oye, Jaramillo, tú sabes que las elecciones presidenciales se aproximan y es necesario que tú te des cuenta que el candidato nuestro es el general Cárdenas. Quiero que organices a los campesinos que más puedas para sostenerlo, pues tu paisano Juan Rojas es villarrealista y con él, otros más; tú eres un elemento de lucha y tienes el deber de abrirte paso ante quienes se te opongan. Yo reconozco tu postura social y sé que luchando derrotarás a tus enemigos, de cualquier tipo que sean.

## RUBÉN JARAMILLO Y LÁZARO CÁRDENAS

Efectivamente, a principios del año de 1932 se inició la campaña presidencial del general Lázaro Cárdenas. Jaramillo cuando se dio cuenta de que el general Cárdenas era masón, se constituyó un fanático propagandista de esa candidatura, ganando muchos simpatizadores en todo el Distrito de Jojutla. Entretanto, los políticos de ese Distrito se declaraban treviñistas y villarrealistas, sin tener probabilidades de triunfo.

Pero Rubén M. Jaramillo no sólo luchaba porque su candidato ganara las elecciones, sino que fue a ver al general Francisco Alarcón para sugerirle la idea de hacer un documento por medio del cual se plantearan en provecho del estado algunas peticiones, en lo que el general Alarcón estuvo de acuerdo.

Se reunieron algunos campesinos y le dieron forma al referido documento donde se acordó pedir al candidato, general Lázaro Cárdenas, la construcción de un ingenio central azucarero en el Distrito de Jojutla; también se acordó la dotación de agua potable para el Distrito de Jojutla y Puente de Ixtla, así como dotar de luz eléctrica al Distrito de Jojutla y Puente de Ixtla. Pero sucedió que los enemigos de esta idea hicieron una activa propaganda en sentido contrario, desanimando a los campesinos para que no firmaran; fue así que





sólo firmó como representante de los campesinos el señor Rubén M. Jaramillo.

Jaramillo no tenía oportunidad de ver al general Cárdenas y se valió del señor ingeniero Antonio Solórzano, quien a la sazón era muy amigo sincero del señor Jaramillo y tío político del propio general Cárdenas. A este señor le fue entregado el documento de peticiones y se encargó, además, de convertirlo en proyecto. Fue el señor Solórzano quien divulgó la idea de ese proyecto entre los más cercanos amigos del general Cárdenas y éstos transmitieron el proyecto al general, aun siendo todavía candidato, pero ya con probabilidades de triunfo.

Cuando ya fue presidente, el mismo general Cárdenas fue al domicilio del señor Solórzano para decirle que tenía conocimiento de un proyecto de la construcción de un ingenio central azucarero en el estado de Morelos; que él, el general Cárdenas, deseaba ver el proyecto de ese ingenio para estudiarlo y de ser posible llevar a cabo la construcción de esa obra. El señor Solórzano entregó el proyecto al presidente Cárdenas para su estudio; no muchos días después el señor Solórzano fue llamado por el señor presidente para indicarle que la construcción del ingenio estaba resuelta, que se hiciera cargo de la obra, siendo así como en la historia del ingenio de Zacatepec, Morelos, aparece como primer gerente el señor ingeniero Antonio Solórzano.

Al comenzar la construcción del ingenio, inmediatamente se procedió al cultivo de caña, que repudiaban los campesinos, porque tenían vivo en sus mentes el amargo recuerdo de los ingenios de los españoles y lo mal que los trataban, como bestias de carga. Ante esta negativa, el señor Rubén M. Jaramillo hacía juntas en su domicilio formando la idea entre sus compañeros de las ventajas que tendrían sembrando caña, afirmando que: "Si para los extranjeros el cultivo y la industria de la caña había sido negocio, ¿por qué para

nosotros los campesinos no ha de ser? Yo los invito a que nos convenzamos y tratemos de convencer a fin de que cultiven las cañas". Así vemos cómo en seguida ya hubo mucha caña cultivada, gracias a que una buena parte de campesinos que confiaban en Jaramillo recorrían los ejidos invitando a sus compañeros a cultivar la caña, confiando en los firmes propósitos de Jaramillo quien ofreció, en caso necesario, ejercer la defensa de los cañeros.

Se terminó el ingenio que fue inaugurado entre los meses de marzo y abril de 1938, pero antes ya se había celebrado una magna asamblea, en la ciudad de Cuernavaca, de todos los campesinos cañeros de Zacatepec, en la cual se eligió al primer Consejo de Administración y Vigilancia, entre cuyo personal estaba Jaramillo, contra la voluntad de los políticos de ese tiempo, señores Jesús Gómez, Porfirio Neri, Genaro Barca, Alfonso T. Sámano y otros más, que ignoraban la lucha histórica de Jaramillo, y en una insignificante minoría hacían causa común con los políticos derrotados anticardenistas. Jaramillo fue electo presidente del Consejo de Administración, tomando posesión de su cargo a fines de marzo de 1938. Aquí comienza la más ardua tarea de Jaramillo.

En los últimos días de marzo y los primeros del mes de abril dio principio la primera zafra de prueba. Jaramillo, que carecía de conocimientos de la industria azucarera y de corte y transporte de la caña de los campos al batey y de cómo se tendría que hacer todo ese movimiento, ayudado por el señor Solórzano fue a otros ingenios a tomar datos de su funcionamiento. Al fin, el señor Solórzano, por disgustos que sostuvo con el licenciado Enrique González Aparicio, se separó de su empleo, y provisionalmente quedó como gerente el propio González Aparicio, hasta que el general Cárdenas y el señor Carlos Peralta, gerente del ya entonces Banco de Crédito Ejidal, llevaron como gerente a un señor de nombre Maqueo Castellanos, el cual era ya muy avanzado en años.

La zafra seguía adelante y con algunas dificultades del personal y del equipo de transporte y de pequeños detalles de la fábrica, pero a medida que esos problemas se iban presentando se iban solucionando. Frente a estos trabajos, Rubén M. Jaramillo, que había sido electo por mayoría de las sociedades cañeras, y contra la voluntad de sus enemigos, se sentía responsable de cualquier fracaso que en esa industria pudiera suceder y, por el trabajo, en ocasiones no tenía tiempo ni de tomar sus alimentos, pues los problemas de los campesinos y obreros siempre lo tenían preocupado.

Un cierto día y en junta de consejo, la imprudencia del gerente Maqueo Castellanos provocó el disgusto de los obreros consejeros, porque el gerente dijo que para mover la fábrica bastaban tan sólo 25 obreros especializados y los demás a volar. Entonces los obreros consejeros salieron de la junta del consejo y dirigiéndose a la fábrica ordenaron un paro de protesta. Entonces, González Aparicio y el propio Jaramillo y demás consejeros se dirigieron a la fábrica para hablar con los obreros para convencerlos de un cambio de actitud y que siguieran trabajando, a lo cual se negaron porque un dicho Alberto Paz<sup>1</sup> los agitaba en sentido contrario. Cuando Jaramillo vio lo irremediable, tomó el teléfono y llamó a los campesinos de todos los ejidos cañeros afirmando que si los obreros se negaban a trabajar los campesinos tomarían esas plazas. Eran las 11 de la noche de aquel día cuando comenzaron a llegar las primeras camionadas de campesinos. Jaramillo se expresó así ante los campesinos:

Compañeros, los hemos llamado porque hay aquí un pequeño conflicto que la imprudencia del gerente provocó, lo que hizo que los obreros ordenaran un paro de labores como protesta contra el gerente. Ya les hemos llamado la atención, y no quie-

<sup>1</sup> Un individuo de Jojutla.

ren volver al trabajo. Yo quiero decir a ustedes que si estos compañeros, aun estando ustedes aquí presentes, se siguen negando a trabajar, serán ustedes los que tomen sus lugares. Yo no soy enemigo de los obreros, porque los considero compañeros nuestros, porque al igual que nosotros son trabajadores, pero el gobierno de la República nos ha encomendado esta magna obra industrial y no debemos ser causa de un desastre. Así, pues, voy a llamar a los representantes obreros para que en la presencia de ustedes digan si por fin regresan a sus trabajos o no, y si se niegan entonces serán ustedes los que se encarguen de entrar a la fábrica.

Así fue. Se llamó a los representantes obreros, éstos se presentaron y Jaramillo se expresó así:

Yo los he llamado, compañeros, para que ante la presencia de los campesinos digan si es deseo de ustedes regresar a sus labores o no, pensando que no sería de justicia desplazarlos, porque nosotros los campesinos somos, como ustedes, trabajadores y tenemos las mismas necesidades; ustedes, los obreros, no deben tomar a pecho lo dicho por el gerente. Eso nunca sería posible aceptarlo. Fue una idea descabellada del gerente, y ni ustedes ni yo le debemos dar crédito, porque el gerente ni es obrero ni es campesino, sino un empleado con ciertas responsabilidades ante nosotros y el gobierno federal que lo recomendó. Yo les sugiero a ustedes que vuelvan a sus trabajos, sabedores de que lo dicho por el gerente no tendrá efecto en contra de ninguno de ustedes. Los campesinos sólo han sido llamados para que sean testigos vivos de esto y para que si, llegado el caso, ustedes se rehúsan a trabajar por convenir así a sus intereses, sean ellos los que en forma provisional ocupen sus lugares; entretanto, ustedes arreglan su problema que, como les dije antes, no es problema.

A esto los representantes obreros dijeron: “Confiado en lo que ustedes nos dicen, en estos momentos ordenamos que todos nuestros compañeros ocurran a sus trabajos”.

Se despidieron y efectivamente todos regresaron sin acatar los discursos de Alberto Paz.

Eran como las 3 de la madrugada del otro día del paro, cuando todo quedó zanjado. Muchos campesinos querían trabajar en las máquinas de la fábrica y otros ejidatarios querían que sus hijos entraran como aprendices en la fábrica; muchos obreros se oponían a este deseo de los campesinos creyendo que los desplazarían, pero al fin se ordenó que entraran campesinos a trabajar a la fábrica y que los hijos de los ejidatarios o familiares de éstos entraran como aprendices en los distintos departamentos de la fábrica, sin dañar los derechos de los obreros calificados y demás de menor categoría. Terminó así este problema que fue un triunfo de Jaramillo.

En seguida comenzaron los temores de que la fábrica no podría moler toda la caña por razón de lo tarde que comenzó la zafra. Ese temor fue creciendo hasta que al fin sucedió. La zafra terminó en junio de 1938 y la mayor parte de la caña quedó en pie y, como era natural, allí luego los reproches contra Rubén M. Jaramillo, que era el que más se interesaba en el triunfo de los campesinos, a quienes él les había prometido triunfo y mejoría económica con el cultivo de las cañas. Y cuando todo parecía perdido, cuando muchos en su desesperación pretendían incendiar sus cañas y voltear los troncos, Rubén M. Jaramillo acudió al señor presidente Cárdenas y éste lo mandó con el ministro de Hacienda y Crédito Público, señor don Eduardo Suárez, a quien le expuso toda la situación de los cañeros y la necesidad que había de pagarles sus cañas que no se habían cortado; dejó un documento en manos del ministro y se regresó a Zacatepec donde ya lo esperaban los campesinos.

Jaramillo sólo llevaba el acuerdo de que se pagarían las cañas pero sin saber cómo ni cuándo, pero esto animó en seguida mucho a los campesinos. Llegó la orden al gerente de que se nombrara un personal de confianza que saliera a los campos donde había caña en pie para hacer una estimación del tonelaje que más o menos pudiera rendir cada tarea de 1 000 metros cuadrados y así pagar la caña. Allí salió a relucir la mala idea del gerente queriendo basarse sólo en 7 toneladas por tarea, de acuerdo con como lo hacen para refaccionar a los cultivadores de caña. Allí fue Rubén M. Jaramillo, enfocó sus baterías en contra del gerente y en contra de González Aparicio y propuso que para liquidar las cañas en pie se tomara como base el rendimiento de toneladas que habían dejado las tareas de cañas ya cortadas y, además, que se pagara a los campesinos la soca, que por no cortarse la caña se iba a perder. Esa discusión hizo que el gerente Castellanos y González Aparicio se constituyeran en enemigos de Jaramillo, pero al fin se hizo como éste propuso.

Como represalia, detuvieron la liquidación, aunque ya cada campesino tenía su comprobante. Jaramillo, al ver la demora de esa liquidación, propuso a los demás consejeros nombrar entre ellos una comisión que entrevistara al señor presidente Cárdenas para tratarle lo de la liquidación. Así se acordó y salieron al estado de Veracruz, porque el presidente por allí andaba de gira. Los miembros de esa comisión fueron Gonzalo Olea Colín,<sup>2</sup> Cliserio Pacheco, Diego Álvarez, Eugenio Estrada,<sup>3</sup> Narciso Cuéllar y Rubén M. Jaramillo.

<sup>2</sup> Originario de Xoxocotla, Mor., realizó diversos estudios especiales gracias a la sugerencia y apoyo de Jaramillo. Más tarde se convirtió en inspector de campo al servicio de la administración del Ingenio de Zacatepec.

<sup>3</sup> Hoy rico ganadero de Puente de Ixtla, uno de los opositores a la última lucha encabezada por Jaramillo para repartir las tierras de Michapa, Güarín y Huajintlán, Morelos.

Esto fue por el mes de junio de 1938, pero el viaje no fue de ningún provecho porque el general ya había regresado a la ciudad de México; así, la comisión regresó también a la capital, donde ya les fue posible tratar el asunto del dinero, que constituía una fuerte suma. Después de este arreglo, regresaron a Zacatepec y en seguida llegó el dinero y se comenzó a pagar a los campesinos. Este acto elevó mucho el ánimo de los cañeros y se aprestaron para continuar los cultivos de las cañas.

Así trabajó Rubén M. Jaramillo. Pero mientras los campesinos le brindaban su cariño, su confianza, sus enemigos crujían los dientes contra él procurando ganarse a ciertos campesinos ambiciosos, ignorantes y egoístas, para echarlos sobre Jaramillo, pero éste, sin darle importancia a esas críticas, seguía desempeñando sus labores entre los campesinos y obreros.

Comenzó la reparación de la fábrica. Jaramillo, preocupado por la siembra de caña, teniendo que salir a los campos diariamente, pidió que se le proporcionara un vehículo y después de las gestiones adquirió una camioneta marca Chevrolet, y el chofer que él mismo eligió fue el señor Rodrigo Alcocer, de Tlaquiltenango. Y un día tenía urgencia de salir al campo y el gerente ordenó que no se le proporcionara gasolina, y fue que al pedir el dicho combustible le mostraron una orden firmada por el gerente Castellanos donde se suprimía el combustible para el vehículo que usaba. Informado de esta orden, la tomó en sus manos y la despedazó y él mismo tomó el combustible y firmó el recibo y se salió, y volvió al otro día, entró a la oficina y, a poco, dos soldados se pusieron a uno y otro lado de la puerta. Jaramillo preguntó a qué se debía su presencia allí. Los soldados dijeron: “Estamos aquí porque el gerente nos ordenó que no lo dejemos salir hasta que él diga”. Entonces Jaramillo dijo:



El disgusto está entre la cocinera y el patrón. El gerente sólo es empleado de la cooperativa no el amo; yo soy amigo y respetuoso de ustedes los soldados y no quiero que se vean envueltos en las dificultades provocadas por la insensatez y poco sentido común del gerente. Ustedes sólo deben intervenir cuando los intereses del pueblo se vean seriamente amenazados. Yo no soy amigo de usar las armas de ustedes para cometer arbitrariedades; ustedes han visto que con mi carácter de representante de los campesinos y para la solución de los problemas nunca los he molestado a ustedes, porque sé que esas armas que ustedes tienen son de la Nación y son especialmente para la legítima defensa de la Patria y no para complacer a las gentes que por la fuerza tratan de imponerse sobre el pueblo y sus intereses. Yo les suplico que se retiren a su cuartel dejando que el gerente se arregle conmigo, pero sin comprometer a ustedes, lo cual me parece injusto.

A estas razones se retiraron los soldados y explicaron esto a su jefe, que era un subteniente de apellido Pérez Coronilla. Él, enterado de la actitud de Jaramillo, después fue un gran amigo suyo.

Después de este detalle, Jaramillo fue a entrevistar al señor presidente Cárdenas, a exponerle la actuación de Maqueo Castellanos, pidiendo que fuera separado de su cargo y como ya había otras muchas quejas, el presidente ordenó su cese.

Contra la voluntad de Anselmo Reyna<sup>4</sup> y otros más, el licenciado González Aparicio en una junta de consejo entregó el orden para que el gerente saliera de Zacatepec. Así salió el gerente, quedando provisionalmente González Aparicio.

Llegó el día en que se efectuaría la segunda zafra y todo estuvo listo. Esa segunda zafra ya fue más desaho-

<sup>4</sup> Cacique de Panchimalco.

gada y los campesinos obtuvieron ganancias, pues a más de la estimación que de sus cañas se había hecho, al cortar les resultó una cantidad mayor de tonelaje de la estimada, cuyo excedente también les fue liquidado, y se les dieron dividendos, dando un cheque a cada campesino para cobrar en el Banco. Estos cheques fueron entregados en una asamblea de sociedades cañeras, las cuales se reunían sin dificultad y sin que soldados federales, policías ni pistoleros molestaran a los campesinos, porque Jaramillo no permitía la intromisión de elementos extraños a los intereses de los trabajadores, y más cuando él tenía, como hasta ahora, el apoyo del pueblo trabajador.

Otro detalle más. En cierta ocasión, y como a las 11 de la noche, cuando salían de la junta de consejo por el portón del lado sur de la vieja hacienda, vio cómo los soldados dormían a campo raso y el centinela sin protección. En el resto del día las familias de los soldados cocinaban en el patio, cubriéndose con una sábana los rayos del sol. Jaramillo propuso, y así se hizo, que se acondicionara el cuartel de los soldados, que se construyeran baños, lavaderos, excusados para el exclusivo servicio de los soldados y de sus familias, así como una caballeriza para la remonta de los soldados.

Vio también cómo los centros de vicio se fomentaban y de acuerdo con las autoridades estableció una campaña antialcohólica, afirmando que el centro de trabajo era para el bien de los trabajadores y sus familias, y no para los desplumadores de los trabajadores. Con este motivo, los vendedores de artículos de consumo necesario vendían más, y felicitaban a Jaramillo.

Pero muy a pesar de esto, los enemigos se le multiplicaban, buscando adeptos que lucharan contra Jaramillo, que no tenía un momento de descanso. Cuando vio que había posibilidad de abrir más tierras de riego, propuso la perforación de pozos y este proyecto está en las oficinas de la

CNC en México, D. F.; así como el almacenamiento de aguas broncas, construyendo grandes presas para derivar el agua a los campos de cultivo y el sistema de bombeo. Propuso que el excedente de campesinos fuera ayudado por el gobierno federal para formar colonias en tierras fértiles y productivas. La idea del seguro de los campesinos<sup>5</sup> fue obra de él, así como la fábrica enlatadora para el azúcar líquida, el proyecto para la construcción del nuevo hospital, el mercado y coleadero donde ahora juegan los toros; asimismo dejó fijada la remuneración que deberían de percibir los consejeros y un acta en la que se fijó el precio de la tonelada de caña de acuerdo con el precio del kilo de azúcar vendido en los mercados nacionales y extranjeros, y otras muchas cosas beneficiosas que no se habían hecho en Zacatepec.

Jaramillo fue invitado a una comida en el balneario de Tehuixtla por el general Cárdenas, en la que estuvo el señor Elpidio Perdomo, que era gobernador del estado. Esto fue por diciembre de 1938, es decir, 10 meses después de ser consejero. Fue en esa comida donde el general Cárdenas le indicó que el futuro Presidente de la República sería el general don Ávila Camacho. Jaramillo dijo al general Cárdenas: “¿Y no nos traicionará? Ya ve usted cómo es don Maximino”, a lo que respondió el general Cárdenas: “Don Manuel es buen hombre, no todos los dedos de las manos son iguales. Yo quiero que todos los campesinos a través de usted ayuden al general Ávila Camacho”. Jaramillo le dijo:

No simpatizo con los Ávila Camacho porque su historia en el estado de Puebla es dudosa en lo que respecta a nuestra

<sup>5</sup> En la actualidad los socios campesinos del Ingenio “Emiliano Zapata” de Zacatepec tienen un seguro de vida de \$10 000.00 que incluye a los obreros agrícolas. Los obreros industriales ya gozaban del seguro desde la fundación del Ingenio.

ideología revolucionaria, por medio de la cual deseamos que nuestro pueblo salga de todos sus retrasos, y si este señor nos regresa a los tiempos pasados no vamos a estar de acuerdo con él.

A lo que el general Cárdenas respondió: “De la actitud del general Ávila Camacho yo le respondo”. Jaramillo se expresó de esta manera:

En cuanto a mí abrigo ciertas dudas de este señor. Confiado en la palabra de usted ayudaremos a don Manuel. Pero sepa usted, señor Presidente, que la escuela que usted ha enseñado al pueblo nadie se la podrá quitar. Los obreros y los campesinos somos revolucionarios y si don Manuel se desvía por otros caminos no estaremos con él.

Cuando el general Cárdenas oyó estas frases dio un abrazo a Jaramillo y además ofreció regalarle un caballo, que en febrero de 1939 recibió estando en la casa de una señora de Amacuzac de nombre Porfiria Guadarrama, la cual tenía una pequeña fonda donde Rubén M. Jaramillo tomaba sus alimentos, porque dicha señora tenía la confianza de Jaramillo.





## AYUDEN AL GENERAL

ÁVILA CAMACHO

**E**n enero de 1940 fue removido el consejo, pues se habían despertado las ambiciones y se hacía una propaganda en contra de Rubén M. Jaramillo, creyendo que las tareas que desempeñaba eran fáciles de hacer. A poco que recibió el nuevo consejo, se reanudó el deseo de que el gerente fuera el único mandón en el ingenio; esa propaganda se generalizó y al fin los consejeros decidieron darle beligerancia al gerente, que en ese tiempo era un dicho ingeniero Severino Carrera Peña, un viejo político ladrón y mañoso. Desde esa época, todos los consejeros de la cooperativa sólo son formas decorativas ante los gerentes, que para sojuzgar a los socios disponen del ejército, de la policía judicial y de pistoleros particulares pagados por el ingenio para que guarden las espaldas de los gerentes y asesinen a los socios que se nieguen a pasar por buenas las injusticias que allí cometen.

Con motivo de la Segunda Guerra Mundial, los campesinos de una gran parte de las sociedades pensaron, juntamente con los obreros, pedir mayores garantías, los unos en lo que va a sus salarios y los campesinos con el precio de sus cañas, para cuyo fin se efectuaron asambleas en los ejidos donde se tomó el acuerdo de nombrar una comisión que se encargara de esas gestiones. Esa comisión recayó sobre la persona de Rubén M. Jaramillo y otros, mismos que comenzaron las gestiones, las que se ahondaron tanto que hasta se

llegó al acuerdo de formar la Unión de Productores de Caña de la República Mexicana, de la cual Rubén M. Jaramillo fue fundador y miembro del primer Comité Nacional, provisionalmente establecido en las oficinas del Sindicato Nacional Azucarero, donde era secretario el general Rosendo Castro, del estado de Sinaloa.

El asunto del aumento del precio de la caña se trató en las dependencias oficiales de la especialidad. El gerente Carrera Peña no estaba de acuerdo y buscaba formas distintas para frustrar la lucha de Jaramillo y compañeros. Un día esa comisión pensó efectuar una asamblea para informar a los campesinos los resultados de sus gestiones, a cuya asamblea fue invitado el gerente Carrera Peña, quien hipócritamente parecía estar de acuerdo con las gestiones de la comisión. Se acordó sostener el contenido de la circular 16 que en buena parte contenía ventajas para los campesinos y que era un triunfo de R. Jaramillo. El gerente ofreció a la asamblea cumplir esa circular, ofreciendo desde luego estar dispuesto a atender las demandas de los campesinos y obreros del ingenio.

Cuando Rubén Jaramillo oyó estas palabras del gerente, dijo:

Yo estoy seguro de que el señor gerente sabrá cumplir su palabra y nosotros, los campesinos y los obreros, debemos cumplir la nuestra en el sentido de colaborar unidos para obtener verdaderos triunfos en esta grande industria azucarera, la que indiscutiblemente es preludio de la felicidad económica de todos los trabajadores de esta magna obra de la Revolución. Si sabemos encauzarla por los senderos de la más elemental justicia, seguramente que será base de verdadera felicidad y de progreso para una gran parte del estado de Morelos, pero si por desgracia nos apartamos de nuestro verdadero sentido de responsabilidad de trabajadores, obreros y campesinos, y

tomamos el camino del egoísmo, apasionamientos, calumnias, intrigas, ambiciones de aspecto personal y de las divisiones, esta industria, este ingenio que hoy es orgullo de la Revolución, se tornará en centro de miserias, de vicios, de desavenencias, en manzana de grandes discordias, de criminalidad y de esclavitud, porque presiento que este ingenio va a ser semejante a un caballo muerto donde todos los zopilotes quieren sacar su parte. Unidos seremos fuertes y respetados; desunidos y desorganizados seremos fácilmente víctimas y derrotados. Por tanto, ningún campesino debe desligarse de sus compañeros, y muéranse antes de ser traidores. Por mi parte, vive Dios que yo les hablo con toda la sinceridad y limpieza que abrigo en mi corazón y que prefiero la muerte antes que cometer el más mínimo acto de traición contra ustedes, que son los hombres de mi clase, por quienes entrego mi corazón y aun mi propia vida si fuese necesario, y no me importaría luchar contra quien o quienes por ambiciones y voluntariamente se constituyan en enemigos poniéndose al lado de nuestros opresores y explotadores. Tengan la seguridad de que lo que les digo es cierto, y cuando afirmo lo anterior es porque sé que nuestros pasos son seguidos por esbirros que como perros sirven a sus amos que les arrojan sus memelas.

El gerente hizo una invitación a Jaramillo a pasar a su domicilio, cosa que aceptó, llevando consigo a dos de sus viejos amigos. Cuando ya estuvieron con el gerente, éste preparó unas copas que Jaramillo rehusó tomar, tomándolas solamente sus compañeros. Habló el gerente y dijo: “Mira Jaramillo, yo te he llamado porque deseo que de aquí en adelante seamos buenos amigos”. Jaramillo lo interrumpió y dijo: “Sin dañar nuestros intereses y personas, podemos ser amigos, señor ingeniero”. El gerente dijo: “He visto el tono como te has expresado y yo no sé si estar seguro de lo que



dices o sólo es para darte personalidad ante el grupo que en representación de los campesinos te escucharon”.

Mire, señor ingeniero, cuando la gallina pone un huevo lo tomamos en las manos y sabemos que en su interior contiene una vida, que sale a flote después de un tiempo de calefacción; y esa vida se llama pollo, del que no podemos apreciar su color mientras no salga del cascarón; así es este asunto de que se trata, ingeniero; yo sólo sé que hay algo que usted y otros tienen premeditado: eso es el huevo; pero de seguro no tardará en nacer el pollo de su maldad.

El gerente repuso:

No te equivoques Jaramillo; nosotros reconocemos en ti a un campesino de valía, pero tenemos vivo deseo de que nos pongamos de acuerdo, tú y nosotros, y no te olvides de que si tú aceptas nuestras proposiciones, serás elevado a la categoría de nosotros. Yo estoy aquí por orden del gobierno federal y estoy dispuesto a ofrecerte cuanto yo pueda y estoy seguro de que el gobierno me sostiene en mis arreglos contigo. El gobierno y yo tenemos interés de que en Zacatepec se terminen todos los problemas con los trabajadores.

[Jaramillo reviró]

Mire, señor gerente, el deseo que ustedes tienen de triunfar es el mismo que tenemos los campesinos y los obreros, los cuales somos mayor número que ustedes. En todo veo que usted demuestra grande interés en la defensa de quienes lo mandaron aquí y no se olvide que yo y usted pertenecemos a una clase distinta, y yo, como usted, estoy empeñado en ejercer la defensa de los hombres de mi clase, así pues, creo yo que los dos estamos en lo justo, ¿verdad?

Respondió el gerente:

De todas maneras, el resultado de esa circular número 16 de que hemos hablado se verá hasta la próxima zafra y no en la zafra en que estamos efectuando las liquidaciones de las cañas. En cuanto al aumento de salario de los obreros, por esta vez no habrá ningún cambio y todo seguirá así de igual.

Jaramillo dijo:

¿Por qué no lo dijo usted ante la asamblea? Qué ¿espera usted cohecharme? Eso nunca lo podrá hacer usted ni otro mejor que usted. Y respecto de la circular, ésta debe entrar en vigor desde esta zafra que estamos realizando y no hasta la próxima, como usted dice.

Esto fue el primer domingo de febrero de 1939 como a las cuatro de la tarde. El gerente dijo a Jaramillo: “Piensa bien lo que te digo y me resuelves”. “Está bien, ingeniero. Espere la respuesta”. Dicho esto salió con sus compañeros y ya en el camino Jaramillo dijo a sus amigos:

Yo no sé hasta dónde iremos a llegar con estos amigos. El corazón de ellos contiene mucho veneno contra nosotros y, nada... Mira Chinto, quiero que tú te pongas en marcha y comuniques a los campesinos que para el último domingo de este mes de febrero ocurran a una asamblea al salón del sindicato de los obreros, a las 10 de la mañana, para tratar todo lo que tú oíste de labios del gerente.

Chinto, que era un hombre dinámico de 65 años, cumplió esta comisión y efectivamente el último domingo de febrero el salón del sindicato se vio pletórico de obreros y campesinos. A las 11 de la mañana se abrió la plática de Rubén Jaramillo expresándose de esta manera:

Compañeros, los hemos convocado a esta junta para exponerles lo siguiente: después de la junta anterior en la cual el gerente, como ustedes saben, ofreció bajo palabra de honor atender las demandas de los trabajadores, obreros y campesinos, y todos quedamos entendidos con esto, el mismo día de esa primer asamblea, y cuando ésta terminó, el gerente me invitó a su domicilio sin saber yo de qué se trataba. Ocurrí a ese llamado y al estar presente me expuso que no se tomaría en cuenta la circular número 16 sino hasta la siguiente zafra, después de ésta que se está realizando, y que el aumento del precio de las cañas, así como el aumento del salario de los obreros, por esta vez no tendría modificación alguna pues todo quedará en las condiciones actuales. No debemos olvidar que tanto campesinos como obreros hemos pedido que se mejoren nuestras condiciones desde esta zafra y no hasta la que viene. El gerente por lo visto sólo trata de defender los intereses de quienes lo mandaron aquí como gerente y olvida que nosotros, como trabajadores del campo y de la fábrica, también tenemos derecho a que se nos atienda en nuestras necesidades. Como ustedes ven, creo que es necesario tomar nuevas medidas a este respecto. Yo les invito a que unidos pensemos lo que debemos hacer para que se oigan nuestras peticiones ante quien corresponda.

En seguida muchos trabajadores tomaron la palabra para dar sus opiniones, una de las cuales fue decretar un paro de labores tanto en el campo como en la fábrica. Se enten-

dieron los dos sectores y se tomó el acuerdo de entrevistar al gerente, tratándole el asunto en cuestión y que si éste se negaba a cumplir las peticiones, entonces sí se tomarían las determinaciones del paro.

Se entrevistó al gerente y éste reincidió en lo que le había dicho a Rubén Jaramillo, en el sentido de no tomar en cuenta las peticiones aludidas en la presente zafra sino hasta la siguiente y que el salario de los obreros y el precio de las cañas sería el mismo. Esto fue dicho a una comisión de obreros y campesinos. Cuando esta comisión recibió tal respuesta, se indignó de la falsedad del gerente. Inmediatamente se levantó un acta de los acuerdos donde se le fijaba al gerente el tiempo que marca la Ley Federal del Trabajo para iniciar una huelga o paro de labores. Fue entregada una copia de esa acta al gerente, el cual, informado de ella, no hizo nada para remediar la situación.

Era el mes de marzo de 1942 y, si mal no recordamos, el 9 de abril de 1942, como a las 11 de la mañana, al toque del silbato, todos salieron de la fábrica y los campesinos interrumpieron el corte y acarreo de la caña. Pero antes, el gerente Carrera Peña, lejos de tener un arreglo justo y consciente con los trabajadores, fue a proponerle al gobernador Perdomo, entregándole \$50 000.00, el asesinato de Rubén Jaramillo. Perdomo, personalmente, fue a Zacatepec con el general Pablo Díaz Dávila, jefe de la 24 Zona Militar, y dos policías judiciales para detener a Jaramillo que estaba en esos momentos firmando unos documentos de la Unión de Productores de Caña de la República Mexicana.

Llegó uno apodado “el Chícharo”, ayudante de Perdomo, a decirle a Jaramillo que pasara a la casa del gerente donde estaba Perdomo para tratar lo de la caña y el salario de los obreros. Jaramillo, que a pesar de ser un luchador no era malicioso ni desconfiado, terminó de firmar su correspondencia y se fue con el dicho “Chícharo” al domicilio del

gerente, donde al llegar vio a Perdomo con la jeta colgada, el cual, sin más explicación, ordenó que subieran al coche a Jaramillo, despidió al gerente y salieron con rumbo a Cuernavaca, yendo a dejar al general Pablo Díaz D. a su casa de Buena Vista.

Regresaron al Palacio de Cortés, al despacho oficial del gobernador Perdomo, y al entrar allí ordenó a José Urbán y al profesor Alfonso Casales que le buscaran unos papeles, seguramente la denuncia del gerente en contra de Rubén M. Jaramillo.

Las gentes referidas nunca pudieron hallar los dichos papeles. Entonces Perdomo, teniendo dos pistoleros de los más sanguinarios de su gobierno a uno y otro lado de la puerta y con las manos en las cachas de las pistolas, dijo a Jaramillo: “Siéntese”, y uno y otro se sentaron frente a frente.

Entonces Perdomo, con voz altanera, orgulloso por su investidura de gobernador, dijo a Jaramillo: “Ya me tiene hasta el copete con sus chismes”. “¿Chismes?”, dijo Jaramillo. “Cállese hijo de la...”, dijo Perdomo:

estoy hablando yo, carajo; usted anda diciendo que los campesinos son víctimas de injusticias y atacados de la miseria por causa de la explotación que el gobierno les hace. Usted debe saber que los hombres más dichosos y felices del mundo son los campesinos con la parcela que les dio la Revolución; además, usted que los conoce, cómo puede ser defensor de los cañeros que nunca están conformes con nada. Ahora, ¿por qué defiende usted a esos obreros holgazanes y comunistas? Hoy amenaza usted al gerente, que es una bella persona, con hacerle una huelga para complacer a campesinos y obreros huevones. Si usted lleva a cabo esa huelga lo mando fusilar. Y no olvide que ayer era Cárdenas y ahora es Ávila Camacho.

A esto dijo Jaramillo: “Creo que tú eres mi juez y yo soy tu reo y debes dejarme hablar, de lo contrario te haces reo juntamente conmigo”. Entonces Perdomo dijo: “Hable, a ver qué va a decir”.

Entonces Jaramillo dijo:

Tú dices que no conozco de caña absolutamente nada y puedo asegurarte que ahora como nunca estoy más enterado del cultivo y de su industrialización. Cuando reclamo para los campesinos mayores garantías, es porque sé lo que estoy haciendo con mi petición, que es legal y no perjudica al erario del gobierno del estado ni al federal. Mi petición está fundada en la justicia y no en caprichos de los obreros. Éstos son una parte, junto con los campesinos, que no debemos olvidar ni desligar, porque tan trabajadores son unos como los otros, y no son los huevones que tú dices, porque a los trabajadores se debe la grandeza y la fortaleza de la Patria. Y eso de que sean comunistas los obreros, yo no entiendo esa doctrina.

Entonces dijo Perdomo: “Se hace pen...”. Dijo Jaramillo: “Es que tengo la palabra, ¿no?”, y continuó:

Y eso de que ayer era Cárdenas y ahora es Ávila Camacho me tiene sin cuidado. Yo no estoy con los hombres. Yo estoy con las ideas justas y con el pueblo, y lo demás no me preocupa. Tú acabas de decir que yo ando diciendo que los campesinos sufren miseria y afirmas que los campesinos son los hombres más dichosos y felices con la parcela que les dio la Revolución y yo te pregunto: ¿por qué dejaste tu parcela abandonada, copada de hierba y hecha una ciénaga, olvidándote de esa felicidad que proporciona el ejido? ¿Cómo me vas a contestar? Yo te digo que dejaste la parcela porque con ella no es posible tener

casas aquí y allá, cambiar de coche cada mes, tener mujeres aquí y allá, buenos paseos y dinero en los bancos, como se pueden tener en la política explotadora, donde estás colocado olvidándote hasta de los tuyos por la soberbia que te ha provocado la vanidad del poder.

A esto Perdomo se enfureció y gritando como león enjaulado, dijo a Jaramillo: “Ningún hijo de la... me había dicho esto”. Entonces se le echó encima a bofetadas y Jaramillo, defendiéndose de los manazos y pataditas, le dijo: “Mira, este lugar no es propio para lo que tú quieres”. Perdomo respondió diciendo: “Donde quiera, hijo de la...”. Jaramillo le dijo: “Veníamos por el campo y allí nos hubiéramos revolcado, miserable aprovechado”. En esos momentos, ni el profesor Urbán, el profesor Alfonso Casales y menos los pistoleros fueron capaces de atreverse a contener la ira del chacal, que violaba el templo de la justicia estando ellos presentes.

Al fin, ya asoleado y cansado, dijo a Jaramillo: “Ya lár-guese a la...”. A lo que Jaramillo respondió: “Allá sólo tú que sabes puedes ir”. Y ya en la puerta lo regresaron los pistoleros al interior del despacho. Entonces Perdomo le dijo: “Si usted lleva a efecto ese paro, lo mando fusilar”. Y Jaramillo respondió: “Pilato, lo que he escrito, he escrito”.<sup>1</sup> Y salió y como desgracia este relato lo han externado las propias gentes del gobierno de Perdomo, criticando su agresiva actitud. Esto fue siete días antes del paro.

Los obreros y los campesinos, al saber la noticia de los hechos de Perdomo, salieron buscando a Jaramillo por dis-

<sup>1</sup> En 1939 el gobernador Perdomo tuvo una crisis originada en la Cámara de Diputados del estado. Perdomo pidió auxilio a Jaramillo, quien le consiguió el apoyo popular y le sirvió de intermediario ante la Presidencia de la República. A partir de entonces, Perdomo consideró a Jaramillo su protector. De ahí el trato que Jaramillo se permitió darle durante la entrevista relatada.

tintos rumbos y lo encontraron en Temixco, Mor., acompañado de un señor Isaac Haín. Llegaron con Jaramillo a Zacatepec e inmediatamente, y a pesar de todo, acordaron efectuar el paro de labores de que hemos hablado antes.

Eran como las 2 de la tarde del día del paro, cuando el gerente visitó la fábrica y la encontró vacía; sólo andaba dentro el señor Adolfo Arenal, jefe mecánico de la fábrica. Todo aquello era un desbarajuste por haber quedado toda la fábrica en movimiento. Era aquello un escándalo. Las mieles inundaban la fábrica de tal manera que el gerente le decía al señor Arenal: “¿Qué hacemos? La fábrica puede explotar. ¿Con cuántos soldados podemos mover esta fábrica?”. El señor Arenal le dijo: “No, señor ingeniero, los soldados sólo pueden manejar fusiles, ametralladoras, cañones y aviones, si se preparan antes; esta industria sólo se mueve con las manos inteligentes de los obreros y no de los soldados. Aquí no hay más que parar la fábrica, señor ingeniero”. “Pues hágalo inmediatamente”. Y así fue.

Eran como las 3 de la tarde cuando el gerente ordenó a un exzapatista, que le servía de esbirro, de nombre Teodomiro Ortiz, “el Polilla”, que tomara un coche y cinco de sus soldados y que se fueran a los ejidos a invitar a los campesinos a tomar el lugar de los obreros. Efectivamente, como a las 11 de la noche de ese día llegaron unos camiones cargados de campesinos a los cuales pusieron en lugar de los obreros. Aunque con grandes deficiencias, echaron a andar la fábrica, para dar la impresión ante el gobierno de que no había huelga o paro. Y así, con grandes pérdidas, el gerente Carrera Peña salió con su capricho. Al otro día, el esbirro “el Polilla” recibió orden de salir con 25 soldados a sus órdenes para obligar a los campesinos a cortar y acarrear la caña, y a perseguir a los obreros y campesinos más destacados en ese movimiento de campesinos y obreros unidos en la defensa de sus intereses. De esa persecución resultaron detenidos y



conducidos a la penitenciaría de Cuernavaca los ciudadanos Filiberto Vigueras, Lucas Alonso y Félix Serdán Nájera.

Los campesinos, poco acostumbrados a esos movimientos de trabajadores, y ante la amenaza y la represión del esbirro “el Polilla” se intimidaron y, faltando al respeto de sus compromisos, aceptaron trabajar. Los obreros permanecieron firmes un mes y medio, aunque muchos, amedrentados por el hambre y azuzados por otros, al margen de su sindicato, se entregaron a manos del gerente pidiendo dispensa y solicitando trabajar. Otros se mantuvieron firmes hasta conseguir el arreglo de las dificultades, dentro de un orden justo y honrado. Así se estuvieron por espacio de dos meses y días, pero al fin fueron separados de su trabajo todos aquellos obreros y campesinos que por sus conocimientos de sus derechos y su valor civil constituían un inminente peligro para esa anómala administración oficial. Todo el tiempo de esa lucha, Jaramillo y otros hacían grandes esfuerzos para sostenerla, lo cual fue difícil porque se trataba de una empresa del gobierno. Jaramillo, al final de estos hechos, fue cesado como socio de la cooperativa, aunque tenía mucha caña en cultivo.

Al fin, ya por octubre de 1940, Carrera Peña perseguido por su negra conciencia se revistió de valor y fue a ver a Rubén M. Jaramillo hasta su parcela, proponiéndole toda clase de ayuda si se decidía a dejar la lucha de los campesinos, de los cuales dijo que ningún beneficio le dejarían, por razón de que los campesinos no saben distinguir quién les hace el bien y quién les hace mal, “en todo tiempo son iguales y desleales”.

Jaramillo ante estas ofertas, dijo:

Mire, señor ingeniero, yo soy un campesino y no me creo un desleal ni un ingrato y he procurado ser siempre firme, leal,

sincero y cumplidor de mis deberes y compromisos. No sé qué es lo que usted y otros, que como usted piensan, se traen con los pobres campesinos acusándolos de tantas cosas. Si los campesinos son como usted dice, esa es culpa de ustedes mismos, porque se han echado la responsabilidad de educarlos pero, desgraciadamente, la educación que le han dado al pueblo campesino es falsa, es hipócrita, y carece de toda verdad y sinceridad. Por eso, los campesinos son así, pero llegará el momento en que esos campesinos, hoy tan vilipendiados por ustedes, sus explotadores, levanten su ánimo y honrada frente, y ya veremos cuál será su futuro destino. Yo no puedo, a cambio de nada, traicionar a los hombres de mi clase, por lo cual y a pesar de su incomprensión acerca de mí, estoy dispuesto a sacrificar cuanto esté de mi parte y aún mi propia vida para seguir sosteniendo esta lucha que los campesinos y obreros tendrán que hacer suya un día no lejano. A mí no me sorprende la actitud de los trabajadores cuando se dice que son ingratos y desleales, porque sé, y estoy seguro, que esa actitud es propia de la situación y de la escuela que ustedes, los perversos cultivados, les han dado. A los campesinos y obreros se les puede perdonar sus desvíos y desatinos porque viven en las tinieblas, pero a ustedes los astutos, maliciosos y canallas preparados, no se les pueden perdonar sus malos actos, porque no son ignorantes sino unos aprovechados de la ignorancia del pueblo trabajador. Puede usted retirarse antes de que piense otra cosa.





## CON LA BARBA Y LAS ARMAS SOBRE EL HOMBRO

**E**l malestar de Jaramillo seguía su curso, de tal manera que siempre tenía que andar con la barba sobre el hombro, por los peligros del gobierno, pistoleros de la gerencia y de los campesinos más impresionados por los políticos grandes y chicos.

Al fin, salió Perdomo del gobierno y entró su secretario, Jesús Castillo López, quien siguió la misma escuela de Elpidio Perdomo. Salió de la gerencia don Severino Carrera Peña y quedó como gerente su hijo Severino Carrera Ramos, quien siguió el mismo camino que su padre.

A las intrigas, calumnias y represiones que sufría Rubén M. Jaramillo, a quien ninguna autoridad oía en sus continuadas protestas, sucedió que un 12 de febrero de 1943 el esbirro del gerente, "el Polilla", acompañado de 15 hombres, como a las 7 de la noche, fue a sitiar la casa de Jaramillo con el fin de asesinarlo, pero felizmente no lo halló, ni a él ni a su familia, porque antes ya tenía el aviso de lo que proyectaban contra él y a esa hora pasó a otro domicilio con su familia, cerrando perfectamente bien las puertas, las cuales fueron bruscamente golpeadas. Al no encontrarlo se retiraron, pero la cosa no paró allí, pues el día 15 de febrero, o sea tres días después del asalto a su casa, cinco agentes de la policía judicial, de los más criminales del gobierno, fueron a buscarlo a su parcela donde, a pesar de todas sus vicisitudes, estaba

cultivando su caña. Al llegar los dichos agentes a la parcela, él ya estaba en el cerro del lado sur. Los agentes preguntaron a un señor que estaba encargado del trabajo, quien les dijo que Jaramillo estaba en Zacatepec. Los agentes dieron salida pensando que allá lo encontrarían.

Jaramillo pensó que su situación ya era difícil de solucionarse por medio de la ley y de las autoridades, las cuales estaban todas confabuladas en su contra y nadie de ellas estaba dispuesta a oírlo en las razones que exponía. La cosa siguió así el miércoles 17.

Mario Olea estaba en el puente de La Cantora con seis agentes perfectamente armados, esperando que Jaramillo regresara del trabajo a su hogar. Eran como las 4 de la tarde de ese día cuando un dicho Felipe Olmedo le dio aviso en la parcela de Fidel Brito, donde Jaramillo tenía caña, diciéndole: “Acabo de pasar por el puente de La Cantora y en ese lugar está Mario Olea con otros seis hombres y tienen, a más de sus pistolas, dos ametralladoras. Pienso que te esperan allí. Ya tú verás si entras a tomar otras medidas”. Y se fue. Apenas se había retirado Olmedo cuando le llegó otra razón de su esposa, diciendo que cuatro agentes de la policía judicial lo habían ido a buscar exigiéndole a ella que lo entregara. Ante esto, Jaramillo entendió que la cosa era ya demasiado seria y dejó inmediatamente su trabajo, ensilló su caballo, que el general Cárdenas le había regalado y que se llamaba “El Agrarista”, y que estaba marcado con el número 51.

Eran como las 6 de la tarde de aquel día. Pasó a la colonia Manzanares y con un amigo suyo mandó hacer una inspección del camino; éste regresó y le informó que el camino para el centro del pueblo estaba libre. Entonces se encaminó a su casa, donde dijo a su esposa:

Sabes que yo pienso abandonar todo y dedicarme sólo a protegerme, porque de no hacerlo así éstos me matarán como a un

infeliz perro, y yo no estaría de acuerdo con eso. Estoy convencido de que ante este gobierno hablar a favor de los campesinos como es digno, es un crimen, y yo creo que esto es lo que pasa conmigo. Dios sabe y es testigo de que no tengo otro crimen de que estas gentes me puedan acusar. Esto que hacen conmigo es por el hecho de no aceptar los obsequios que me han propuesto a cambio de traicionar a los campesinos, a quienes acusan de ignorantes, de incomprensivos y desleales, cosa que a mí me ha indignado porque yo también soy campesino y me cuento entre esa clase sufrida y postergada, de la cual no pienso desligarme sino, al contrario, trabajaré hasta donde Dios el creador me lo permita para que un día esos hombres escarnecidos y ultrajados puedan valer lo que es justo que valgan. Sé que por su estado de ignorancia son lo que son.

Jaramillo añadió: “Tú eres para mí todo mi querer y me duele decirte que nos esperan días muy amargos, y esa poca felicidad que Dios nos ha dado se acabará, y pasaremos por las aguas de la amargura, por el fuego del dolor y por los campos de las inquietudes, pero al fin con el favor de Dios vendrá la calma”. Diciendo esto tomó cuantos papeles tenía; apartó sólo los de mayor importancia e incendió los demás. En esos momentos llegó un dicho Gelasio López que dijo:

Sabes, Jaramillo, Alfonso Sámano, Juan Rojas, Miguel Pozas, Sebastián Ortiz, Jesús Pichardo y Genaro Barba están haciendo una junta en el juzgado, donde escriben un papel en tu contra y lo van a mandar al gobernador y al gerente de Zacatepec, donde te denuncian como un verdadero malhechor,

y piden que las tropas federales te persigan. Hablan sobre la formación de una defensa.<sup>1</sup>

Es verdad que Jaramillo era enemigo de esos. Antes había protestado por las exigencias de la marcha militar,<sup>2</sup> exponiendo que no se molestara a los campesinos con mayoría de edad para la instrucción militar, como lo estaban haciendo. Y pidió en un escrito dirigido al señor presidente de la República, don Manuel Ávila Camacho, que se modificara el sistema del Servicio Militar Obligatorio y ya no fueran sacados de sus hogares y de sus pueblos los jóvenes en edad militar, proponiendo que éstos recibieran su instrucción sólo los domingos, en el municipio a que pertenecieran y en el mismo día regresaran a sus domicilios, para atender sus trabajos. Y seguía insistiendo en que los campesinos cañeros de Zacatepec obtuvieran mayores garantías y que, de acuerdo con la Ley General de Sociedades Cooperativas, fueran los consejos los que nombraran al gerente de la cooperativa. De todo esto acusaban a Jaramillo las personas indicadas.

Por fin, después de arreglar todo lo que se creyó necesario, el viernes 19 de febrero, es decir, a los ocho días del asalto del esbirro “el Polilla”, como a las 3 de la tarde, ensilló su caballo “El Agrarista”, puso su sarape en el anca, se cambió de ropa, dio un abrazo y beso a su joven esposa, tomó un rollo de periódico para Ignacio Poza, montó su caballo y salió.

Por el camino de un campo denominado Palo Grande lo encontró un compadre suyo, de nombre David Castre-

<sup>1</sup> Se trata de la formación de un grupo civil que se constituye en brigada de defensa rural para una intervención de emergencia. Terminada ésta, el grupo se disuelve.

<sup>2</sup> Se refiere al Servicio Militar Nacional que, conforme a un sorteo especial, obligaba a muchos jóvenes de 18 años a concentrarse un año en un cuartel del Ejército Mexicano. La medida entró en vigor con motivo de la Segunda Guerra Mundial.

jón, y le elijo: “Espéreme, compadre, yo también me voy con usted, ya sé lo que le pasa”. Jaramillo respondió: “No, compadre, tú no puedes venir conmigo, yo soy un denunciado, tú no; además, no quiero que mañana se piense que yo te comprometí y me haga de otros enemigos”. Castrejón dijo: “A mí nada de eso me importa, estamos comprometidos con usted y yo voy donde usted vaya. Voy por mi 30-30, por mi caballo, nada más”.

Efectivamente, a poco regresó, y ya juntos se fueron a un rancho de nombre La Era. Allí estuvieron y el domingo 21, como a las 10 de la mañana, llegó Francisco Guadarrama, con 25 ciudadanos de la gente de Jaramillo, los cuales iban montados y armados. Ese mismo día, como a las 2 de la tarde, llegaron otros más de San Rafael y Santa Cruz. Como a las 4 de la tarde de ese día Jaramillo resolvió ir a un punto llamado Las Bóvedas. Allí encontró a unos cazadores que llevaban muy buenas armas, a los cuales se acercó Jaramillo para pedírselas. No le fueron negadas después de explicarles su situación, aunque algunos de ellos le ofrecían dinero en lugar de las armas, pero Jaramillo les dijo:

“Me hacen falta las armas y el dinero también, pero llévense el dinero y déjenme las armas y el parque, por lo cual les voy a dar un recibo por si algún día pudiésemos pagarles todo”. Así fue.

Y de allí, ya seguido por sus amigos y compañeros salió para el rancho de Xicatlacotla, pero durmieron en una loma del otro lado del río Amacuzac. Allí tumbaron silla y puso sus vigilantes y como a las 2 de la madrugada del lunes 22 de febrero de 1943 se dejó sentir un fuerte temblor de tierra, y fue nada menos que la erupción de volcán Parícutín, el cual ya se apagó, pero Jaramillo ha seguido en pie.

Como a las 7 de ese día 22 llegaron al lugar de Xicatlacotla, donde tomaron alimentos, tanto gente como caballos, pues en su mayoría iban armados y montados. Como a las



10 de ese día salieron para Coaxitlán donde llegaron entre 2 y 3 de la tarde del mismo día. Allí recogieron algunos caballos y comieron, gentes y caballos, y salieron al viejo pueblo de Teocalcingo, donde un profesor habló largamente con Jaramillo preguntándole la causa de su disgusto con el gobierno. De allí salieron al rancho de Cuauhlotla, donde fueron recibidos con buen agrado; en ese lugar cenaron la gente y los caballos.

Eran como las 9 de la noche cuando Jaramillo ordenó salir rumbo a El Perillo y ya estando al otro lado del río llegó un correo como a la una de la mañana informándole que los voluntarios de Mexalapa y Chahuicingo, Guerrero, se ponían en camino de perseguirlos. Informado de este detalle, Jaramillo ordenó al correo que no se fuera hasta el otro día, y puso 15 hombres de 5 en 5 metros de distancia uno del otro, en todo lo que hace lo ancho del paso de El Perillo, y la demás gente quedó como a 50 metros de distancia. Allí estuvieron hasta las 8 de la mañana del martes 23 de febrero de 1943.

Del aviso resultó que los dichos voluntarios sólo llegaron a Cuauhlotla y de allí regresaron a sus lugares sabedores de que la gente de Jaramillo eran 75 y guardaban todo el mejor orden y respeto a los pueblos.

En El Perillo tomaron sus alimentos y a continuación salieron al rancho de Huaxtla y se pasaron hasta el rancho de Xochipala, y de allí se encaminaron a Mineral de Huautla, pero antes de llegar a un lugar que se llama Las Escobas oyeron un tiroteo por el rumbo de Los Hornos, y al llegar a Mineral de Huautla les informaron que ese tiroteo había sido de un grupo de sinarquistas, capitaneado por Daniel Roldán que, pensando unirse a Jaramillo, llegaron al rancho Los Hornos, donde como a las 12 de ese día los había sorprendido el esbirro "el Polilla", mandado por el gobernador Jesús Castillo López y el gerente Severino Carrera Ramos a perseguir a Jaramillo.

De ese tiroteo resultaron tres muertos y tres heridos de los voluntarios del “Polilla”, él mismo salió descompuesto de una mano porque lo tiró el caballo. Del grupo sinarquista sólo hubo un herido de nombre Calixto González y un caballo de Santos Roldán. Ese grupo había salido con rumbo al Cerro Prieto.

Informado de que en Santa Cruz había muchos federales, Jaramillo en ese mismo día salió para un rancho de nombre Santiopa, donde llegó como a las 8 de la noche, ordenando que se le proporcionara alimento para su gente y forraje para la caballada y un lugar seguro donde pasar la noche del martes 23 de febrero de 1943. Así fue.

Un amigo suyo, de nombre J. Martínez, lo llevó a un lugar que le dicen Mesa de los Toros. Allá amanecieron el miércoles 24 y como a las 8 de ese día se oyeron unas descargas de fusiles en un lugar arriba de Ajuchitlán, y eran los federales que habían sorprendido al compañero Elviro Quintero, que conducía al herido Calixto González y otro grupo de los mismos, encabezado por Alejandro Rodríguez, de los mismos sinarquistas de Roldán.

Ese grupo de Alejandro llegó a Rancho Viejo y dejó dicho que se iba en busca de Jaramillo hasta el pueblo de Huauchinantla, Puebla.

Del Rancho Viejo salió un correo a Santiopa con el aviso de que si se sabía dónde estaba el jefe Jaramillo, que le comunicaran lo dicho por Alejandro Rodríguez. Le informaron a Jaramillo y éste salió inmediatamente con su gente al rancho de El Salado, donde antes habían sido sus viejos campamentos con el coronel Dolores Oliván, en 1915.

Llegó al rancho referido y fue recibido por sus viejos amigos con todo buen gusto y, como siempre, ordenó que le proporcionaran cena para sus hombres y forraje para los caballos. Y así fue.

Ya como a las 9 de la noche del miércoles 24 de febrero, llegó un correo avisando que por allí cerca estaba un poco de gente de Alejandro Rodríguez. Jaramillo ordenó que los fueran a traer. Salió una comisión y luego a poco llegaron (lleno de regocijo por ese feliz momento, eran 25 hombres los que llevaba Alejandro), Jaramillo ordenó que les dieran alimentos y pastura para los caballos, porque todos iban armados y montados. Después, Jaramillo ordenó su vigilancia y la suspensión de bebidas embriagantes. Y todos a dormir.

En ese lugar permanecieron el jueves 25 y viernes 26. Y en este último día, como a las 9 de la mañana, y cuando todos almorzaban tranquilos, el vigilante dio gritos de “vienen gente por el lado del Rincón”. Jaramillo juntó inmediatamente a su gente y dispuso el plan. Pero antes, él subió un lugar todavía remoliéndose un taco, tomó sus gemelos y vio que sólo eran siete compañeros de Chinameca, capitaneados por un tal Servando. Llegaron esos compañeros con la nueva de que por donde ellos caminaron no había nada.

Por la tarde de ese día Jaramillo salió para Las Juntas, lugar de donde era el coronel Dolores Oliván, y allí pernoctó con toda su gente. Hizo una junta y habló a los ciudadanos del lugar sobre cuál era la causa de su movimiento, y allí mismo le proporcionaron unos caballos para los últimos siete que acababan de llegar. Permaneció en ese lugar todo el día 27, que fue sábado, y el domingo 28, muy de mañana, salió al pueblo de Huauchinantla, donde los viejos luchadores ya lo esperaban.

Llegó como a las 6 de esa mañana y de igual manera fue recibido con beneplácito, mandó llamar al ayudante municipal y le dijo, con toda cortesía:

Necesito que por unos tres días me proporcione usted de su pueblo alimentos para esta gente y forrajes para sus caballos.

Aquí tiene \$150.00, mándeme traer herraje y clavo para arreglar los caballos que vengan mal. Aquí tiene otros fierros<sup>3</sup> más para que me compre usted ropa para los ciudadanos que vienen aquí muy distraídos.<sup>4</sup>

El ayudante se llamaba Fructuoso Bonfil, todo lo ordenado lo hizo. Permaneció Jaramillo en Huauchinantla, Pue., el domingo último de febrero, el lunes primero y el martes 2 de marzo de 1943. En esos días juntó al pueblo de Huauchinantla por dos ocasiones para hablar sobre la situación que había adoptado y sus motivos que tenía para defenderse con las armas, de lo cual el pueblo quedó satisfecho y a pesar de que en ese lugar había una defensa con armas del ejército, nada grave ocurrió.

En el mismo día 2 de marzo, como a las 5 de la tarde, salió para el pueblo de Mitepec, donde también estaban otros, viejos zapatistas compañeros de Jaramillo que lo esperaban. Llegó a ese lugar como a las 7 de la noche, en medio de la mayor alegría, donde sin pedir alimentos ni forraje, voluntariamente lo dieron los ciudadanos del pueblo y el ayudante municipal ofreció: “A mí me dan dos para que coman en mi casa mientras estén aquí; otros, se llevarán tres o cuatro soldados”.

Después que Jaramillo ordenó su guardia, le pidieron los del pueblo que les permitiera a muchachos francos<sup>5</sup> tener un rato de gusto cantando, tomando un buen mezcal fabricado en el pueblo. Jaramillo les concedió ese gusto.

Se organizó otro grupo que fue a dormir al domicilio de Apolonio Flores, que era un viejo amigo suyo.

<sup>3</sup> Dinero.

<sup>4</sup> En Morelos, Guerrero y algunas regiones de Puebla, para referirse a la penuria en el vestido de la gente se acostumbra decir que andan distraídos.

<sup>5</sup> Es decir, que no tenían obligaciones militares.

En ese lugar permaneció la noche del martes 2 de marzo, el miércoles 3, el jueves 4. Durante estos días Jaramillo hizo juntas con el pueblo donde les explicó su situación y cómo se habían suscitado sus problemas, por lo que él tomó sus medidas defensivas, y de lo cual el pueblo quedó convencido y satisfecho.

La tarde del jueves 4 salió para Morelos, por el rumbo de Pueblo Viejo, lugar donde durmieron, y por la mañana del viernes 5 de marzo salió de Pueblo Viejo al rancho de Huaxtla. Allí tomaron alimentos la gente y la remonta, y salieron al rancho de Xochipalapa, donde el señor Francisco Abúndez, juntamente con los ciudadanos del lugar, les preparó una comida. Ya como a las 5 de la tarde de ese día salieron para Chimalacatlán, pasando la noche cerca de este lugar. A la mañana del sábado 6 llegaron a ese rancho donde tomaron alimentos y salieron para Nexpa, llegando como a las 3 de la tarde. Allí comieron, gentes y los caballos, y por la noche salieron al rancho de La Era, y de ese lugar se fueron Alejandro Rodríguez y Felipe Sosa para San Rafael.

Rubén M. Jaramillo amaneció el domingo 7 en La Era, lugar donde recibió algunas comisiones de Tlaquiltenango, Los Hornos, Santa Cruz, Huautla. El lunes 8 por la mañana salió para San Pablo Hidalgo. Estando en ese lugar llegó un correo de San Rafael Zaragoza, invitándolo a pasar a ese lugar. Puso de acuerdo a su gente y salieron el martes 9, llegando a San Rafael a las 2 de la tarde, donde ya muchos amigos le tenían preparados alimentos y forrajes para los caballos. En el lugar denominado Huixpaleca habló con Daniel Roldán, del grupo sinarquista, que antes fue derrotado en el rancho de Los Hornos quien, al ver cómo iba organizada la gente de Jaramillo, se puso un poco celoso y serio.

Así que Jaramillo permaneció allí la tarde del martes 9, el miércoles 10, jueves 11 y viernes 12. Como a las 12 de ese día llegó un señor de nombre José Barrero, que se decía gene-

ral del sur y centro de la República, y era de los sinarquistas, quien independientemente de Jaramillo habló con Francisco Guadarrama y Miguel Almanza, invitándolos a pasar al rancho de Zacapoalco. Éstos vieron a Jaramillo y le comunicaron lo dicho por Barreta, invitando a Jaramillo al rancho de Zacapoalco. La mayor parte de la gente recelaba ir, juntamente con Jaramillo, pero Guadarrama y Almanza dijeron a Jaramillo: “Si usted no pasa, nosotros nos separaremos de usted”.

Toda la gente ya se daba cuenta de que Francisco Guadarrama y Miguel Almanza no eran revolucionarios sino sinarquistas, convenidos con José Barreto y José A. Inclán para sostener un plan puramente religioso y para volver a México al tiempo de las colonias. A la insistencia de aquellos dos elementos para pasar a Zacapoalco, Jaramillo dijo:

Yo no quisiera que ustedes fueran tan necios. Yo tengo mis planes de cómo y cuándo debemos pelear, sin que nadie nos obligue. Por la forma como vinimos organizados, constituimos tentación para los federales, los cuales los tenemos a 30 minutos de distancia. Estos señores que hoy los invitan a pasar a Zacapoalco no tienen los mismos peligros que nosotros, porque andan dispersos y sin armas, pero una columna como la nuestra ya tiene la necesidad de cuidarse.

Entonces Pancho Guadarrama y Almanza dijeron: “Si tenemos miedo, para qué salimos; si usted no pasa, nosotros sí pasamos”. Entonces toda la gente le dijo a Jaramillo: “Mire jefe, estos compañeros creen que es el miedo el que nos hace no pasar, pero para demostrarles que nos sobra valor vamos pasando”. Dijo Jaramillo: “No tardamos 24 horas cuando ya el enemigo está sobre nosotros. Esto lo van a ver. Y voy a hacerles el gusto, pero nadie tendrá derecho a decir nada si en ese lugar algo llega a pasar”.

Entonces, ordenó pegar silla, y siendo las 4 de esa tarde salieron para Zacapoalco, atravesando los campos del lado norte de Chinameca, lugar donde había un destacamento federal. Y como es natural, tenían un vigilante en la azotea de la hacienda, quien al ver la polvareda de la caballería de los revolucionarios se alarmó e inmediatamente mandaron traer refuerzos a Tenextepango, el cual llegó por la noche de ese mismo día. Jaramillo llegó con su gente a Zacapoalco como a las 6 de la tarde de ese día, viernes 12 de marzo de 1943. En este lugar y por esa noche no hubo cena ni pastura para la caballada. Jaramillo pidió un guía y salió a dormir con su gente a un campo al lado oriente de Zacapoalco, donde amanecieron el sábado 13 de marzo.

A las 9 de la mañana, nadie de los que había invitado a los compañeros Guadarrama y Almanza se presentaba. Entonces Jaramillo ordenó que mataran una res de Nicolás Benítez, de Huichila, ordenando a Miguel Almanza que la carne fuera distribuida entre toda la gente con todo orden. Así fue.

Cuando ya cada uno tenía su ración de carne y siendo como las 12 de aquel día, Jaramillo ordenó reconcentrarse al rancho de Zacapoalco. Mandó traer al ayudante y le dijo con toda cortesía: “Necesito que tu pueblo, a través de ti, me proporcione alimentos para esta gente y forrajes para 80 caballos”. El ayudante municipal se movilizó y cumplió con la orden. Todos comieron y bebieron.

Serían las 2 de la tarde de ese día cuando llegó un correo de Chinameca de parte de los amigos de Jaramillo, avisándole que los federales se estaban arreglando para salir y que se dispusieran bien a encontrarlos o bien cambiar de lugar. Jaramillo mandó llamar a Pancho Guadarrama y a Felipe Sosa, y antes llamó al ayudante municipal y le dijo: “Haz el parte para la autoridad de Chinameca avisando de nuestra presencia aquí, para evitarte responsabilidades”. Así fue.

Llegaron Guadarrama y Almanza y les dijo: “Lo que les dije ya sucedió. Los federales vienen para este lugar. Viene una infantería por el llano y una caballería por el cerro. Yo pregunto a ustedes: ¿los encontramos o tomamos otro rumbo?”. Entonces dijeron todos: “Los encontramos”.

Entonces Jaramillo distribuyó la gente, en número de 80 hombres. Le dijo a Felipe Sosa: “Tú, con 40 hombres, te vas por el cerro, y como conocedor del campo búscate un lugar propio donde puedas pelear con más o menos seguridad”. Salió inmediatamente y a continuación salió Jaramillo al lugar llamado Piedra de la Virgen. Allí tendió 30 hombres, abarcando 150 metros por uno y otro lado del camino, todos en perfectas posiciones, y mandó a Gelasio López a la piedra mencionada, la cual es alta. Pero ese vigilante, desoyendo las órdenes y no tomando en cuenta el momento de peligro, hizo lumbre sobre la piedra para asarse un pedazo de carne y comenzó a cantar a grito abierto “La Adelita”. Esto hizo que el vigilante puesto por Felipe Sosa gritara así: “Rubén, vete a callar a ese hijo de la chin...”.

Jaramillo montó a caballo y salió para ir a donde estaba el alboroto del vigilante, pero al tomar el camino real de Zacapoalco, los federales ya estaban embarcados a un lado del camino, y al pasar por donde ellos estaban, le dispararon a una distancia de 10 metros, pero felizmente no hicieron blanco.

Fue entonces cuando Jaramillo, con una pistola .38 de cilindro, disparó sobre los federales, los cuales salieron de su escondite al lado norte, donde había un rastrojo de maíz. Eran solamente seis federales que se habían adelantado, yendo otros más atrás.

Cuando Pancho Guadarrama vio que sólo eran seis federales, dijo a la gente: “Carga de caballería”, y dejando todos sus trincheras se lanzaron sobre los federales a quienes hicieron bola en el rastrojo. Pero otros ya se habían parapetado



en unos árboles haciendo fuego desde ahí, logrando matar a Pancho Guadarrama y al joven Miguel Ocampo.

De este tiroteo, que duró media hora, resultaron cinco federales muertos en el campo y otro que, herido, cayó dentro de un canal y murió.

Aún estando el tiroteo con el grupo de Jaramillo, se oyó el tiroteo con el grupo de Felipe Sosa, el cual fue derrotado inmediatamente por los federales de caballería. Así, la imprudencia del vigilante y la de Pancho, al dejar las trincheras, dio lugar a esa derrota y a la pérdida de tres compañeros y un caballo, el de Miguel Almanza.

Jaramillo regresó a Zacapoalco, juntó los compañeros que más pudo, se vio con José Barreto el domingo 14. Allí se dijeron algunas cosas, porque los dichos generales nunca llegaron.

Ese mismo día, Jaramillo salió para El Limón, Cuauchichinola. En ese lugar se le reunieron otros compañeros. Allí pasó el lunes 15 de marzo de 1943.

A pesar de todo, la gente tenía ánimos y salió el martes 16 rumbo a La Era, donde llegó a las 7 de esa noche. Por ese lugar se encontraba una comisión de Zacatepec, que le llevaba noticias de que 6000 hombres de diferentes pueblos estaban dispuestos a reunirse con él y de inmediato atacar Jojutla, Tlaquiltenango y Zacatepec, y que sólo esperaban les fijaran una fecha para prevenirse y que Jaramillo, con la gente que tenía, se acercara a Tlaquiltenango.

Efectivamente, Jaramillo les fijó la fecha del 24 de marzo de 1943 a las 6:30 de la tarde, haciendo el siguiente plan: Alpuyecá, Coatetelco, Atlacholaya, Acatlipa, Temixco, Jiutepec, Emiliano Zapata, Tezoyuca, Chiconcuac, Tepetzingo, Tetecalita, Temimilcingo, Pueblo Nuevo, La Colonia, Temilpa, Ticumán, Huatcalco y Tlaltizapán, con Tetelpa, San Miguel Treinta y Santa Rosa Treinta, se concentrarían en Zacatepec, para atacar el cuartel, la policía judicial y la gerencia, sin lesionar en lo más

mínimo la fábrica, la cual debía conservarse intacta para su función inmediata, ya a favor de los obreros y campesinos de esos lugares.

Xoxocotla, Vista Hermosa, Ahuehuezingo, Cuauichinola, Las Palmas, Cajones, Coahuixtla, El Estudiante, Tehuixtla, Río Seco, San Rafael, Tequesquitengo, Jicarero, Panchimalco, Tlatenchi y El Higuierón, a Jojutla, evitando el saqueo y toda clase de abusos entre las gentes del pueblo:

Atáquese el cuartel federal, la comandancia, la policía judicial, depónganse las autoridades y fórmense otras ya electas por el pueblo, pónganse avanzadas en las principales carreteras por donde puedan llegar auxilios al enemigo. Para este fin, tómense las armas, parque, caballos y vehículos de donde los haya, para transportarse con toda rapidez a los lugares, blanco de nuestro ataque.

Todos los representantes de cada pueblo, pónganse de acuerdo rápidamente para su movilización. Del municipio de Tlaquiltenango yo me encargo con la gente que está conmigo, y estaremos sin falta a la hora fijada, a las 6:30 de la tarde.

Efectivamente, el miércoles 24 a las 4:30 de esa tarde, Jaramillo y su gente se desprendieron a todo galope desde el punto de Las Bóvedas, no dando tiempo a que alguno diera aviso al enemigo. Desde antes de salir de Las Bóvedas, Jaramillo dispuso el plan, el cual consistía en que 25 hombres, al mando de Cruz Vázquez, se dirigieran por la calle nueva, para entrar a la plaza de Tlaquiltenango por la calle que sale a Tlaltizapán; David Castrejón, con 25 hombres, entraría rápidamente por la salida a Jojutla y Rubén M. Jaramillo penetraría hasta la plaza por el lado oriente. Así fue.

Con la rapidez de un rayo todos cumplieron su papel, de manera que si hubiera habido enemigo no tendría tiempo

de meter las manos. Así, Jaramillo cumplió su palabra estando exactamente a las 6:30 de esa tarde en la plaza de Tlaquiltenango, con sólo 125 hombres perfectamente armados y montados. Fue tan rápido su movimiento que el pueblo no sabía qué era aquello.

Jaramillo puso sus avanzadas en los lugares de entrada y salida y así esperó la señal que se había convenido el mismo día que se hizo el plan, el cual eran tres largos silbatazos en la fábrica de Zacatepec.

En tanto que Rubén M. Jaramillo permanecía en la plaza, los señores Alfonso T. Sámano y Benicio Barba estaban uno trepado en un árbol y el otro en la azotea de su casa, frente al templo católico del pueblo. Y aunque Jaramillo no era vengativo ni aprovechado, esos señores tenían temor, porque eran los opresores, intrigantes, calumniadores del pueblo.

Ese día cayó en poder de Jaramillo el coronel Juan Rojas, el cual era jefe de tránsito en el estado, el cual suplicaba a los que lo detuvieron que lo dejaran ir, porque temía que lo asesinaran. A poco de esto llegó Jaramillo y le dijeron: "Jefe, aquí tenemos a Juan Rojas, que está muy espantado". "Es que algo debe", respondió Jaramillo. "Tráiganmelo". Y cuando Juan Rojas oyó esto, les decía a los soldados: "Hablen por mí, yo les doy 500 pesos".

Estas cosas las oyó Jaramillo y le dijo:

No necesitamos el dinero, Juanito. Lo que más nos urge es que te arrepientas de tus malos comportamientos y que vivas con tu pueblo, al cual ayer defendiste con las armas en tus manos y del cual ahora te has apartado por la corrupción del dinero que nuestros enemigos te han puesto en las manos para envilecerte contra nosotros, que somos tus hermanos y tu clase. Era, pues, necesario que, de acuerdo con los procedimientos del gobierno a quien tú sirves, te fusiláramos aquí,

en este mismo lugar donde te han agarrado, o por lo menos darte una colgada o tus fajos<sup>6</sup> o tormentos, como es el sistema del gobierno al que estás vendido, pero no somos cobardes. Tú perteneces a una organización a la que yo pertenezco<sup>7</sup> y te perdono tu vida a cambio de que me jures que te vas a desligar del gobierno y te vas a unir al sentir del pueblo.

Jaramillo le preguntó: “¿Qué dices de esto?”. Y Juan Rojas Torres dijo: “Mira, Jaramillo, si ésta es la condición por la cual tú me dejas libre, pierdes cuidado, yo te cumplo eso que tú me pides y estaré con nuestro pueblo como tú lo dices”. Entonces Jaramillo dijo: “Suéltelo”. Éste subió a su coche y se fue a su casa.

Eran las 9 de la noche y la señal esperada no llegaba. Entonces Jaramillo reunió a su gente y salió por el rumbo del llano y se internó en la montaña. Y como a las 10 de esa noche “el Polilla”, con 40 hombres voluntarios, asalariados del Ingenio, y un mayor del ejército de nombre Juan Alvarado, con dos pelotones de federales, llegaron a Tlaquiltenango ultrajando al pueblo, como es la costumbre de los servidores del gobierno de los ricos, y véase que estas gentes estaban en Jojutla, a unos cuantos minutos de Tlaquiltenango, y fueron a este pueblo cuando estaban seguros de que la gente jaramillista había salido.

Este movimiento hizo que en Tlaquiltenango se estableciera una segunda zona militar, cuyo jefe fue un señor de nombre Florencio Rosas.

Juan Rojas Torres, al día siguiente, se fue a Cuernavaca y, faltando al cumplimiento de su palabra empeñada con

<sup>6</sup> Colgar a un individuo por el cuello hasta casi asfixiarlo o golpearlo con la parte plana del machete (dar un fajo), eran procedimientos habituales.

<sup>7</sup> ¿Iglesia evangelista o francmasonería? A ambos grupos perteneció Jaramillo.

Jaramillo, hizo una publicación en un periódico local denominado *La Pluma* en el que llenaba de lodo a Jaramillo y a los jaramillistas, llamándolos “perdonavidas”, afirmando que Jaramillo y su gente lo habían despojado de su dinero y su pistola, que lo habían maltratado. Cuando Jaramillo se dio cuenta de esa publicación, escribió una carta a Juan Rojas, en términos muy lacónicos, cuyo texto es:

Sr. Juan Rojas. Tlaquiltenango, Morelos. Estoy informado de tu publicación en la cual veo, y estoy convencido, de que has aprendido perfectamente bien la escuela de tus amos, la de la infidelidad, mentira y jactancia. Tú sabes en tu conciencia, si es que la tienes, que estás mintiendo, diciendo lo contrario a lo que es la realidad y tu conducta reprochable la tomo en cuenta. Rubén M. Jaramillo. (Firmado).







## ANTE EL EJÉRCITO, LA EXPECTATIVA

A fines de marzo de 1943, y por la nerviosidad que invadía a los caciques, calumniadores intrigantes y explotadores, entre ellos el gerente Carrera Ramos, llegó a Zacatepec el señor general Isauro García Rubio, con no menos de 250 soldados federales dispuestos a perseguir a los jaramillistas, pero antes de salir a los campos de operaciones llamó al presidente municipal de Zacatepec, a un grupo de campesinos y de obreros, entre ellos a Salustio Porfirio Jaramillo, hermano de Rubén.

Cuando ya estuvieron juntos, el general García Rubio les preguntó si ellos sabían cuáles eran las causas o motivos por los cuales Rubén M. Jaramillo se había levantado en armas, diciendo que a él le habían dado la comisión de perseguirlo, pero que él había puesto la condición de que iba a investigar las causas de Jaramillo, y que si éstas eran justas, él no perseguiría a Jaramillo. Y dijo: “Quiero que ustedes me digan todo, con verdad y con justicia”. Así fue. Aquel grupo de hombres dijeron toda la verdad y cuando el general oyó todo, analizó esa situación. Dijo: “Yo les ofrezco que de Zacatepec me regreso para México para informar lo dicho por ustedes a la superioridad”.

Era el secretario de la Defensa Nacional el general Cárdenas. El general García Rubio ordenó a Porfirio Jaramillo que mandara decir a su hermano que se abstuviera de hacer



algo, mientras él trataba el asunto. Y se regresó con su ejército para la ciudad de México.

Porfirio se comunicó con su hermano Rubén y éste ofreció esperar lo que el general García Rubio arreglara, reconcentrándose en el Mineral de Huautla, lugar donde lo surtían de alimentos y forraje para sus caballos.

Pero en este intervalo de tiempo, y en una expedición hecha por los campos de Tetecala, y ya de regreso, en un lugar llamado La Piaña, como a las 7 de la noche, encontraron un carro que llevaba unos puercos, en el cual iban el presidente municipal de Tlaquiltenango, Miguel Pozas, y el regidor de Hacienda, Sebastián Ortiz, los cuales habían sido impuestos contra la voluntad soberana del pueblo, con la fuerza armada, pedida por los imposicionistas del pueblo, Antonio Torres, A. F. Sámano, Genaro Barba, Jesús Pichardo, que era diputado local del cuarto distrito, y Juan Rojas.

Era la columna como de 75 hombres de caballería y la avanzada, que iba por delante y que al encontrar el carro lo registraron. Cuando esto hacían, Sebastián Ortiz quiso echarse sobre tres soldados que lo registraban. Fue entonces cuando le dieron un cañonazo y éste, enfurecido, maltrató con palabras a quienes lo habían detenido y, en un momento de descuido, se echó a correr entre el monte. Entonces le dispararon y cayó muerto.

Cuando llegó Jaramillo, encontró que Sebastián Ortiz estaba muerto y Miguel Pozas detenido.

No hay que olvidar que Sebastián Ortiz, envanecido por su triunfo, resultado de la imposición, había roto y bailado sobre un pequeño cartel que los verdaderos triunfadores en esas elecciones municipales tenían fijado en la puerta del local que servía de recinto oficial y, juntamente con el cartel, quemó todo el boletaje electoral que era prueba del triunfo del pueblo. Así pagó esa negra burla hecha al pueblo.

Por lo que hace a Miguel Pozas, éste se escapó, pero fue de tenido por 15 días, hasta que en los campos de Santiopa se le dio facilidad de huir y escapar.

Jaramillo mandó un correo a Santa Cruz para que fuera la autoridad del lugar a levantar a Sebastián Ortiz. De allí salieron y acamparon en un lugar llamado San Jacinto. Entonces, en el pueblo de Tlaquiltenango se hizo un gran alboroto y acordaron nombrar una comisión para buscar a los jaramillistas. Entonces los federales, de acuerdo con sus métodos de crimen, pensaban hacer presa a la esposa de Rubén M. Jaramillo y martirizarla, como represalia de los hechos, pero el pueblo se opuso y entonces se valieron de los amigos de Jaramillo de todas las rancherías para pedirle que no asesinara a Pozas. Pero Rubén M. Jaramillo, en cierto tiempo, había cultivado muy buena amistad con la mamá de Miguel Pozas y esto hizo que, antes de que las comisiones lo entrevistaran, diera órdenes en el sentido de que se le otorgaran garantías.

A los cuatro días salió la primera comisión integrada por Rafael Cabrera y otros más, pero en Los Hornos fueron sorprendidos por el esbirro “e Polilla” y regresaron a Tlaquiltenango sin lograr nada de lo que era su deseo.

A continuación se reunió el pueblo y fue nombrada otra comisión entre la cual iban Antonio Jaramillo, hermano mayor de Rubén, Sixto Manzanares y Cruz Nava. Éstos, antes de salir, pidieron al jefe militar de la Segunda Zona que ellos podrían cumplir la comisión siempre que la tropa federal no saliera a esos campos donde ellos iban, a fin de poder encontrar a los jaramillistas y tratar con ellos el asunto de Pozas, ya que la presencia de la tropa y de los voluntarios asalariados del gerente entorpecería todo arreglo.

Les fue hecha la promesa de que no saldría la tropa mientras ellos no regresaran al pueblo. Pues bien, salió esa comisión y a los tres días hablaron con Rubén M. Jaramillo en

un lugar denominado Los Sauces, en la falda del lado norte del Cerro Frío, el cual es un lugar alto y dominante.

La comisión saludó a Jaramillo pidiéndole que, haciendo honor al buen sentido de humanidad y al grande aprecio que tenía al pueblo, y a nombre de ese mismo pueblo, pedían la libertad de Miguel Pozas, quien había sido engañado por los imposicionistas, haciéndolo aceptar un cargo que ni había ganado y que por lo mismo era inocente, que los responsables eran quienes lo habían seducido a tal cosa, y que esos eran los culpables de tantos trastornos y que ellos pedían la libertad de Pozas.

A esto, Jaramillo respondió:

Todo lo que ustedes dicen en partes tienen razón y en partes no. Eso de que Pozas no sea culpable y que los culpables sean los imposicionistas, sirve para decir lo del adagio: tanto peca el que mata la vaca como el que le detiene la pata. Si no hubiera quien aceptara la imposición, los imposicionistas no serían nadie y, entonces, el pueblo recobraría toda su soberanía y el disfrute de todos sus derechos. Yo estoy con el pueblo a quien reconozco, de acuerdo con la ley, como la primera y grande y suprema autoridad. No hemos maltratado a Pozas y cuando él llegue ante ustedes les diré todo. Antes de que ustedes vinieran, ya Pozas ha tenido nuestras garantías, sin más recomendaciones que la voz de nuestra propia conciencia. Pero por razón de que yo tengo mucho qué hablar con Pozas, no se los puedo entregar, pero tengan la seguridad de que nada le pasará, y esto díganse a su mamá, que conmigo su hijo está seguro, que pierda todo cuidado, que muy pronto estará con ella, aunque pienso que de acuerdo con la severidad y torpezas criminales del gobierno, bien podríamos darle a Pozas aquellos tormentos que las gentes del gobierno saben dar a sus víctimas, pero nosotros somos cristianos y no tenemos esa

negra conciencia propia de cobardes y aprovechados y sólo castigaremos con severidad a todos aquellos que, validos de su influencia oficial, del poder y del dinero, se prestan a cometer actos delictuosos en contra de los ciudadanos, y el que deba morir morirá y el que deba vivir, vivirá. Un hombre, por grandes que sean sus crímenes, con la muerte los paga, sin hacerlo víctima de vilezas ni cobardías, por el hecho de que no puede defenderse. Yo, en nombre de mis compañeros, les ofrezco la libertad de Miguel Pozas. Y díganles a las gentes de nuestro pueblo, que conviven con las ideas impositivas, que no se olviden que el pueblo es el pueblo y que el pueblo es como Dios, consiente, pero no para siempre. Y que los invito a que entiendan esto. Y no los corro, pero mi deseo de que se retiren es grande, porque tengo noticias de que el ejército salió hoy de Tlaquiltenango a las 8 de esta mañana con rumbo a Santa Cruz y Los Hornos, y con ellos viene Gil Muñoz.

Era como la una de la tarde. Respondió Antonio y dijo: “No creo que el gobierno venga, porque nos ofrecieron los jefes que no se moverían hasta que nosotros estuviéramos de regreso en Tlaquiltenango”. Rubén M. Jaramillo respondió con todo respeto a su hermano, diciendo:

Tú no debes creerte mucho de esas promesas, porque el ejército de los ricos está educado en la mentira y falsedad, porque así les conviene a quienes lo manejan. Te dicen una cosa y hacen lo contrario. Por eso hay que andarse con cuidado con esas gentes que no conocen más planes ni más ideas que la ciega obediencia a sus amos y al salario que les pagan. Por esto hacen lo que les mandan y hasta ahí las cosas. Esos señores no saben nada de civismo, de conciencia, de derechos de un pueblo ni de leyes. Ellos son elementos disciplinados y ya, cosa muy distinta a la nuestra. Y aunque ese ejército está

integrado por hombres pobres, están por la rigurosa disciplina convertidos en jurados enemigos del pueblo y no saben de cumplir sus compromisos hechos con la razón y la justicia.

En ese instante, Rubén M. Jaramillo tomó sus gemelos y divisó por el norte del llano de Los Hornos una caballería como de 80 federales y a Gil Muñoz con ellos, con unos 25 hombres voluntarios. Sin ninguna nerviosidad, dijo: “Mira, Antonio, convéncete de mis razones”.

Tomó los gemelos Antonio Jaramillo y vio que efectivamente era la tropa y que los jefes de ella habían faltado al cumplimiento de su palabra. Entonces Rubén M. Jaramillo dijo a la comisión: “Ya les he dicho lo que hay que hacer. Váyanse porque no sea que vengan a dar con nosotros y a ustedes les pase lo de la cigüeña y los gansos con el cazador”.

Salió la comisión y Jaramillo ordenó que otra se encargara de Miguel Pozas y dispuso su gente en lugares estratégicos para que no se movieran de allí.

La tropa llegó al rancho de Los Hornos, donde pernoctó, y al otro día salió para el rancho de Pala dejando atrás a Rubén M. Jaramillo y a sus hombres. Del rancho de Pala, esa tropa salió para El Limón, Cuauchichinola, de allí para Los Sauces y luego a Chinameca, Santa Rita, San Pablo y Santa Cruz; de aquí a Tlaquiltenango.

Dos días después de estos movimientos, Jaramillo salió a Huautla y de allí a Santiopa, lugar donde se hizo aparecer la fuga de Miguel Pozas.

Jaramillo, por segunda vez, fue al estado de Puebla, a un lugar denominado Zacacuautla. En ese lugar, llamó a los representantes de Jolalpan, Mitepec, Huachinantla, El Salado, Teutla, Xochitepec, Cuetzala, Texmelaca, Copalillo, Cuajinicuilá y Las Juntas. Después de hablar con ellos regresó a El Limón, Cuauchichinola. Esto fue por mayo de 1943.

En ese lugar estaba cuando le llegó un correo de su hermano Porfirio Jaramillo, quien acompañado de un capitán primero del ejército, de nombre José Trinidad Meza, se hallaba en el rancho de Pala y lo llamaba porque llevaban una comisión del general Lázaro Cárdenas.

Jaramillo ordenó ensillar y salieron al rancho de Pala. Antes de llegar a ese lugar, su hermano Porfirio le dio el encuentro y le dijo: “Está ahí adelante el capitán Meza, el cual trae un asunto del general Cárdenas. Quiero que lo trates con el debido respeto”. “Está bien”, dijo Rubén.

Llegó donde estaba el capitán, se saludaron con el mayor afecto y a continuación el capitán dijo:

Traigo instrucciones precisas del señor general Cárdenas de que te reconcentres, sabiendo que tú y los que te acampanán tendrán amplias garantías, y que él, con su carácter de secretario de la Defensa Nacional, te manda estos salvoconductos para ti y para los que están contigo, para que puedan ir a vivir donde quieran, sabiendo que se respetarán sus vidas y su libertad. El general quiere la paz en Morelos.

A esto respondió Jaramillo:

Está bien eso de los salvoconductos, pero para los políticos que tiene el gobierno de Morelos en sus manos, estos documentos no serán de ningún valor, pues ellos piensan de otra manera. Pero voy a poner en paz a los que me siguen, dejándoles sus caballos y sus armas, y cada uno que vaya a dedicarse a sus trabajos y yo me dejaré únicamente cinco hombres para que estén conmigo. Pero de pronto me iré con todos al pueblo de Huautla por unas dos semanas y luego regresaré y viviré en Galeana, con el fin de no ir a mi pueblo

para no inquietar a mis enemigos políticos, y así demostraré al gobierno federal quiénes son los que no quieren la paz sino la riña, provocada por miedo y ambiciones.

Así quedaron entendidos y, en seguida, salieron a encaminar al capitán al lugar de Santa Rita y de allí a Chinameca. De ese lugar muchos se decidieron a ir a sus casas a trabajar y Jaramillo se fue para el Mineral de Huautla, sólo con 15 hombres.

Después de cinco días de estar allí, llegó un correo de Zacatepec, de nombre Sixto Jiménez, llevándole una razón de un atentado urdido por el gobernador Castillo López, el gerente del ingenio, Carrera Ramos, y Jesús Pichardo, quienes sobornaron a un joven de nombre Fidel Castillo para que asesinara a Rubén M. Jaramillo, valiéndose de que iba de malas<sup>1</sup> a unirse con él. Lo habían provisto de una pistola .45, de mucho parque y dinero. Efectivamente, este joven, ya bien instruido, salió en busca de Jaramillo rancho por rancho, preguntando por dónde hallaría al jefe rebelde. Así llegó hasta el Mineral de Huautla, al domicilio de Felipe Morán.

El 3 de mayo de 1943 Jaramillo había salido para el rancho de Ajuchitlán a una pequeña fiesta y el día 4 regresó a Huautla. Por la tarde de ese día, y en la plaza, estaba un amigo de Jaramillo, de nombre Lorenzo Castañeda, que vendía un montón de mameyes. Éste saludó a Lorenzo y luego le dijo: “¿Cuánto vale el montón de mameyes?”. “Treinta pesos”, dijo Lorenzo. “Ténlos”, dijo Jaramillo, y luego invitó a todos a coger un mamey.

Por ahí estaba el muchacho antes dicho que se acercó a Jaramillo y sonriente le dijo: “Ah, cómo eres trabajoso para

<sup>1</sup> “Andar de malas” significa huir de la acción de la justicia por un delito que puede ir desde el homicidio hasta delitos leves.

hallarte. Tengo más de 15 días en tu busca y mira hasta dónde te encontré". Jaramillo le dijo: "¿Y para qué me buscas?". Dijo el muchacho: "Yo vengo de malas y quiero unirme contigo". "¿Qué hiciste?", dijo Jaramillo. Dijo el muchacho: "Sabes que yo maté al gerente". "¿Cuándo?", dijo Jaramillo. Dijo el muchacho: "Hace un mes". "¿Y por qué lo mataste?", dijo Jaramillo. Dijo el muchacho: "Mi padre es cultivador de caña y al ir a hacer su liquidación le robaron 14 mil pesos, y cuando yo me di cuenta de esta estafa fui a ver al gerente, a exigirle que entregara a mi padre su dinero, y como el gerente se disgustó mucho conmigo yo saqué mi pistola y le di de balazos y lo maté". "¿Dónde lo mataste?". "En Temixco". "¿Qué andaba haciendo el gerente por Temixco?", dijo Jaramillo. Respondió el muchacho: "En ese lugar están ahora las oficinas del ingenio". "¿Ah, sí?", dijo Jaramillo, "¿y quién es tu padre?". Respondió el muchacho: "Mi padre es Jesús Zúñiga". "¿Y tú, cómo te llamas?", preguntó Jaramillo. Respondió el muchacho: "Yo me llamo Salomón Zúñiga". "¿Y de dónde eres?", dijo Jaramillo. Dijo el muchacho: "De Tehuixtla". "Muy bien", dijo Jaramillo, "mañana hablaremos más". Se fue a su cuartel con sus hombres.

Había por allí una muchacha de nombre Candelaria, la cual simpatizaba con la lucha de Jaramillo. Ésta se dio cuenta de algunas indiscreciones de aquel muchacho cuando estaba en una cantina, sobre que él tenía una comisión que desempeñar y por la cual ciertas personas le habían surtido de suficiente dinero y otras cosas más.

Candelaria dio este aviso a Jaramillo, diciéndole: "Cuídate, no sea que esto sea algo contra ti". Al otro día el referido Salomón, a la hora del almuerzo, llegó con una canasta con muy buen desayuno y dijo a Jaramillo: "Toma este pequeño regalo, el cual es para ti", y dijo: "Quiero que me hagas una carta para mi padre, diciéndole que me mande más dinero". Jaramillo le pidió el papel y comenzó a escribir.



Sospechó cuando al muchacho le cogió una especie de ansia y malestar, y como que se cubría con el sombrero de vara el lado izquierdo y como que por ese lado se metía la mano. Entonces Jaramillo dijo a sus hombres: “Ármense, corten cartucho y pónganse en la puerta”. A esto el muchacho dijo: “¿Qué hay? Por qué es esto?”. Jaramillo le dijo: “Tú no tengas cuidado”. Terminó la carta, se la entregó y dijo a los soldados: “Déjenlo pasar”, pero antes le dijo: “Espero, Salomón, que sigamos hablando”. Con esto, los nervios del joven se serenaron.

Luego Jaramillo mandó llamar a Candelaria y le dijo: “Quiero que me desempeñes una comisión, la cual es algo delicada. Dime si estás dispuesta o no a desempeñarla”. Ella dijo: “Por el bien de esos planes que tú me has dicho, haré lo que me digas”.

Él le dijo:

Sabes que tengo ya ciertas sospechas de ese joven de que tú me hablaste y quiero que tú, y el comandante, lo inviten a la planta de luz llevándole qué comer y beber, y procuren darle mucho qué tomar, y ustedes cuídense de no tomar mucho a fin de que puedan sacarle algo de lo que él se trae. Y cuando él abra la boca a preguntas que ustedes le hagan, inmediatamente me mandan decir para mandar por él. Ten \$50.00 y compra todo lo necesario.

A otro día de este arreglo se hizo el asunto por la tarde. Efectivamente, el muchacho bebió tanto que muy pronto confesó cuál era la comisión: la de hacer confianza con Jaramillo para luego darle muerte, y luego presentarse al gobernador y al gerente para recibir 40 000 pesos y un cargo en el gobierno o en el ingenio. A continuación le enseñó a Candelaria la cartera llena de billetes y le dijo: “Tengo una muy buena

pistola .45 y mucho parque y yo creo que en esta misma semana sucede este caso, porque el mismo Jaramillo me ha invitado a seguir platicando con él". "Bueno, y ¿qué males ha hecho Jaramillo?". "Ah, es un elemento enemigo del gobierno, que se ha hecho entender de los campesinos y éstos lo protegen, y para el gobierno esto es un peligro". "¿Así que eso es todo?". "Sí, eso es todo".

Entonces Candelaria, con uno de los soldados de la ronda, avisó a Jaramillo y éste fue personalmente a traer a Salomón con sólo tres de sus hombres. Al llegar, el muchacho quería correr pero Jaramillo le dijo: "No corras. Nada te pasará. Acompáñanos". Lo echaron en medio y lo llevaron a la mina de Santiago, donde tenía su cuartel, y lo encerraron en un cuarto.

Jaramillo habló con Candelaria y ésta le contó todo el plan que tenía Salomón Zúñiga. "Está bien, Candelaria", dijo Jaramillo. "Pobre muchacho".

Eran como las 9 de la noche. Se fue Candelaria y Jaramillo y sus compañeros comentaron: "Ah, qué plan del gobernador, el gerente y Pichardo".

Se ordenó la guardia y todos se dedicaron al descanso. La guardia le tocó a un Francisco Bravo y cuatro soldados más. Como a la medianoche el preso se quería fugar. Entonces Pancho Bravo lo amarró y le dijo: "Si el jefe no te mata yo sí te mato; guarda compostura y déjate de pensar en irte porque no lo lograrás".





## EN MORELOS NO MANDA CÁRDENAS

Amaneció el otro día y Jaramillo ordenó que le llevaran al preso al cuarto donde él dormía. Y fue así. Se lo llevaron amarrado y esto disgustó mucho a Jaramillo y dijo: “Suéltelo”, y le dijo con muy buen humor:

Mira, Salomón, tú no eres hijo de rico sino de padre pobre y has venido aquí para quitarme la vida. Yo no te voy a causar ningún mal, pero sí pláticame todo aquello que te dijeron los que te contrataron. No es mi costumbre sacrificar a nadie para que me confiese lo que yo quiera saber. Tú eres un joven de aquellos que yo aprecio, porque tú eres esperanza de la patria y sería yo un criminal, como los que te contrataron, si haciendo gala de autoridad te maltratara para que, al final, me dijeras mentiras. Quiero, pues, que como buenos amigos, y perteneciendo los dos a la clase de los pobres, me digas todo, y luego te vas.

Entonces dijo: “Mire, jefe, yo me llamo Fidel Castillo, mi padre es Margarito Castillo, de El Jicarero. Somos gente pobre y por lo mismo tenemos deseos de ser felices, y cuando me habló Pichardo de esta comisión y de las proposiciones de lo que me darían, acepté venir a esta aventura, que no logré”. Jaramillo le dijo: “¿Hablaste tú con el gobernador, el gerente y Pichardo?”. “Sí, jefe, con los tres hablé”. “¿Dónde hablaste con ellos?”. “En la gerencia”, dijo. “¿Cuánto dinero te adelan-

taron?”. “Cinco mil pesos, jefe”. “Muy poco”, dijo Jaramillo, “y después de ejecutarme, ¿qué te ofrecieron?”. “Cuarenta mil pesos, jefe, y un empleo en el gobierno o en el ingenio”. “Y si de lo contrario, perdías la vida, ¿qué te ofrecieron?”. “Nada, jefe”.

Esos letrados son malos y Pichardo, que es un puerco de chaqueta, hace mal con andar haciendo causa común con esos venenosos perfumados que ¡toda la vida han usado a los pobres como carnaza para sus fines criminales! ¡Y los pobres no los han entendido y por eso se prestan, como tú, para cometer crímenes en contra de quienes como yo han defendido la causa de los pobres! ¿Y dónde tienes la pistola?

“Está en la casa de Felipe Morán”. “Entonces voy a llamar a Felipe para que me entregue la pistola”. “Está bien, jefe”. A poco llegó Felipe con el arma y el parque. En seguida, Jaramillo dijo: “Mira, Felipe, júntame al pueblo hoy en la tarde para tratar un asunto”.

Así fue como a las 4 de la tarde de ese día llegaron las gentes del pueblo. Allí Jaramillo, llevando a su preso del brazo, se presentó ante aquel grupo y le dijo: “Traigo conmigo a este joven para que lo conozcan”. Y le preguntó: “¿A qué viniste por estos lugares?”. El joven contesta: “Con el fin de asesinarlo, jefe”. “¿Por cuánto?”. “Por 45 000 pesos y un puesto en el gobierno o en el ingenio”. “¿Qué arma te dieron para ese fin?”. Respuesta: “Una pistola calibre 45 reglamentaria”. Jaramillo dice: “¿Será ésta?”. El joven dice: “¡Ésa es!”. Rubén M. Jaramillo dice a todos los presentes: “¿Qué harían ustedes a este hombre si ustedes estuvieran en mi lugar?”. Unos decían “lo mataríamos dándole antes una colgada”; este era el juicio de la mayor parte del pueblo pero Jaramillo dice:

Esto es lo que yo debiera hacer, pero esa actitud me colocaría en el mismo papel de un criminal como los que contrataron a este joven que por no conocer los instintos de esas gentes se dejó sorprender por las ofertas que le hicieron, no pensando que esos mismos más tarde lo mandarían asesinar como lo han hecho con otros que como este joven se han creído de los halagos de esos hipócritas, que así han envilecido a muchas gentes buenas de nuestro pueblo sencillo y humilde. Pero en este caso yo no pienso dañar a quien mal pretendió hacerme, y quiero volver bien por mal a este muchacho, a quien considero menos culpable que a los que lo contrataron, a los cuales un día no lejano, Dios los pondrá en nuestras manos y entonces ya responderán de todos sus malos actos de que se han valido para intimidar a los ciudadanos que hablamos en nombre de la justicia del pueblo y de la ley. Y aquí ante los ojos de todos ustedes que serán los mejores testigos, este joven quedará en completa libertad sin el largo papeleo, ni las vueltas, ni los fiadores que acostumbra el gobierno de los ricos contra sus víctimas, que caen en sus manos, prohibiéndoles ver la luz, respirar el aire, tomar agua y alimentos, sometiéndolos a los tormentos inquisitoriales que heredaron de los verdugos del pueblo, de la Iglesia romana. Este joven puede decir cómo se le ha tratado durante cinco días que ha estado entre nosotros, el cual, si habla mal de nosotros, será para su propio mal porque él sabe que no fue nuestro reo, sino nuestro compañero que, engañado, vino a buscarnos mal pero que no lo ha logrado, porque Dios estuvo de por medio entre él y nosotros y quiere que sigamos viviendo. Ahora le pedimos en paz, con la salvedad de que no debe quedarse en ningún lugar de esta jurisdicción.

Jaramillo le dijo a Felipe Morán: “Tómalo y llévatelo como lo indiqué antes”. El muchacho, un tanto nervioso, pidió que se le permitiera cantar una canción de gratitud, con la cual

hizo brotar lágrimas de los ojos de hombres y mujeres allí presentes. Terminada la canción y sollozando de emoción, dio un fuerte abrazo a Jaramillo y limpiándose los ojos salió de aquel lugar.

Jaramillo despidió al pueblo, ordenó pegar silla y salió con sus hombres con destino al pueblo de San Nicolás Galeana, municipio de Zacatepec, donde ya tenía preparadas unas tierras para el cultivo de maíz de temporal, pues esto fue por el 20 de mayo de 1943.

Llegó a vivir con la familia Serdán, que en ese tiempo era muy buena amiga suya. Allí estuvo, pero a fines del mes de mayo de ese mismo año llegó a oídos del gobernador Jesús Castillo López y del gerente, Carrera Ramos, que su contrincante estaba en Galeana en la casa de Pablo Serdán.

El gobernador mandó traer al esbirro Teodomiro Ortiz, “el Polilla”, a Cuernavaca, y le dijo: “Tengo conocimiento de que Jaramillo está en Galeana; sin pérdida de tiempo, ponte de acuerdo con el mayor Juan Alvarado, el cual está en Jojutla, y vayan a detener a Jaramillo y me lo fusilan en el mismo momento”.

Pero un oficial del ejército, que seguramente era amigo de Jaramillo, dio aviso al jefe de la 24 Zona Militar y éste, por teléfono, se comunicó a la Defensa Nacional y en el momento, y por teléfono, recibió la orden de desarmar al esbirro “el Polilla” y a su gente en mismo Cuernavaca.

Después de desarmarlo, “el Polilla” fue a decirle al gobernador que los federales lo habían desarmado por orden de la Secretaría de la Defensa Nacional. Entonces el gobernador Castillo López enfurecido, dijo: “No tengas cuidado. Para combatir a Jaramillo no necesitamos para nada las armas del ejército. Voy a ordenar que se te den más armas para que cumplas mis órdenes”.

Efectivamente, armaron de nueva cuenta al esbirro y a su gente y salió ese mismo día para Jojutla. Se puso de acuer-

do con el mayor Juan Alvarado y dispusieron su plan contra Jaramillo, pero antes alguien le informó al gobernador de que la Secretaría de la Defensa Nacional, cuyo titular era el general Cárdenas, había dado salvoconducto a Jaramillo y a su gente y que debería respetarse esa disposición del gobierno federal, y que Jaramillo ya estaba trabajando en paz.

A esto, respondió Castillo López: “En el estado de Morelos no manda el general Cárdenas. En el estado de Morelos mando yo. Soy el gobernador del estado y nadie podrá estorbar que yo mate a Rubén Jaramillo. Ya ordené que lo persigan y así será”.

El día primero de junio de 1943, como a las 5 de la tarde, Jaramillo recibió el aviso de que en Jojutla se preparaban los federales y “el Polilla” para salir a Galeana a detenerlo y que debería salir o entregarse para ser fusilado, porque según se sabía era la orden dada por el gobernador.

Jaramillo, pulsando el peligro, dijo a uno de sus amigos de Galeana: “Habla por teléfono a Jojutla y dile al chofer ‘el Trompas’ que arregle rápidamente el carro y que se venga a la Y de Galeana,<sup>1</sup> y un poco adelante del rumbo de Cuernavaca lo espero”. Así fue.

Entonces Jaramillo dijo a Pablo Serdán: “Bueno, hermano, yo creo que el gobernador me obliga a seguir mi camino. Esconde todo lo que huelga a Jaramillo porque no tardan en llegar los federales a buscarme”. Armó a sus hombres, se despidió de Pablo Serdán y salió.

Apenas iría como a medio kilómetro entre los campos de temporal cuando los federales llegaron al número 23, más 15 voluntarios con el esbirro del ingenio, “el Polilla”, cateando la casa de Pablo Serdán, pero al no hallar nada salieron para Zacatepec.

<sup>1</sup> En efecto, en la población de Galeana la carretera se bifurca con una Y, uno de cuyos brazos va a Jojutla y el otro a Zacatepec.



Entretanto, Jaramillo tomó el coche y se fue con sus cuatro hombres con rumbo a Cuautla, al pequeño pueblo de Coahuixtla. Allí permaneció entre sus amigos por espacio de 15 días, pero a causa de que un inspector del Banco Ejidal se dio cuenta de la presencia de Jaramillo en el pueblo, se le hizo fácil platicar en Cuautla, en las oficinas del Banco, que Jaramillo estaba en Coahuixtla. Esto llegó a oídos del jefe de la zona del banco, quien luego fue a comunicar esto al jefe del sector militar.

Éste se movilizó contra Jaramillo, pero éste tuvo un aviso a tiempo e inmediatamente salió un compañero a Cuautla a traer un coche y salió de Coahuixtla rumbo a San Rafael de Zaragoza, donde permaneció por todo el resto del mes de junio de 1943.

En esos días llegó un teniente con 60 hombres federales de caballería buscando a Jaramillo, el cual estaba en el pueblo. Ese teniente de apellido Castillo convocó al pueblo a una junta y allí les dijo: “Vengo en persecución del bandido Jaramillo y quiero que ustedes me informen dónde puedo hallarlo”.

Uno le dijo: “Uh, señor, ese hombre es difícil de hallarlo y de seguro que ese está en México, señor, y ustedes aquí se andan cansando en balde, señor”.

“¿Por aquí nunca ha venido o pasado Jaramillo?”. Todos respondieron: “No, señor, por este lugar no lo hemos visto”. En esto respondió un hombre como de 65 años de edad y dijo: “Yo sí lo vi pasar por este lugar”. El teniente se puso contento y preguntó apresuradamente al hombre: “¿Cuándo lo viste?”. “Uh, señor, tenía yo 13 años cuando él pasó”. Esto llenó de risa al pueblo, al teniente y a la tropa, pues el hombre ya estaba canoso.

Dijo el teniente: “De estos tales no sacamos nada”, y dijo al ayudante municipal: “Mándeme conseguir comida para

los soldados y pastura para los caballos y quitémonos de cuentos". Inmediatamente todo estuvo listo.

Ya en lo muy particular, el teniente, que era un joven como de 25 años de edad, le preguntó al ayudante lo siguiente: "¿Qué ustedes no saben qué plan pelea Jaramillo? ¿Por qué lo cubren tanto y se dejan engañar por él?". Entonces el ayudante dijo:

Mire, señor teniente, si ustedes no fueran tan enemigos del pueblo sabrían muchas cosas buenas y provechosas que les podrían servir en su carrera militar. Jaramillo no engaña a nadie. Él lo que dice por palabra y por escrito siempre dice la verdad. Hace como cuatro meses pasó por este pueblo seguido por 80 hombres, y dejó unos documentos que se dicen "Plan del Cerro Prieto", y la mera verdad es que hemos visto que tiene razón, y el pueblo va entendiendo y es posible que sus ideas se generalicen en todo el país.

Entonces el teniente le dijo: "¿Tienes algún ejemplar de ese documento?". El ayudante le dijo: "Sí lo tengo". "¿Me lo puedes proporcionar?". "Si usted no lo hace con el fin de dañarme y si como hombres me promete ser sincero, yo le proporcionaré ese documento". "Te prometo que seré hombre contigo y que no te causaré daño ninguno".

El ayudante entregó ese documento a manos del teniente; éste lo leyó y lo releyó y cuando ya estuvo saturado de su contenido, dijo: "¿Será muy difícil darle alcance al jefe Jaramillo! Realmente el pueblo tiene razón en esconder y proteger al hombre. Este Plan, aunque está hecho con un tenor campesino, es de muy largo alcance para quienes logran interpretarlo". Y dijo al ayudante: "¿Me lo regalas?". "Sí", dijo el ayudante.

A otro día, lo. de julio de 1943, se marchó con su tropa, con todo el mayor orden. Jaramillo salió el 2 de julio para Santa Rita y se estableció allí por dos semanas y giró circular a sus compañeros, citándolos para el día 1o. de septiembre en el punto llamado La Piaña, de la jurisdicción de Tlaquiltenango, todos montados y armados.

Todo el mes de julio y agosto de 1943 lo pasó entre los lugares de San Rita, Santa Cruz, La Era, La Mezquitera, Pala y Los Hornos, lugar donde vivía una de sus mejores amigas y partidarias, que desde un principio supo interpretar con justicia las ideas y los planes revolucionarios de Jaramillo, y le ayudaba como más le era posible, no escatimando ningún esfuerzo para servir a la causa del pueblo, difundida y sostenida por Rubén M. Jaramillo.

Esta mujer esforzada y abnegada, cuyos actos de firmeza son conocidos por todos los principales partidarios de Jaramillo, cuyos méritos revolucionarios nadie se los podrá quitar, se llama Epifania García Zúñiga. Era la portadora de una pequeña fracción del archivo de Jaramillo, procedente de familia humilde, pero de firme carácter y sincero patriotismo, casada y madre de cuatro hijos. Epifania García Zúñiga fue originaria y vecina de Los Hornos, municipio de Tlaquiltenango.

El día 1o. de septiembre de 1943, Jaramillo amaneció en el punto de La Piaña y allí comenzaron a llegar los contingentes y algunas noticias de otros que llegarían después. A las 4 de la tarde estaban reunidos 60 hombres, todos armados y montados. Se surtieron de alimentos en Los Hornos, Santa Cruz, La Era, La Mezquitera y Pala.

A los cinco días de ese mes pasó Jaramillo a un cerrillo denominado de Los Pítilos, a media hora de camino de Los Hornos. Desde allí veía cómo pasaban sus perseguidores. En ese lugar permanecieron todo el mes de septiembre de 1943.

Entonces, ya en el mes de octubre, Jaramillo, rodeado de 85 hombres, salió al estado de Puebla y, efectivamente, el 11 de octubre pasó al punto llamado Paso de Ayala, donde estuvo hasta el día 14 de octubre.

Por la tarde de ese día, todos salieron para el Mineral de Huautla y amanecieron muy cerca del pueblo, donde había un destacamento federal cuidando al dueño de la mina de Santiago.

Como a las 5 de la mañana de ese día 15 de octubre de 1943, Jaramillo formó una comisión de ocho soldados armándolos de muy buenas pistolas y, con instrucciones muy precisas, los mandó al centro del pueblo para entrevistar a los partidarios de ese lugar, y allí ocurrió algo fatal.

Al frente de esa comisión iba Silvino Castillo Manzanares. Llegaron a la plaza, y lejos de hacer lo que se les había ordenado, se sentaron en la plaza unos y otros se fueron a las cantinas. Como a las 7 de la mañana, una soldadera los vio en la plaza e inmediatamente corrió a dar aviso a los federales que estaban en la mina de Santiago. Los federales se prepararon y salieron a la plaza. Algunos vecinos del pueblo dieron aviso a los de la comisión de que los federales se dirigían a donde ellos estaban, que se prepararan o se fueran. Pero éstos ni una ni otra cosa hicieron y permanecieron sentados, y como a las 7:30 de esa mañana llegaron los federales, y el jefe de ellos dio una vuelta a la placita y en seguida se dirigió a donde estaban sentados los jaramillistas y les dijo: “¿Quiénes son ustedes? ¿Son rebeldes?”. “Sí, somos rebeldes”. “A ver las armas”. Entonces, Silvino Castillo entregó la pistola y Juan Vázquez, compadre de Jaramillo, entregó la suya.

Luego, dirigiéndose a Canuto Almanza, le dijo: “Usted, cómo se llama”. “Canuto Almanza, señor”. “A usted lo ando buscando”, dijo el jefe federal. “Pues aquí me tiene”. “A ver el arma”. Entonces Canuto sacó la pistola y disparó un tiro, pero no dio en el blanco. Entonces, el jefe federal que tenía

en la mano la pistola 38 super de Juan Vázquez, inmediatamente disparó sobre ellos matándolos en el acto, juntamente con un pacífico panadero de nombre Elpidio, el cual estaba sentado con los jaramillistas.

Cuando el jefe Jaramillo oyó el tiroteo, inmediatamente ordenó montar a caballo y ordenó a una infantería salir por el lado de la iglesia; el grupo iba comandado por Crescenciano Plata y Francisco Barba. Ordenó: “Háganse de las esquinas y avancen sobre la plaza y yo entro por la calle de la Taxqueña. Piensen todos que somos valientes y peleamos por la justicia”.

Los federales, pensando que ya habían triunfado, andaban en la plaza. Jaramillo llegó a una cuadra antes de la plaza, ordenó echarse pie a tierra, dejó la caballada con Timoteo Rico y avanzaron a la plaza, donde se trabó el tiroteo por los lados norte y poniente. Cuando los federales se dieron cuenta de que estaban sitiados, se atrincheraron donde estaban los difuntos y allí resistieron.

Bravamente murió allí Trinidad Roldán, de Santa Rita. Después de una hora de nutrido tiroteo, los jaramillistas sacaron de sus trincheras a los federales, los cuales huyeron por una calle del lado de la carretera, pero por ahí fueron atacados por un pelotón de jaramillistas, matando al jefe federal y otros soldados. Los demás huyeron y otros se encerraron en una casa, obligando a la dueña a guardar silencio.

Con la muerte del jefe federal, Jaramillo recobró las pistolas de los muertos, las cuales el jefe federal llevaba encajadas en la cintura, el fusil de dicho jefe y otras armas.

Terminado esto, se reconcentró con su gente en la plaza, levantó los cadáveres de Silvino Castillo, Juan Vázquez, Canuto Almanza y Trinidad Roldán, y nombró una comisión que llevara los muertos para ser sepultados en el pueblo de Teutla, Puebla. Al frente de esta comisión iba Félix Serdán,

el cual en la subida de El Caracol dejó los muertos en un tiro de mina.

Antes de que Jaramillo saliera de Huautla, le avisaron que entre unas hierbas estaba herido Cruz Vázquez. Jaramillo ordenó al ayudante municipal que le reuniera una comisión de 14 hombres para levantar al herido y conducirlo a los límites de Morelos y Puebla. Esto fue hecho al instante.

La comisión forjó una camilla y salieron con rumbo a Rancho Viejo, donde se reunieron con Jaramillo y tres de sus hombres. Siguieron su camino y pernoctaron en un lugar denominado Cueva de Martínez, territorio del estado de Puebla.

El día 16 de octubre, muy temprano salieron de ese lugar para encumbrar la cuesta de El Caracol, donde lo esperaba el grueso de la gente, quienes al llegar le informaron del sepultamiento de los difuntos, cosa que disgustó mucho a Jaramillo, quien dijo: "Yo ordené que estos compañeros fueran sepultados en Teutla". Pero le dijeron: "Mire, jefe, se venían descomponiendo y por esto pensamos sepultarlos". "Bueno, ya lo hicieron. Pero no estuvo bien".

Allí regresó a la comisión de Huautla y mandó un correo al rancho de El Salado pidiendo 14 hombres y alimento para su gente, diciendo que los esperaba cerca de Alseseca. Entretanto, fue la propia gente la que cargó con el herido. Como a las 12 del día 16, la comisión pedida y los alimentos llegaron a ese lugar y en seguida llegó Jaramillo. Allí curaron al herido, comieron y continuaron su camino hasta el pueblo de Mitepec, Puebla, lugar donde fue atendido el herido.

Jaramillo descansó sólo tres días y el 19 de octubre salió por el rumbo de Xochitepec, Cuetzala, Santa Mónica, Senticala, Ayoxustla, Sepatla, Teposmatla, El Terreno. Por este lugar se trabó un pequeño tiroteo con federales de Chiautla, pero no hubo bajas, pues los federales no resistieron.

De allí salieron para Ixtlilco el Chico, donde estaban seis federales del destacamento de Axochiapan, los cuales se dieron a la fuga. En todos estos pueblos se iba haciendo propaganda del porqué del levantamiento, sin hacer ninguna invitación al pueblo para rebelarse, sino sólo para que desoyera las órdenes del gobierno y, en caso de agresión, que los pueblos ejercieran unidos su legítima defensa.

Salió de Ixtlilco y a todo galope entraron en Tepalcingo, donde llegaron como a las 7 de la noche. El pequeño destacamento federal huyó al rumor de la caballería jaramillista que corría por todas las calles dirigiéndose a la plaza, pero dentro del mayor orden. Inmediatamente fijaron su plan en las esquinas.<sup>2</sup> Unos médicos que andaban por ahí hablaron con Jaramillo y lo surtieron de medicina.

Terminado esto, salieron con rumbo a El Limón, Cuau-chichinola, y de allí a La Era, donde se quedó Guadalupe Visoso. Jaramillo salió para La Mezquitera, Santa Cruz, San Pablo Hidalgo, Santa Rita y Pala. De este lugar salió al Cerro Prieto, donde fue escrito el Plan de ese nombre, ya cuando los periódicos comenzaban a decir que Jaramillo y sus gentes eran sólo vulgares criminales, bandoleros sin ideas y perdonavidas.

De este lugar salieron a Zacacuautla y de aquí a Mitepec, para ver el estado de salud del herido Cruz Vázquez y agradecerle al médico Indalecio Viazcán ese servicio, así como también al pueblo de Mitepec.

Entonces, regresaron por Las Juntas a El Salado y a Santiopa, pasando por la orilla del pueblo de Huautla, donde el nuevo destacamento federal no se atrevió a estorbarles el paso.

Llegaron a Paso de Ayala y en ese lugar recibieron la noticia de que el día 2 de noviembre el esbirro Teodomiro

<sup>2</sup> Se refiere a los planteamientos básicos, ya impresos; que después quedarían consignados en el "Plan del Cerro Prieto".

Ortiz, "el Polilla", y 60 federales habían dado muerte a Guadalupe Visoso, y que el mismo día y la misma gente, en el rancho de Los Hornos, cayeron en el domicilio de Epifania García Zúñiga, a quien ya habían detenido, pero que, usando de medios de inteligencia, se les había ido de las manos, lo que causó un grande escándalo entre voluntarios y federales, y que el archivo se lo habían llevado sacándolo de donde lo tenía enterrado, porque con los federales iba un jaramillista de nombre Antioco Valdepeña, que antes militaba con Jaramillo y se dio cuenta de todo y estuvo presente cuando Epifania García Zúñiga guardó el archivo, y para que no lo conocieran iba vestido de federal.

Desde ese día 2 de noviembre de 1943, Epifania García Zúñiga, que por discrepancias de ideas estaba separada de su marido desde hacía más de dos años, abandonó su hogar, a su mamá y sus hijos, Raquel, Ricardo, Filemón y Enrique, todos menores de edad, y al señor Francisco Rosales, padrastro de Epifania G. Zúñiga, quien fue hecho preso y conducido a la penitenciaría de Cuernavaca, de donde salió en libertad después de algunos meses de prisión y mediante una multa de 3 000 pesos.

Esta mujer, detenida por voluntarios asalariados y federales, salió entre los montes enteramente sola, se dirigió al rancho de Pala, donde pudo ocultarse por unos pocos días, pues en seguida llegaron los federales y los voluntarios buscándola en Santa Rita, donde golpearon al ayudante y a su esposa Mónica Ríos, exigiéndoles que entregaran a la prófuga, a la cual tenían orden de asesinarla donde quiera que la encontraran.

Fue así como un primo de ésta la condujo al rancho de Los Sauces, al domicilio de un señor Castañeda, revolucionario zapatista no rendido.







## LOS FEDERALES Y LA GUERRILLA

**E**n tanto Jaramillo recibía la nueva, un Juan Inguanzo hacía una propaganda de desaliento entre los jaramillistas y el resultado fue que de Paso de Ayala se fueron, entregando las armas, 15 hombres de Santa Rita y 6 de Los Hornos. Hubo que cargar con esas armas en caballo y salir al Cerro Prieto y por allí a los campos de Tepalcingo y luego al rancho de Los Sauces, lugar donde se encontraba Epifania Zúñiga, aunque Jaramillo no lo sabía.

Mandó una comisión para ver al ayudante municipal de Los Sauces, con el fin de solicitarle su cooperación, tanto de él como de su pueblo, para proporcionarle alimentos para su gente y forraje para sus caballos. Todo consiguió y a continuación el ayudante informó a los enviados de Jaramillo, que en ese lugar estaba Epifania García Zúñiga y que preguntaba por él. Entonces ordenó que la fueran a llamar y pocos minutos después llegó y explicó detalladamente aquellos hechos.

Ella decidió unirse al grupo y desde esa fecha, que fue como por el 20 o 22 de noviembre de 1943, fue compañera inseparable de Rubén M. Jaramillo en todas sus actividades revolucionarias, participando en alegrías o en aflicciones provenientes de esas arduas luchas por el bien de un pueblo, todavía incomprensivo en lo que hace a sus derechos justos y efectivos de su real independencia y libertad.

De Los Sauces salieron para el estado de Puebla, entre los lugares de El Salado, Las Juntas, Teutla, Huachinantla, Cua-

jinicuila y Mitepec. A este pueblo llegaron el 7 de diciembre de 1943. Unos señores Soriano, que se decían los principales del pueblo, juntamente con otros seis, fueron a ver al jefe Jaramillo a proponerle toda clase de ayuda a cambio de que no diera oído a los pobres del lugar, a quienes Jaramillo había recibido la misma noche que llegó a Mitepec. Ellos le contaron las miserias que vivían bajo la opresión del grupo de los dichos Soriano, que se componían de unos ocho individuos, los cuales hacían cuanto querían en el pueblo, teniéndolo en la ignorancia y en la más inicua pobreza causada por la explotación desmedida que le hacían.

Jaramillo, compenetrado de lo que le dijeran los del pueblo, los cuales fueron como 60 a entrevistarlos, les dijo:

Precisamente, compañeros, esta es la causa de mi rebeldía. Nunca he sido amigo de quienes abusan de nuestra debilidad y se ensañan contra nosotros, haciéndonos víctimas de su perversa manera de pensar creyéndose ser los únicos con derecho a vivir con dignidad, a base de explotar a quienes no tenemos manera de poder defendernos. Tengan ustedes la seguridad de que, ante las condiciones que viven esos señores Soriano, no puedo yo ser amigo de ellos, a menos que renuncien a sus procedimientos propios de caciques y encomenderos del tiempo de las colonias. Yo sirvo al pueblo, no a las personas, y quienes sean enemigos del pueblo, se constituyen en enemigos míos.

Efectivamente, al otro día, 8 de diciembre de 1943 y muy de mañana, llegaron los dichos Soriano con su grupo, saludaron a Jaramillo y en seguida le dijeron:

Mire, jefe, estos ocho hombres que vinimos a verlo somos los principales del pueblo, que le traemos aquí estas botellas de bebi-

das y estas canastas y maletas conteniendo alimentos para usted y su gente; tómelas usted como una demostración de cariño, simpatía y buen ánimo para servirle a usted. Sólo deseamos pedirle una cosa: que si vienen aquí las gentes pobres del pueblo no las atienda, porque usted, jefe, de esa gente nada podrá tener, son hombres y mujeres que no tienen ni en qué caerse muertos, y todos hacen lo que nosotros decimos. Esas gentes sólo le servirán para dolor de cabeza, para contarle chismes, pues en su mayoría son ignorantes que no saben ni lo que dicen.

Nosotros tenemos las dos autoridades, la civil y la de la iglesia, y hasta el padre hace lo que nosotros queremos. Por lo general nosotros tenemos el control de la riqueza del pueblo y la influencia de todas las autoridades, las cuales siempre nos oyen en todo lo que les decimos y, en total, somos los padres del pueblo.

Hasta aquí guardó silencio Jaramillo, quien abriendo los labios dijo a esos señores lo siguiente:

Ya los he oído con toda prudencia y toda atención, pero debo expresarles que yo también soy de esa gente pobre que ha nacido en la pobreza y ha muerto en la ignorancia fatal, viviendo bajo las infernales garras de gentes que como ustedes tienen a este pueblo como esclavo, trabajando como negro para ustedes, que me vienen presumiendo de ser los principales del pueblo y no les da vergüenza decir que es un pueblo de pobres ignorantes que no saben lo que dicen, ni tienen donde caerse muertos. ¿Quiénes son los culpables de eso? Ustedes dicen que en total son los padres del pueblo, ¿pero qué casta de padres son ustedes? Sepan que los padres que no se preocupan por el bien de sus hijos son grandemente responsables ante Dios, primeramente, y después ante la patria, porque no cumplen con el sagrado deber de buenos padres; por la forma

como ustedes se expresan son padrastrós del pueblo, y por lo mismo son indignos de querer ser mis amigos.

La actitud de ustedes es igual a la de las gentes contra las cuales yo he hecho armas y he jurado ante Dios y ante mi pueblo combatirlos en todos los órdenes que más me sea posible. Nuestro México ya no debe ser un país de esclavos con antifaz de independencia y de libertad, y engañado por gentes como ustedes. Pueden tener la seguridad plena de que hoy ha entrado la Revolución a este pueblo de Mitepec, el cual buscará formas, planes e ideas para romper el yugo y las cadenas con que ustedes, los principales, lo han atado. Y ya saben que en esta carrera en que ando tengo mucha necesidad de lo que ustedes ahora me traen, para que me alimente, a cambio de que yo desprecie a los pobres de su pueblo, y sepan que por la causa de los pobres ando en estas montañas, despreciando mejores prebendas que las ofrecidas por ustedes, y no estoy dispuesto a cambiar mi reputación de campesino y de revolucionario por ninguna dádiva mezquina que signifique un acto de traición a las gentes pobres de mi pueblo. Así, pues, carguen con lo que traen y váyanse, antes de que piense yo de otra forma.

Así, los señores Soriano salieron de ante el jefe Jaramillo, regresando con sus maletas a sus casas. Pero éstos, no contentos con lo expresado por Jaramillo, se reunieron en la noche en la casa de Tomás Soriano y tomaron el acuerdo de ir al distrito de Atlixco, Puebla, a denunciar a Jaramillo ante los federales, ofreciendo entregarlo puesto que ya sabían dónde estaba.

Los federales hicieron sus planes y tomaron sus medidas y el día 10 de diciembre a la madrugada salieron para Jolalpan, lugar adonde llegaron por la noche de ese día. A las 5 de la mañana de ese día 11 Jaramillo recibió el aviso de que los federales habían llegado a Jolalpan, en número de 200 de caballería y que se disponían a salir a Mitepec. Esa misma

mañana la caballada de los jaramillistas se espantó, haciendo carrera para un lugar de nombre El Naranjo, pero todos los soldados los siguieron y los agarraron [a los caballos], regresando al ojo de agua llamado Chaneya.

Ya casi amaneciendo, Jaramillo ordenó ensillar y ya como a las 8 de la mañana del día 11, que fue un sábado, montaron todos a caballo y salieron del centro del pueblo de Mitepec.

Uno de los soldados de Jaramillo halló un caballo retinto, de regular tamaño, escondido entre unos matorrales, el cual era de Abraham Soriano, cuyo animal fue entregado por orden de Jaramillo al ayudante municipal, y le dijo Jaramillo al ayudante: “Dile a Soriano que no esconda sus animales, que no los necesito”.

Salieron todos rumbo a Cuajinicuila. Apenas iban cruzando la primera barranca al lado poniente de Mitepec, cuando los federales llegaron al pueblo, a la plaza, y el oficial preguntó al ayudante que si no estaban por ahí los rebeldes. Entonces el ayudante dijo al oficial: “Mire el suelo”. Y vio mucho rastro de la caballería, y dijo el oficial: “¿De quién es esto?”. “De los jaramillistas, señor”, dijo el ayudante. “¿Cómo cuántos son?”, dijo el oficial. Dijo el ayudante: “Son muchos, señor”. “¿Y qué armas llevan?”. “Puro bueno, jefe”, dijo el ayudante. “¿Y parque?”, dijo el oficial. “Llevaban morrales bien llenos”.

El oficial, un tanto nervioso, pidió papel y tinta al ayudante para rendir el parte a Jolalpan, donde había quedado un general federal, de nombre Antonio Romero, con 60 federales, pues a más de los que llegaron a Mitepec otros habían salido rumbo a Huachinantla, por el camino de Las Cruces.

El dicho oficial que llegó a Mitepec, por su nerviosidad, no podía ni meter el manguillo al tintero y rompió muchos papeles con la punta del manguillo. Por fin terminó el parte y lo mandó, avisando que había encontrado a los rebeldes.

Entretanto, los jaramillistas llegaron a Cuajinicuila, y Epifania, que iba montada en buen caballo y armada, descubrió

a unos federales en el camino de Cuajinicuila a Huachinantla y dijo: “Mira, Rubén, allí vienen los federales”. Entonces, siete de sus hombres corrieron sobre ellos pensando que eran pocos, pero Jaramillo les habló y regresaron todos, menos uno que se fue sobre los federales, el cual a poco fue derrotado.

Prontamente, Jaramillo ordenó salir de Cuajinicuila al cerro de La Carbonera. Echó toda su gente por delante y él se quedó sólo con cinco hombres, que fueron Epifanio Tovar, Félix Serdán, David Castrejón, Cruz Vázquez y otro, cuyo nombre no recordamos.

Llegaron los federales de Mitepec y Huachinantla a Cuajinicuila y se trabó un nutrido tiroteo entre los cinco de Jaramillo y los federales, a una distancia como de 200 metros, dividiéndolos sólo una barranca. Los federales se remolineaban hechos bola. Comenzaron a rodar por el suelo algunos de ellos. Los caballos salieron corriendo sin jinete. Unos federales mostraban deseos de regresar, otros llegaron a una tranca de golpe, que un campesino había cerrado con alambre, estorbando el paso a los federales.

El tiroteo siguió nutrido. Los federales mataron al campesino pacífico que amarró la tranca. A Epifania la tiró el caballo porque se le volteó la silla. Jaramillo se retiró paso a paso, llegó a donde estaba Epifania, la echó en el anca de su caballo y subieron al cerro. Ya como a una distancia de 500 metros le mataron el caballo a Epifania Tovar. Le quitó lo que pudo y siguieron caminando, cuando de repente se oyeron otros tiros sobre el cerro, y era que otro grupo de federales, de los que llegaron a Mitepec, habían subido por La Cruz de Palma a La Carbonera, y se toparon con la gente que Jaramillo mandó por delante, quienes, lejos de esperar a su jefe, siguieron sin detenerse hasta la cumbre del monte. Jaramillo, con 14 de sus hombres, tomó el rumbo de Los Potrerillos, lugares que conocía desde 1917 y 1918. Cuando él estuvo en esos lugares los federales ya no entraron, sino que levantan-

do sus bajas se reconcentraron a Huachinantla y de allí se fueron al rancho de El Salado.

Jaramillo llegó como a las 6 de la tarde del día 11, o sea el mismo día, a un punto de nombre Sinquicuila. Allí tomaron alimentos y como a las 8 de la noche salió por el rumbo de La Ciénaga. Siguió su camino por Los Cocos, por La Rastra a un lugar cerca de Alseseca. En ese lugar amanecieron el domingo 12 de diciembre de 1943, y como a las 11 de ese día salieron por toda la cañada que conduce al punto llamado El Agua de la Peña, en donde muy temprano se habían emboscado los federales en número de 33.

Jaramillo, en su camino, encontró a un individuo de nombre Ernesto Sánchez, el cual le dijo: “Jefe, está feo el asunto, está... está feo”, pero no le decía claro qué era lo que había. Entonces Jaramillo siguió su camino hacia donde los federales estaban emboscados, tendidos de uno y otro lado de la barranca de El Agua de la Peña.

Cuando ya Jaramillo y 14 hombres más estaban en medio de la trampa de los federales, éstos abrieron fuego de 30 fusiles y 3 ametralladoras. El fuego fue tan tupido que los jaramillistas no tuvieron tiempo de disparar sus armas. Cuando Jaramillo oyó los disparos por el lado poniente ordenó a gritos salir por el lado oriente, y cuando iban a toda velocidad, se dieron el parón los federales y comenzaron a disparar los otros. Entonces Jaramillo ordenó: “A la barranca”.

En esos momentos fue herido de muerte su caballo, el de Epifania. Entonces Jaramillo trató de atrincherarse en un pequeño corral que estaba al fondo de la barranca para atender a los federales que estaban al lado oriente, y cuando vio lo imposible de resistir, salió corriendo a pie por la barranca, hacia el norte, en medio de la tremenda balacera. Luego a poco se desvió por una pequeña barranquilla y los federales gritaban: “Ora, ora que no se vaya, córtenle adelante”.



Entonces los federales corrieron a estorbarle el paso. Por delante de ellos iba un teniente, pero Epifania García Zúñiga estaba al lado oriente del camino, por donde iban los federales, detrás de una piedra, y cuando los federales, ciegos por su triunfo, menos lo esperaban, ella disparó su pistola calibre .45 reglamentaria y le hizo blanco al teniente que iba delante. Fue tan cerca el disparo que la bala no salió del cuerpo de aquel oficial, y mientras los soldados atendían a su jefe que cayó al suelo moribundo, ella emprendió la huida, cuando Jaramillo ya había salido por el fondo de una barranca que está de oriente a poniente, llamada de El Cuachichil.

Los demás jaramillistas salieron barranca abajo, mientras los federales atendían a Jaramillo, a Félix Serdán, Epifania y Epifanio Tovar, que fueron los que más cerca iban de Jaramillo.

A Félix Serdán le dieron un balazo en un pie y lo avanzaron<sup>1</sup> con un pequeño archivo conteniendo una bandera y muchos ejemplares del Plan de Cerro Prieto.

De los no menos de 3000 cartuchos que en ese lugar dispararon los federales, sólo hicieron las siguientes bajas a los jaramillistas: dos heridos, dos caballos, uno bien muerto y el de Jaramillo gravemente herido de tres balazos, el cual andaba detrás de Jaramillo, pero que, al fin desmayado, lo agarraron los federales, quienes de acuerdo con sus bárbaros procedimientos mataron a un niño de 13 años de edad que en una labor andaba partiendo calabazas, de nombre Leonardo Aguilar.

Desde esa derrota, muchos no se volvieron a juntar con Jaramillo, el cual de esa emboscada sólo salió con Epifanio Tovar, pues Epifania García Zúñiga salió sola y hasta los 20 días se reunió de nueva cuenta con Jaramillo, contándole sus aventuras.

Ese día 12 de diciembre de 1943 los federales, como a las 3 de esa tarde, levantaron el campo y se reconcentraron en El Salado, llevando heridos a Félix Serdán, el caballo “El

<sup>1</sup> Localismo que significa caer prisionero.

Agrarista”, que montaba Rubén M. Jaramillo y que el general Lázaro Cárdenas le había regalado. Ese caballo, por lo mal herido que iba, ya no pudo caminar y en la subida de Alseseca, cerca de donde estaba una cruz, donde hay una tierra blanca, y a un lado del camino, fue fusilado.

Después de esto, Jaramillo salió a Morelos por el camino de Santiopa, y como los federales daban por cierto que Jaramillo había salido completamente mal herido y que debía estar muerto en algún lugar o cueva, muchos campesinos pidieron permiso al general Antonio Romero, que comandaba aquella tropa, para salir en busca de Jaramillo y en caso de hallarlo muerto darle sepultura. Recibieron el permiso y por tres días salieron con sus barretas, picos y palas para abrir el sepulcro, llevando medicinas y alimentos, para en caso de hallarlo muerto darle sepultura, y en caso de hallarlo herido y vivo alimentarlo y curarlo, conduciéndolo a un lugar seguro.

Pero al finalizar los tres días de ese tiroteo, Jaramillo mandó avisos de que había salido ileso de ese gran peligro, lo que regocijó a los ciudadanos de todos esos lugares. Los federales, dando por terminada la gente de Jaramillo, se concentraron en el distrito de Atlixco, Puebla.

Jaramillo reunió a su gente y se regresó al pueblo de Mitepec y tres días después de llegar, estando en una junta de 13 hombres en la casa de Tomás Soriano, los cuales pretendían formar una defensa rural y así poder asesinar a los pobres que habían hablado con Jaramillo, entonces una mujer dio el aviso a Jaramillo de lo que los Soriano intentaban.

Entonces, sin pérdida de tiempo, armó a su gente, salió al pueblo de Mitepec y le puso sitio a la casa de Tomás Soriano, se hizo un breve tiroteo del que resultaron cuatro muertos y cinco heridos, entre ellos el propio Tomás Soriano. Esto fue por el mes de febrero de 1944.

Después de esto, Jaramillo ordenó a sus hombres irse con sus armas a determinados pueblos y él, Epifania García

Zúñiga y Epifanio Tovar se quedaron en Santiopa. Esto fue en los últimos días de febrero de 1944.

En esos días, Jaramillo salió de Santiopa al rancho de Ajuchitlán, donde vivía uno de sus más distinguidos amigos. De allí se fue Epifanio Tovar para el Mineral de Huautla. Jaramillo salió de Ajuchitlán al Limón Cuachichinola y de allí al rancho de Pala. En ese lugar, tanto a él como a Epifania los atacó el paludismo y, así, enfermos y acompañados por Pablo Brígido Sánchez y Guadalupe Pineda, salieron a La Era, donde fue recibido con satisfacción y buen ánimo.

Fue visitado por Félix Olmedo el cual, a su regreso a Tlaquiltenango, le dijo a Faustino Castillo, que había sido compañero pero que ya andaba envenenado con las gentes del gobierno, cosa que Félix Olmedo no sabía, le dijo a Castillo dónde estaba Jaramillo.

Ese Faustino Castillo, con “el Bolas”, inmediatamente fue a dar aviso a los federales de Jojutla y éstos, el día 7 de marzo de 1944 y muy de madrugada, en número de 60 hombres y en dos carros, salieron para La Era, donde llegaron a las 7 de esa mañana.

Se oyó el ladrar de los perros, Epifania tomó los gemelos y vio hacia abajo del rancho a los federales, que ya habían hecho preso a Canuto Salgado, que sabía dónde estaba Jaramillo.

Epifania dio el aviso a Jaramillo, éste se levantó, con un fuerte calenturón, tomó los gemelos y vio que sí eran federales y, mientras se preparaban para salir, los dichos federales llegaron como a 50 metros de distancia de donde estaba Jaramillo.

Sólo con Epifania y Pablo Brígido Sánchez, que lo venían cuidando, salió en esos momentos para la cumbre del cerro, al lado poniente de La Era. Al otro lado del cerro se pasaron la mayor parte del día 7 de marzo de 1944 y ya como a las 4:30 de esa tarde comenzaron a caminar por el llano de La Lagunilla y El Huajal, rumbo al punto llamado Palo Grande, donde lle-

garon como a las 10 de esa noche. Allí tomaron agua del canal y siguieron su camino, con rumbo de El Higuerón.

Como a la una de la mañana del día 8 de marzo de 1944, al pasar por el puente que se llama Boyas, debajo de Palo Bolero, estaba una avanzada de federales, los cuales sintieron a Jaramillo y a sus dos acompañantes, cuando éstos iban como a 100 metros de distancia del callejón del río, por el terraplén de la vía. Pablo Brígido dijo a Jaramillo: "Jefe, aquí atrás, vienen unos soldados". No hizo caso. Entonces Epifania le dijo: "Mira, esos nos vienen siguiendo y son federales". A esto Jaramillo volteó, vio y dijo: "Sígueme". A esto, los federales gritaron: "Alto, ahí, párense".

Entonces, Jaramillo y sus compañeros entraron rápidamente en una parcela cultivada de caña, donde se ocultaron, pero los federales gritaban: "Vénganse todos, aquí están, aquí hablan". Y tenían un perro que ladraba en dirección donde estaban ocultos. Entonces pensaron internarse más al fondo del cañaveral, pero al andar hacían mucho ruido y decían los federales: "Aquí vienen, aquí vienen, déjenlos que salgan".

Al oír esto ya no anduvieron, se quedaron sentados para no hacer ruido. Entonces los federales dijeron: "Quemaremos las cañas". Pero el jefe les dijo: "No, eso no, hay que ponerles sitio y esperar a que salgan".

Entonces se instalaron de 100 en 100 metros de distancia cada uno. Aquella madrugada era quieta con una luna que alumbraba como la mitad de la luz del día. Como aquello de las 3 de la mañana comenzó a soplar un fuerte viento de tolvenera que tendía las cañas para uno y otro lado. Fue en aquel momento cuando Jaramillo, Epifania y Pablo Brígido Sánchez se pusieron de acuerdo y salieron para el lado sur del cañaveral y rápidamente pasaron un carril, saltaron un canal y pasaron a otro campo.

Los soldados que estaban a uno y otro lado por donde ellos pasaron, comenzaron a gritar: "Ya se nos fueron, listos, que ya se nos fueron".



## ARGUCIAS DE ÁVILA CAMACHO

Mientras los federales se volvían a organizar, Jaramillo y sus compañeros se fueron a otros campos, donde pasaron el día y por la noche del día 8 de marzo de 1944 entraron al pueblo de El Higuerón, al domicilio de uno de los mejores partidarios de Jaramillo.

En ese lugar permaneció hasta el 25 de marzo de ese año. Allí se curó y recibió algunas comisiones secretas de su partido. También recibió un oficio firmado por el senador Alejandro Piña y del diputado federal Rosendo Castro, ambos de Sinaloa, en el cual decían, entre otras cosas:

Hemos hablado acerca de tu situación en Morelos con el señor Presidente de la República, general Manuel Ávila Camacho, y él está dispuesto a darte garantías, amplias y cumplidas, y que no necesitas de padrinos, que tú mismo puedes presentarte en su despacho oficial del Palacio Nacional, y que sólo anuncies el día y hora de tu llegada y que inmediatamente te recibe, dando instrucciones al mundo oficial para que te den garantías, a ti y a los tuyos.

Jaramillo puso a consideración de sus mejores compañeros este asunto, los cuales estuvieron de acuerdo, se arreglaron y mandó traer al chofer de sus confianzas, y el 25 de marzo por la tarde salió rumbo a la ciudad de México, adonde llegó sin novedad a las 11 de la noche, a la calle de Allende

99, domicilio de sus familiares. Permaneció allí todo el mes de abril y mayo de 1944. En este tiempo transcurrido pudo hablar con Pena y Castro, los cuales dijeron ser cierto lo del oficio y que estaban dispuestos a ir con él al Palacio Nacional, si él se los permitía.

No debemos olvidar que Jaramillo, por haber sido en la política partidario del presidente Ávila Camacho, era bien conocido de él y por tanto fácil su recepción en el Palacio, y aunque los políticos ambiciosos de Morelos recomendaban mal a Jaramillo, el presidente siempre tenía estimación por él.

En los primeros días del mes de junio, su hermano Porfirio Jaramillo llegó a México y en el hotel Regis habló con el señor don Vicente Peralta Coronel, el cual era cónsul en Los Ángeles, California, y entre sus pláticas le dijo que su hermano Rubén estaba en la capital y que el señor presidente Ávila Camacho lo iba a recibir el día 13 de junio y que ese acuerdo ya estaba hecho a través del senador y diputado federal Alejandro Peña y Rosendo Castro, de Sinaloa.

Entonces Peralta, que también era amigo de Jaramillo, le dijo a Porfirio: “Yo deseo hablar con tu hermano Rubén. Dile que venga aquí al hotel Regis”.

Porfirio fue a ver a su hermano y le dijo todo lo de Peralta. Rubén acudió al llamado. Llegó ante Peralta, se saludaron y a continuación abrieron la plática. Rubén Jaramillo dijo a Peralta lo del presidente Ávila Camacho.

El senador A. Peña y el diputado R. Castro estaban citados por Jaramillo a las 11 de la mañana del día 13 de junio de 1944, pero desgraciadamente no llegó ninguno de los dos y fue así como Rubén M. Jaramillo y un grupo de 25 hombres, y Epifania García Zúñiga y Vicente Peralta, a las 11 de la mañana del día referido se anunciaron en el despacho del señor presidente Ávila Camacho en Palacio Nacional.

El presidente, en esos momentos y cumpliendo con su palabra de recibir al jefe Jaramillo, suspendió las audiencias,

abrió las puertas de su despacho y comenzó a entrar la gente. El presidente a todos preguntaba: “¿Tú eres Jaramillo?”. Y le decían: “Aí viene atrás”. Y de nuevo decía: “¿Tú eres Jaramillo?”. Respuesta: “No señor, aí viene atrás”.

Al fin llegó Jaramillo adonde estaba el presidente y le dijo: “¿Tú eres Jaramillo?”, y él respondió: “Sí, señor presidente, yo soy Rubén M. Jaramillo”. Entonces el general Ávila Camacho, abrió sus brazos y lleno de satisfacción dio un fuerte abrazo a Rubén M. Jaramillo y éste hizo igual cosa.

Hecho esta, entraron en plática y el presidente dijo:

No necesito que me digas nada de tus ideas, las cuales yo conozco y sé que tienes razón, porque así piensan los revolucionarios. Yo tenía y tengo vivo interés en que tú no fracasas y que te conserves bien, porque mucha falta le puedes hacer a la patria. Tu vida es la que más me interesa y por lo cual estamos preocupados, yo y tus amigos. Y si bien es cierto que tus ideas ahora no las entiende el pueblo, las entenderá después, cuando sea tiempo. Ahora dime, ¿qué quieres?

Respondió Jaramillo:

Yo sé que usted, señor presidente, es un hombre de palabra y que piensa con libertad y justicia, pero desgraciadamente hay elementos, como los llamados políticos de mi estado, que lejos de cooperar con usted le crean problemas como el mío. Yo, señor presidente, agradezco su gentileza, pero para mi persona no pido nada, pero sí deseo que usted imparta justicia plena al pueblo de mi estado, por el cual tengo yo y siento un acendrado cariño y respeto. Deseo que la soberanía de mi estado sea íntegramente respetada por el gobierno federal. Y con respecto al ingenio de Zacatepec, pido que se modifi-



que esa administración: que sean los campesinos y obreros los exclusivamente encargados de integrar esa administración, sin cambiar el sistema de cooperativa, pero que sean los trabajadores, obreros y campesinos, los que con la función del ingenio salgan beneficiados. Y que las fuerzas armadas nada tengan que ver en esa industria de trabajadores. Que el gerente sea elegido de entre los mismos trabajadores, cuyos intereses están en esa negociación industrial. Y en cuanto al servicio militar obligatorio, y en tratándose de los adultos, mi petición es que se dejen en paz, pues no es justo que después de los azarosos esfuerzos realizados físicamente en el trabajo, tengan que ir a esa instrucción militar donde los oficiales del ejército, que no tienen ninguna otra ocupación, los maltratan para que hagan pronto y bien lo que ellos les enseñan, pensando quizá que los campesinos y obreros, pasados de la edad militar, tienen las mismas obligaciones que tienen a contrato los soldados que esos oficiales iracundos tienen bajo su mando. No me aparto tampoco de la obligación que todos los mexicanos tenemos ante la patria para defender su integridad en caso de una agresión armada o pacífica de las potencias expansionistas, pero esto será en los precisos momentos de esa agresión.

Respecto de los jóvenes en edad militar, y tomando lo que éstos sufren fuera de sus hogares, de sus pueblos y de sus estados, y ante el reducido haber económico que el gobierno les proporciona, y por lo cual se ven obligados a desertar y luego a sufrir una persecución por este hecho, sufriendo como consecuencia injustos arrestos y privaciones y ultrajes de los oficiales, tomando en cuenta lo anterior, pido a usted, señor presidente, que para lo sucesivo ese sistema sea modificado en la siguiente forma: que se siga impartiendo esa instrucción militar a los jóvenes, pero que se quite ese servicio militar obligatorio, buscándole otra expresión más digna, que atraiga el cariño de la juventud en edad militar, y que esos jóvenes ya

no salgan de sus hogares, pueblos ni estados, sino que cada joven reciba su instrucción en el municipio a que pertenece, solamente los domingos. Y terminada su instrucción, que regresen en el mismo día a sus hogares para atender sus labores de la semana.

Esta medida beneficia a los jóvenes y al gobierno en su economía. Yo espero que estudie esta proposición y verá cómo es buena y digna de ser aceptada y puesta en práctica.

A esto respondió el señor presidente diciendo: “Me parece buena la idea y después de estudiarla será atendida”. Y añadió:

Yo quiero ayudarte, Jaramillo, y esta ayuda consiste en que allá en la Baja California hay un extenso valle de nombre San Quintín, donde la tierra es muy fértil y está completamente despoblado, al cual los norteamericanos le tienen puesta la vista, y quiero que te vayas, tú y tu gente a poblar allá, evitando que un día los vecinos del norte, ya sea por la vía pacífica o agresiva, nos lo quiten. El gobierno a mi cargo te dará todo lo que necesites para trabajar. En ese lugar pueden colocarse hasta 500 hombres con todo el apoyo y ayuda del gobierno. Para ti habrá otra clase de ayuda muy especial.

Jaramillo respondió:

Me parece muy buena la propuesta, pero para que yo pueda ir a ese lugar creo que es necesario que antes vaya una comisión, integrada por hombres de mi confianza, a inspeccionar la topografía de aquella tierra. Después de que esa comisión regrese, yo le avisaré cuál es mi determinación. Pero para esto deseo que sea el gobierno de usted quien proporcione todos los gastos de esa comisión, para ir y regresar y, además, que

usted dé una carta de recomendación a esa comisión para el gobernador del Territorio de la Baja California, para que dé a la comisión las garantías que ésta necesita, la cual se integrará únicamente de dos ciudadanos.

Dijo el presidente: “Nombra la comisión y me avisas quiénes son para proporcionarles lo que tú dices, pero hazlo pronto. Entretanto, les voy a extender un salvoconducto a todos para que nadie los perjudique y puedan dedicarse a trabajar”.

Respondió Jaramillo:

Mire, señor presidente, para los políticos de mi estado los salvoconductos no constituyen ningún valor ni respeto, pues el día que a estos señores les venga el deseo de dañarnos, lo hacen, valiéndose de cualquier pretexto, cierto o inventado. De todas maneras, yo me seguiré considerando, ante la arbitrariedad de esos señores, como un hombre sin garantías y cuando se trate de una agresión, me defenderé.

Dijo el presidente: “Ya nos arreglaremos con esos señores”. Hicieron los salvoconductos para todos, se los entregaron y se despidieron del señor presidente.

A los dos días, Jaramillo regresó a Palacio Nacional llevando a la comisión que formaban los ciudadanos Pablo Serdán Nájera y Salustio Porfirio Jaramillo, hermano de Rubén. Entrevistó al señor presidente, quien inmediatamente ordenó que se les entregaran los gastos y la carta para el gobernador de Baja California. Salió la comisión y regresó después de un mes, dando muy halagadores informes de aquella tierra y de su riqueza a Rubén M. Jaramillo, de lo cual dedujo que, muy a pesar de la buena idea del señor presidente Ávila Camacho en hacerle ese beneficio, se trataba de un destierro con garantías, y resolvió no aceptar.

Por tercera vez entrevistó al señor presidente y le dijo:

Sólo vengo a decirle a usted, señor presidente, que ya llegó la comisión y me ha informado lo bueno de aquella tierra, con todas sus ventajas y desventajas, por lo cual he pensado no aceptar ir a esos lugares, pues a mi modo de pensar, ver las cosas, me parece que eso significa un destierro con algunas garantías, las que, cuando usted ya no sea presidente, me las quitarán y me harán víctima de sus maldades, como ellos quieran, valiéndose de cuanto puedan para causarme daños. Con esto, señor presidente, le doy las más infinitas gracias.

Entonces el presidente le dijo: “¿Quieres quedarte a trabajar aquí en la ciudad?”. “¿Y qué trabajo puede darme?”. “Te voy a recomendar con el señor licenciado Javier Rojo Gómez, jefe del Departamento Central, para que él te coloque en algún lugar”. “Si en el trabajo que me proporcionen no se trata de cortarme mis libertades ciudadanas, acepto, aunque sea por algunos meses, porque yo pienso regresar a mi estado a trabajar entre mis compañeros”, dijo Jaramillo.

Entonces el señor presidente le extendió una carta de recomendación para el señor Rojo Gómez, ante quien se presentó y éste le ofreció ayudarle con el trabajo, pero no le dijo cuándo. Y de acuerdo con su sistema burocrático le decía “ven mañana” y luego “ven la semana entrante” y así pasó un mes sin arreglar nada.

Jaramillo pensó que se trataba ya de otras cosas en su contra y un día, en plática con don Vicente Peralta, le dijo: “Yo tengo una carta de recomendación para el señor licenciado Rojo Gómez, firmada por el presidente Ávila Camacho, pero según esto no se entienden, pues por espacio de un mes me ha estado haciendo dar vueltas, ofreciéndome dar el trabajo y no lo ha hecho”.

Entonces don Vicente le dijo: “Yo soy compadre del señor Rojo Gómez. Vamos a verlo”. Así fue. Llegaron ante Rojo Gómez, trataron el asunto y Rojo Gómez ofreció, como siempre, atender la recomendación del señor presidente dada a Jaramillo, pero al fin siguió igual.

Hasta que un día, impensadamente y en plena calle de 5 de Mayo de la propia ciudad de México, Jaramillo encontró a uno de los ayudantes del señor presidente Ávila Camacho, quien lo saludó afablemente y le dijo: “¿Y tu asunto del trabajo, ya te lo dieron?”. “No”, respondió Jaramillo, “ya me enfadé y he dejado todo por la paz”. “¿Pues qué te han hecho?”. “Ven mañana y luego pasado mañana y así nada más se han pasado los días”. “Hijos de la... Hacen unas cosas que, lejos de ayudar al señor presidente, lo perjudican. Así son esta bola de políticos indignos”. Y le dijo: “Vente mañana a Palacio. Yo voy a comunicar esto al señor presidente”. Así fue.

Al otro día de esa plática, que fue el 25 de julio de 1944, fue a Palacio y cuando llegó el asunto ya estaba arreglado. Aquel ayudante trató el asunto y el presidente ordenó que al llegar Jaramillo lo acompañaran con un oficial de los ayudantes para ir a ver a Rojo Gómez. Efectivamente, llegó Jaramillo al Palacio, le dieron un ayudante con instrucciones precisas y fueron ante Rojo Gómez, el cual los recibió inmediatamente. El oficial aquel dijo a Rojo Gómez: “Son órdenes del general y presidente Ávila Camacho que a Jaramillo se le dé el trabajo que se ha ordenado, o de lo contrario que se le pague su sueldo desde que se presentó ante usted en adelante, y que espera que se atienda como es debido”.

Fue de esta manera como Jaramillo llegó de administrador al pequeño mercado “2 de Abril”, donde por su manera de actuar se ganó el aprecio de los locatarios de ese mercadito donde estuvo por algunos meses.

Un día llegaron sus amigos del pueblo de Mitepec, Pablo Brígido Sánchez y Antonio Flores Mendoza, a visitarlo por la

colonia de Santa Julia, y le pidieron que les consiguiera una Constitución, un Código Agrario y unos cartuchos de máuser, pues Antonio Flores era el comandante de su pueblo.

Jaramillo todo les consiguió y, ya para irse, le pidieron unos ejemplares del Plan de Cerro Prieto, el cual ya era conocido por el gobierno. Se fueron y en Cuautla, uno de ellos, Pablo Brígido, quiso ir al mingitorio en la orilla de los patios del ferrocarril en esa estación. Por ahí andaba un gendarme, el cual le marcó el alto diciendo: “Está prohibido orinarse en este lugar. Me dan un peso o me los llevo a la inspección”. Pablo Brígido se negó a darle el peso y fueron llevados a la inspección.

En ese lugar estaba un tal Francisco Carrillo, que era un viejo bandido aprovechado y déspota del pueblo de Tetelcingo, y muy amigo de los políticos del gobierno de Jesús Castillo López. Éste ordenó que les esculcaran sus maletas y al hacerlo encontraron los cartuchos y las copias del Plan. Ese viejo, lejos de hacer una investigación de las cosas, inmediatamente comunicó a Cuernavaca, al gobernador y a la 24 Zona Militar, de que había avanzado a unos rebeldes jaramillistas, a quienes les había quitado bastante parque y el Plan revolucionario.

Así, el gobierno de Morelos, en su deseo de seguir la pelea con Jaramillo, inmediatamente se dirigió a la Procuraduría de la Nación y ésta a la Defensa Nacional, la que mandó llamar con un oficial a Jaramillo, el cual estaba muy en paz trabajando en la oficina del mercado.

Llegó a la Secretaría de la Defensa y allí sólo le hicieron unas preguntas respecto a lo ocurrido en Cuautla. Él explicó cómo estaban las cosas y que no había tal movimiento de armas, que todo era suposición del gobierno del estado, que en su afán de seguir el pleito con él, trataba de alarmar a las autoridades federales, que todo aquello era falso.

De la secretaría volvió a su trabajo, pero como a los cinco días y cuando estaba sentado en su escritorio atendiendo los

trabajos del mercado, llegaron cinco agentes de la Policía Judicial Federal, tapándole las puertas, enfocando sus pistolas sobre él y diciéndole: “Tiene usted facilidad para andar en los montes de rebelde y estar en la ciudad. Acompáñenos”. Y metieron mano en los cajones del escritorio para ver qué hallaban. Jaramillo les dijo: “¿Son ustedes rateros o representantes de la autoridad?”. “Somos representantes de la autoridad”. “¿Entonces, qué buscan en los cajones? Si a mí me buscan, aquí me tienen, y dejen eso porque también yo soy responsable de lo que hay aquí y todo es del gobierno”.

Entonces salieron, subieron a un coche y fueron a Tlatelolco, en el salón por donde salió Francisco Villa, donde existía doblada la varilla de hierro por donde salió el guerrillero del norte. En ese lugar estaba detenido en otra sala el teniente Chuy Vázquez, asistente del general Pablo Macías Valenzuela, pues en ese tiempo estaba el lío del asesinato de Loaiza, gobernador de Sinaloa, que se decía que “el Gitano” lo había matado, en lo cual metían a Chuy Vázquez y al general Macías Valenzuela.

Este Chuy habló por una ventana a Jaramillo y le dijo: “¿Por qué te trajeron hermano?”. “Por malas interpretaciones de las autoridades”. “¿Cómo te llamas?”. “Rubén Jaramillo”. “¿De dónde eres?”. “Del estado de Morelos”. “Entonces, ¿tú eres el que andaba levantado en armas en Morelos?”. “A tus órdenes”. “No te hacen nada. Yo he oído decir que tu actitud es justa. ¿Tienes familia aquí?”. “Sí tengo, pero tengo prohibido hablar con alguien”. “¿Y quieres comunicarte con tus familiares?”. “Cómo no”. “Entonces da un grito: ¡cabo de turno!”.

El grito fue atendido y llegó un soldado al que le dijo: “Mira, me vas a dejar un recado a ese domicilio, calle de Allende 99-25, a la persona que va indicada”.

En ese domicilio vivían los familiares de Jaramillo y así pudieron saber dónde estaba detenido y pudieron dar aviso

a todas las gentes amigas de Jaramillo, entre ellas a Epifania García Zúñiga, la que, de acuerdo con su actividad, puso en movimiento las cosas, inclusive telegramas al señor presidente de la República, general Manuel Ávila Camacho.

A las 24 horas de estar en Tlatelolco lo llevaron a la Procuraduría General de la República, cuyo titular era un licenciado Aguilar y Maya. Allí metieron a Jaramillo en una celda, donde la gente lo volvió a perder, pero las gestiones ya estaban en pie.

A los dos días un pobre policía azul se acercó por allí y le dijo a Jaramillo: “Amigo, si algo se le ofrece yo puedo ayudarle ahora que salga de mi turno”. Dijo Jaramillo: “Entonces, hazme favor de llevar un recado a mis familiares”. “Hazlo”, dijo el policía.

Hecho el recado, a la una de la tarde salió el policía con el recado y para las 2 de la tarde ya Jaramillo tenía visita del tío político del general Cárdenas, señor ingeniero Antonio Solórzano, gran amigo del procurador Aguilar y Maya, quien, en plática con el señor Solórzano, que recomendaba a Jaramillo, le había ofrecido dar garantías a Jaramillo y desde ese día ya tuvo muchas visitas de abogados, maestros y obreros, y de su hermano Porfirio Jaramillo.

A los siete días de estar en la procuraduría fue pedido por el gobernador de Morelos y remitido con siete agentes al estado, llevando su expediente, los cuales iban “gestones” en contra de Rubén M. Jaramillo. Antes de llegar a Tres Cumbres les cogió una tremenda borrasca, que tuvieron que pararse mientras pasaba y allí se informaron del expediente y, al quedar enterados, cambiaron de opinión tratándolo ya con más comedimiento.

Llegaron a la penitenciaría de Cuernavaca a las 7 de la noche, entregaron a Jaramillo bajo la custodia del director, señor coronel Pablo Brito, revolucionario honrado y amigo personal de Jaramillo desde su juventud, oriundo de Tla-



quiltango, tierra natal de Jaramillo. Pero no debemos olvidar que, contra la voluntad de los políticos enemigos de Jaramillo, Pablo Brito fue un verdadero caballero en su trato con Jaramillo, al igual que el licenciado Adrián Varela, presidente del Tribunal Superior de Justicia del Estado, y Benjamín Demin, del que muchos se quejaban con el procurador de Justicia, pero que con Jaramillo fue magnánimo.

Era senador suplente Eufemio Martínez, quien también fue activo en la defensa de la libertad de Jaramillo.

Cuando Jaramillo fue sacado de la procuraduría, Epifania García Zúñiga y otra buena mujer, de nombre Refugio de Rodríguez, vieron la camioneta donde llevaron al preso y quisieron subirse al vehículo y les querían hacer un alboroto. Entonces los agentes, teniendo temor, se regresaron a dar aviso a la procuraduría y fueron reforzados con otros agentes y así salieron de la ciudad. Entonces un carro lleno de amigos de Jaramillo los siguió hasta llegar a Cuernavaca, y éstos dieron aviso a Epifania de que ya Jaramillo estaba sano y salvo en la penitenciaría del estado, donde luego a poco fue visitado por muchos de sus amigos de todas las clases.

Las autoridades no hacían contra él ningún juicio formal, pues sólo se trataba de charlas y pláticas simples con Jaramillo. Y fue 18 días después cuando pidió Jaramillo la presencia de sus acusadores y especialmente la presencia del gobernador Castillo López, el cual dijo: “Yo nada tengo que ver con Jaramillo”.

A los 20 días de llegado a la penitenciaría, el subagente del Ministerio Público federal de Cuernavaca mandó pedir a Jaramillo para hacerle algunos cargos, fruto de las intrigas de los políticos revoltosos del estado, pero todo fue desvanecido cuando de la Presidencia de la República se recibió en ese juzgado una llamada telefónica donde se ordenaba la inmediata libertad de Rubén M. Jaramillo, dejando de molestarlo.

Así que en ese propio juzgado se extendió la boleta de libertad. Esto fue por el mes de julio de 1945. Puesto en libertad, Jaramillo regresó a México y por el mes de agosto y septiembre de ese año siguió trabajando en el mercado.

En la situación en que se vio envuelto, familiares y amigos de Jaramillo vieron a don Vicente Peralta, el cual se expresó mal de Jaramillo, a sabiendas de que ambos tenían compromisos políticos, pues Peralta se lanzaría como candidato a gobernador y Jaramillo y su gente lo ayudarían, como en su primera campaña, yendo hasta Acapulco.

Cuando a Jaramillo le informaron lo dicho por Peralta, dijo: “Yo soy amigo de don Vicente y tenía buen ánimo en ayudarlo, pero ahora me retiro de él”. Y como esto lo dijo entre un grupo de sus amigos, éstos le dijeron: “Pero qué le andamos buscando... Los campesinos somos muchos y podemos lanzarte a ti como nuestro candidato al gobierno del estado y nos quitamos de andar sombrereando a estos señores que nos ven con tanta indiferencia”. “Pero no ganaríamos, porque la plutocracia, o sea los ricos, no nos dejarían ganar, porque ellos tienen la sartén por el mango”.

Otro le dijo: “Pon tú que no ganemos, pero en el campo político nos abrimos paso para ganar cuando sea tiempo, y ya iremos orientando a nuestro pueblo en el sentido de que ya no siga creyéndose de esos señores que, cuando nos necesitan, nos buscan y cuando no, nos desprecian”.

“Bueno, está bien, pero no tenemos dinero para esos gastos que, por menos que se gaste, siempre son gastos”.

Otro dijo:

Eso no nos debe preocupar mucho. Para comenzar, cotizamos a todos nuestros compañeros de a como puedan ayudar, y así comenzaremos. Tenemos lo mejor: que es la simpatía de muchos ciudadanos y ciudadanas morelenses.

Pero es que con esta actitud política, los políticos impositivistas, pensando que ya hemos resuelto quitarles el poder, nos van a crear una atmósfera difícil, y será cuestión de una lucha perenne, de vida o muerte, porque nuestra política no será como la política de ellos, de puros favoritismos. Nuestra política debe ser del pueblo y para el pueblo, en la cual no aceptaremos componendas ni transacciones con los políticos arribistas de grupos privilegiados que manejan una política dirigida de arriba hacia abajo, sin tomar en cuenta al pueblo el que, según su decir, para ellos nada vale.

Dijo otro de los presentes:

Ya es bueno que los campesinos y los obreros seamos responsables de nuestros propios actos y cueste lo que cueste y venga lo que venga hoy debemos decidirnos a luchar en todos los órdenes, para llevar a nuestro pueblo al lugar de honor que le pertenece, hoy en Morelos y mañana en toda la República Mexicana, la cual ha peleado mucho y ha ganado poco. Y ahora que tenemos a un Rubén M. Jaramillo a la cabeza, debemos luchar contra todos los vientos y las mareas que sobre nosotros vengan, ya sea en los campos de la política o en otros distintos. Enseñaremos a nuestro pueblo a luchar en todos los órdenes que sea necesario.

Jaramillo, con toda serenidad, dijo a los presentes: “Ustedes han oído cuál es ahora el plan a seguir. Digan si están de acuerdo o no”. Todos dijeron: “Sí, estamos por ese orden”. Entonces les dijo:

El primer paso que debemos dar es formar un partido político, social, local, para lo cual es indispensable reunir en algún

distrito del estado a no menos de 250 hombres, llevando un notario público y los estatutos, base de la lucha del partido, y reunir unos pocos pesos para pagarle al notario público su trabajo... Por lo menos \$300.00. Y luego hacer un manifiesto para darle a saber al pueblo que hay un partido y un candidato a gobernador del estado en las próximas elecciones. Una vez registrado el partido, establecer comités en todos los pueblos chicos y grandes del estado, nombrando de antemano al comité estatal, el cual deberá encargarse de toda la organización. ¿Podremos hacer esto?

Respuesta a todo esto: “Nos comprometemos y ten la seguridad de que para el 21 de octubre de este año 1945, y en tu tierra Tlaquiltenango verificaremos el primer mitin político, donde tú y no otro sea el candidato de nuestro pueblo”.





## POLÍTICA CONTRA LUCHA REVOLUCIONARIA

Todos se retiraron a trabajar con actividad. Esto fue el 13 de septiembre y en la ciudad de México, Jaramillo siguió trabajando en el mercado “2 de Abril” y andaba metido en el partido henriquista, pero al fin el general Henríquez Guzmán se retiró de esa lucha, que al final ni siquiera registró el partido ni tampoco externó nacionalmente su candidatura para presidente de la República.

Al suceder esto, Jaramillo quedó libre de compromisos con ese partido. Entonces, un amigo suyo de nombre Julio A. Tenorio, jefe de la policía privada del Valle de México, lo fue a ver para proponerle ayudar al general Enrique Calderón Rodríguez, que se perfilaba para candidato a la Presidencia de la República y tenía sus oficinas en Paseo de la Reforma. A esta invitación de Tenorio, Jaramillo fue a entrevistar al general Calderón, pero sin hacer compromisos. Esto fue a principios de octubre de este año 1945. En este mismo mes, el jefe de la Oficina de Mercados, que le apodaban “la Mona”, convocó a todos los administradores de mercados y cuando ya estuvieron juntos les dijo:

Los he llamado para decirles que es voluntad del señor presidente de la República, general Manuel Ávila Camacho, que quien le sustituya en el poder sea el señor licenciado Miguel Alemán Valdés, actual secretario de Gobernación. En conse-

cuencia, para el próximo mes de noviembre tendrá lugar un mitin en el teatro Arena México, para hacer el lanzamiento de esa candidatura, y para ello es necesario que todos ustedes, los administradores, lleven para ese día a los locatarios. Esto no va a ser de balde, pues desde ahora me dicen qué cantidad de gente podrá llevar cada uno.

A continuación sacó de su escritorio muchas pacas de billetes de a 1 000 pesos. “Váyanme diciendo la cantidad de gente que llevarán”. Entonces, el del mercado de La Merced dijo: “Yo voy a llevar seis mil”. “Aquí tienes \$6 000.00”. “Luego dijo al de La Lagunilla: “Tú, cuántos llevarás”. Y dijo: “Seis mil”. Y dijo: “Aquí tienes \$6 000.00”. Luego el de la Villa de Guadalupe dijo: “Yo, cinco mil”. Y le dijo: “Aquí tienes \$5 000.00”. Y así se fueron encadenando todos.

Sólo Rubén M. Jaramillo pudo decir, cuando le llegó a él la pregunta:

Yo, señor Aguirre, soy democrático, amante de la justicia, de la independencia y libertad de mi pueblo y no puedo hacer lo que están haciendo mis compañeros. Mi conciencia, mi libertad y mi reputación de mexicano no tienen precio. Yo le estoy sirviendo al gobierno por un salario que me paga y por un trabajo que me encomendó, pero no para entregar a los locatarios en manos de nadie. Si ellos, de acuerdo con su libertad que tienen dentro de nuestras leyes, quieren entregarse solos, será cosa de su libre y espontánea libertad, pero no porque yo los seduzca.

Entonces le dijo el jefe de Mercados: “Piense usted, señor Jaramillo, de aquí dependen los frijoles, y usted no haga caso de la mucha honradez y del patriotismo”. “Nunca me he guiado por los principios de las conveniencias de carácter personal. He tenido por bueno oír antes la voz de mi con-

ciencia". "Pues entonces tendrá usted que dejar el puesto que ocupa".

Así creí que pasaría y desde el momento que recibí su citatorio tuve por bueno arreglar el inventario, y desde luego, pido a usted que me dé un comprobante de que me separo, no por malversación de dinero del mercado, sino por no aceptar una actitud humillante y vergonzosa para el buen nombre de todo mexicano digno de su nombre. Entregándome usted ese comprobante, mándeme inmediatamente un inspector que reciba la oficina. Y me hace usted favor de liquidarme los últimos días que he trabajado.

Así fue.

Todos los administradores quedaron comentando la actitud viril de Rubén M. Jaramillo. Algunos de esos administradores le decían a Jaramillo: "Hubiera usted aceptado".

No, amigos, yo no quiero ser cómplice de ese ladrón de Miguel Alemán, a quien el señor presidente ha resuelto entregarle el poder de la nación. Yo no simpatizo con esta forma de proceder. Soy hombre libre y revolucionario y no creo digno permitir esta clase de maniobras de tan grande bajeza política, con la cual corrompen al pueblo y lo desvían de sus derechos, tornándolo en pueblo servil y domesticado, e inconsciente en lo que hace a la legítima defensa de sus libertades, lo cual no es de ninguna manera razonable ni justo para los que pensamos con verdadero sentido de responsabilidad patriótica.

Ya por el día 15 de octubre de 1945 una comisión de campesinos llegó a la ciudad de México a comunicarle a Rubén M. Jaramillo que debería presentarse en el pueblo de Tlaquilte-



nango el domingo 21 de octubre, donde por primera vez en la historia del estado se lanzaba la candidatura de un auténtico campesino a la gubernatura del estado, contra la voluntad de los letrados perfumados y de quienes lo secundaban.

Efectivamente, el domingo a las 7 de la mañana, salió de la capital de México rumbo al pueblo de Tlaquiltenango, acompañado del general E. Calderón R. En cuatro horas llegaron a Tlaquiltenango, al lugar denominado Hoja de Oro. Allí estaban no menos de 1500 hombres con dos bandas de música y muchos cohetes.

Entretanto, la autoridad preparaba algo malo para Jaramillo, teniendo a Gil Muñoz con 15 hombres armados de la fuerza de seguridad del estado. Era regidor de hacienda Miguel Cabrera, el cual había dicho que habría balazos, pero que Jaramillo no entraría a Tlaquiltenango.

Al fin, se organizó el desfile de Hoja de Oro rumbo al Zócalo, todo en perfecto orden. Llegaron al Zócalo, subieron al kiosco, comenzó a hablar el primer orador y el pueblo oía con buen ánimo lo que se decía, pero al tomar la palabra Rubén M. Jaramillo, el político chanchullero Juan Rojas, dueño del cine de ese pueblo, encerrado en el salón, con un micrófono y un tocadiscos hizo alboroto a fin de que el pueblo no pudiera oír lo que Jaramillo decía.

Pero Jaramillo, con su voz esforzada, se hizo oír ante el pueblo que lo aplaudía calurosamente, sin tomar en cuenta lo dicho por Juan Rojas: "Al general Calderón sí se le permite hablar, pero a Jaramillo no porque tiene asuntos pendientes con la justicia".

Entonces, el pueblo apedreó el local donde Juan Rojas estaba encerrado, sin que los hombres armados de Gil Muñoz se metieran en nada. Los destemplados gritos de Juan Rojas en nada interrumpieron el acto del partido jaramillista que, por primera vez, hizo su aparición política en el estado de Morelos.

Terminado el acto, el partido siguió su desarrollo, actuando como presidente Trinidad Pérez Miranda. Los propagandistas se esparcieron por todo el estado para establecer los comités y levantar actas constitutivas para formar el archivo del partido, el cual fue bautizado con el nombre de Partido Agrario-Obrero Morelense,<sup>1</sup> de lucha y de acción permanente.

El hoy jefe Rubén M. Jaramillo entró a la vida política revolucionaria al lado del pueblo, sin permitir arreglos privados con los políticos que sirven de rodillas a los potentados, que se han corrompido con las ínfulas del puesto y del dinero y se han apartado del pueblo.

Ese movimiento político siguió su curso y Jaramillo, después de muchos obstáculos que le puso el gobernador, Jesús Castillo López, fue registrado candidato al gobierno del estado, y pudo demostrar que tenía más popularidad que los candidatos, [que parecían] artículos de lujo, que se movían al impulso de las promesas de los supermandones políticos de la ciudad de México.

Llegaron las elecciones y Jaramillo obtuvo fuerte cantidad de votos sobre los demás candidatos, pero al fin fue impuesto el licenciado Ernesto Escobar Muñoz.

Al tomar posesión del gobierno, éste, a través de algunos amigos de Jaramillo, quería transar con él y los jaramillistas. Fue entonces cuando Trinidad Pérez Miranda, en su calidad de presidente del partido, juntamente con un licenciado de apellido Henríquez, vendió el partido a Escobar Muñoz en la suma de \$1 500.00 que se repartieron, llevándose el dicho licenciado \$1 000.00 y dejándole a Pérez Miranda sólo

<sup>1</sup> El Partido Agrario-Obrero Morelense fue fundado en el propio año de 1945. Tiempo después se lograron organizar filiales, con el mismo nombre, en los estados de Puebla, Guerrero y Oaxaca, donde se modificó únicamente el gentilicio. Antes de la muerte de Jaramillo, todos se asimilaron en el Partido Agrario-Obrero de México.

la suma de \$500.00, mientras Jaramillo andaba por Cuautla, lugar en donde recibió el aviso del asunto de Pérez Miranda.

Inmediatamente se trasladó a Cuernavaca, convocó a los delegados y presidentes de los comités y, ya reunidos, les expuso la situación, de lo cual resultó el acuerdo de reorganizar el partido, desconociendo a Trinidad Pérez Miranda como presidente y dejando al propio Rubén M. Jaramillo como presidente del mismo. Se tomó el acuerdo de mandar un oficio al gobernador comunicándole el desconocimiento de Pérez Miranda y el nombramiento de Rubén M. Jaramillo.

No hay que olvidar que Jaramillo, en su lucha política, llegó a tener en su partido no menos de 15000 miembros que, indignamente, Pérez Miranda vendió a razón de 10 céntimos por cabeza. Por mucho tiempo, Pérez Miranda se escondió de Jaramillo, por temor de algo que le pudiera suceder.

La actitud traidora de Pérez Miranda no hizo mella y el partido siguió adelante con Jaramillo a la cabeza. Y en el mismo año de 1946, fecha en que tomó posesión Escobar Muñoz, Jaramillo formó su programa de trabajo y mandó hacer muchas tarjetas con un círculo azul y rojo. Comenzó la tarea de reorganización del partido entarjetando cada uno de sus miembros y fijándoles una cuota de 50 centavos mensuales para sostener los gastos del partido.

Recorrió diferentes pueblos y era sorprendente que en cada pueblo que llegaba la totalidad se organizaba con él. Con esta actividad no estuvieron de acuerdo los políticos gobiernistas y sus satélites, quienes hacían planes para estorbar la creciente popularidad y urdieron matarlo y obligarlo a matar, con el fin de borrarlo del mapa o echarlo a huir si mataba.

En este complot estaban el gobernador, Alfonso T. Sámano, Raúl Ramos Cerda, gerente del ingenio de Zacatepec, Genaro Barba, Juan Rojas, Pepe Nava, Ignacio y Anselmo Reyna, Porfirio Neri, Alberto Paz, José Hernández "el Pozo-

lero”, el jefe de las defensas, coronel Cacho Peña, Salvador Duje, Federico Figueroa, Mario Olea, Teodomiro Ortiz “el Polilla”, quienes vigilaban a Jaramillo en sus movimientos.<sup>2</sup>

El martes 27 de agosto de 1946, Jaramillo llegó por la tarde a Panchimalco, donde el pueblo esperaba en el local del partido. Comunicó al comisariado y su ayudante que tendría una junta con el partido y que le hicieran favor de tocar la campana para reunir a los compañeros. Así fue.

Mientras eso se hacía, una partidaria de nombre Claudia puso una gran olla de café y fue a traer un canasto de pan, a lo que dijo Jaramillo: “Qué, ¿ya nos va hacer el velorio, compañera?”. Ella dijo: “Es que van a salir ya noche de la junta y pensé ponerles café para que no vayan en ayunas”. “Está bien, compañera”, dijo Jaramillo.

En esto estaban cuando llegó el ayudante, de apellido Colín, y dijo: “Ya está reunida la gente y lo esperan, señor Jaramillo”, el cual dijo: “Vámonos, después venimos a tomar café”.

Llegaron a la escuela del pueblo donde había no menos de 300 gentes reunidas. Comenzó la plática con la asamblea, donde se explicó el asunto económico de los campesinos, con relación a los irrisorios precios de sus cosechas y la ne-

<sup>2</sup> Pepe (José) Nava, concesionario de la Cervecería Cuauhtémoc, radicado en Jojutla, se convirtió en enemigo de Jaramillo. Ignacio y Anselmo Reyna, hermanos, originarios de Panchimalco, Mor., lideraban a las guardias blancas de las administraciones del Ingenio de Zacatepec. Porfirio Neri, originario de Tehuixtla, Mor., fue senador por el mismo estado. José Hernández, (a) “el Pozolero”, nacido en Jojutla. Mor., ocupó el cargo de jefe de la policía local. Salvador Duje, nacido en Xochitepec, Mor., miembro del Consejo de Administración de la Cooperativa del Ingenio de Zacatepec. Federico Figueroa, (a) “el Perico”, oriundo de Tetelpa, Mor., empleado del Ingenio. Mario Olea, nacido en Guerrero, llegó en 1938 hundido en la miseria, donde lo rescató Jaramillo. Fue jefe de la policía después, en Jojutla, y se convirtió en enemigo de su antiguo protector.

cesidad de organizarse debidamente para defender el fruto de su trabajo. Luego se trató el asunto político.

Dijo Jaramillo:

Es posible que muchos de nuestros compañeros vean mal esto de meternos en política, pero deben convencerse que es el camino que nos lleva a disputarles el poder público, o gobierno, a quienes lo han venido ocupando, los cuales no son campesinos ni obreros, sino elementos aprovechados que no tienen vida propia, que hoy están con el pueblo de Morelos y mañana no sabemos dónde están, porque como elementos transitorios hacen cuanto quieren en mal del pueblo y nunca sufren castigo. Por esta razón, creo que los campesinos y los obreros debemos enseñarnos para qué es la política y nuestra intervención en ella. Quiero que piensen que la política que practican los políticos del gobierno consiste en pago de dinero, bebidas embriagantes, tacos de barbacoa, viajes en camiones y cigarros, para que griten a favor del candidato que proporciona esas dádivas, las cuales al llegar ese candidato al poder cobra caro todo lo que dio y el pueblo no tiene más que soportar esa pesadilla.

Nuestra política es distinta. En ella es el pueblo el que debe determinar quién es el ciudadano que debe regir sus destinos y administrar sus intereses. La actual política del gobierno no es democrática porque no comienza como manda el artículo 39 constitucional, tomando como base la soberana voluntad del pueblo, tal como lo proclamamos nosotros. La política del gobierno y de su partido comienza de arriba hacia abajo y es un solo hombre el que nombra a los gobernantes desde la ciudad de México, y el pueblo nada más aprueba y sostiene. A estos procedimientos se les llama democracia dirigida y, según el decir de los políticos vividores del gobierno, lo hacen así porque el pueblo está incapacitado para elegir

y se puede equivocar eligiendo a sus propios enemigos. Por esto, son ellos los que le presentan a los individuos que lo han de gobernar y, le guste o no le guste al pueblo, los tiene que aceptar.

Esta vieja política la tenemos que liquidar a base de nuestra organización y orientación que venimos dando al pueblo y especialmente a los campesinos y obreros de nuestro estado. Como es natural, esto no le tiene que gustar a los políticos que engañan al pueblo y tendrán que echársenos encima, pero sabemos resistirlos, pensando que los beneficios que el pueblo ha venido recibiendo no se los han regalado, han costado sangre y vidas. Pero yo pregunto a ustedes: ¿Por quién hemos recibido esos beneficios, por los que se han rebelado o por los mansos y buenas gentes?

Toda la asamblea gritó: “¡Por los que se han tornado rebeldes!”. Entonces dijo Jaramillo: “Si esto es así, justo es que tributemos un grito de ¡vivan los rebeldes!”. Puestos de pie, toda la asamblea gritó: “¡Vivan los rebeldes!”.

En esto, penetraron los señores de la defensa rural federal, disparando sus fusiles, obligando a Jaramillo a ejercer su defensa en medio de un tremendo tiroteo que volaba los cristales de las ventanas de la escuela.

Fue entonces cuando Maximino Casales Torres, gran amigo de Jaramillo y Epifania García Zúñiga, dispararon sus pistolas. Maximino dio muerte al reservista Miguel Serrano y Epifania derrotó a balazos a Ignacio Hernández, otro reservista, y Rubén M. Jaramillo dio muerte a Serafín Dorantes, que era el comandante de los reservistas.

Fue aquello un verdadero fracaso para los planes criminales de los enemigos de Jaramillo, pero de todas maneras fue lo que pensaron: si lo matan está bien y si mata, se echa de malas y nos deja en paz. Así pensaron esos cobardes y

felizmente no hubo más desgracia que lamentar, pues muy a pesar de que el salón de la escuela estaba pletórico de gente, así de hombres como de mujeres, sólo sacó un pequeño raspón el ayudante municipal, señor Colín; pero todo aquel conglomerado se llevó gran susto, pues se hizo una fuerte gritería y unas gentes corrían para un lado y otras para otro.

Un maestro que deseaba oír hablar a Jaramillo, y que era amigo del profesor José Rodríguez, ambos en el lugar, se vio más apurado que el mismo Jaramillo, quien salió acompañado de Maximino Casales y el profesor José Rodríguez. Epifania salió por otro rumbo.

Después de que Jaramillo salió de la escuela, se reunieron muchas gentes en ese lugar para comentar la muerte de Jaramillo, pues todos estaban seguros de que de ese plan no escaparía. Entre esas gentes llegó Anselmo Reyna, quien a través del gobernador y del gerente del Ingenio de Zacatepec, señor Raúl Ramos Cerda, había recibido \$16 000.00, con los cuales contrató a los reservistas, para asesinar al líder Rubén M. Jaramillo, a cambio de lo cual ofreció \$10 000.00 quedando de entregárselos tan luego que Jaramillo quedara tirado muerto en el sitio donde pudieran matarlo. Así se comprometieron los reservistas, que eran íntimos amigos de Jaramillo, y más Serafín Dorantes, a quien Jaramillo colocó en un buen trabajo en el Ingenio de Zacatepec.

Cuando Anselmo Reyna llegó donde estaban tirados los reservistas, uno bocarriba y Dorantes bocabajo, preguntó: “¿Es Jaramillo el muerto?”. Alguien le dijo: “¡Es el Pato!”. Y Serrano: “¿Y Jaramillo?”. “Él ya se fue”. Entonces dio la vuelta y se fue, quedándose con los \$16 000.00 en la mano.

Como era de esperarse, los más abusados<sup>3</sup> enemigos de Jaramillo ocurrieron a la prensa capitalina informando que Rubén M. Jaramillo había penetrado en el pueblo de Pan-

<sup>3</sup> Mexicanismo por aguzado, listo, astuto.

chimalco acompañado de 10 hombres, perfectamente montados y armados con ametralladoras, y que había disuelto una asamblea que se verificaba en la escuela federal del poblado. Y que cuando los reservistas pretendieron someterlo al orden, los había asesinado, emprendiendo inmediatamente la fuga, pero que ya el señor general Pablo Díaz Dávila, comandante de la 24 Zona Militar en el estado, ordenaba la salida de fuertes contingentes de tropa federal para perseguir a Jaramillo hasta darle alcance y liquidarlo de una vez por todas.

¡Hay que tomar en cuenta cómo fraguan sus planes criminales los políticos perversos que se burlan de la ignorancia del pueblo y de su pobreza! Y cuando Rubén M. Jaramillo se enteró de la publicación de *La Prensa*, inmediatamente tomó un coche y se trasladó a la ciudad de México, fue al periódico *La Prensa* y desmintió la versión de los políticos criminales. Tomaron una foto de Jaramillo y salió con una larga publicación que echó por tierra lo dicho por los enemigos de Jaramillo, los cuales se indignaron mucho por la forma como se defendió éste.

Considerando que seguir organizando el partido dentro de la ley era un peligro, pensó rodearse de algunos compañeros y, todos armados, siguieron esos trabajos de organización, sin tener ya oficinas públicas, saliendo continuamente de un pueblo a otro, tomando sobre todo sus precauciones, pues sabía que los políticos gobiernistas le seguían los pasos, contratando gentes para asesinarlo.

Un día, un peluquero y gallero de apellido Mollado, que vivía enfrente de la casa de Mario Olea, en Jojutla, habló con un tal Francisco López, del Cacahuanate, estado de Guerrero, invitándolo a matar a Jaramillo, y cuando aceptó, se lo llevó a Mario Olea y le dijo: “Aquí está este amigo que conoce a Jaramillo y dice que él puede matarlo si se le ayuda”.



El dicho Mario lo examinó y a continuación le dio \$800.00 y una pistola .45 reglamentaria, con 200 tiros y 4 cargadores, y salió en busca de Jaramillo.

Llegó al pueblo de Huatecalco, al domicilio de un Nicandro Tenorio. Allí pidió informes y externó algo de lo que pensaba en contra de Jaramillo. Esto dio lugar a que alguien se pusiera en camino para decirle a los amigos de Jaramillo lo que había, a fin de que tomara sus precauciones.

Pero Jaramillo andaba preocupado por eso de la fiebre aftosa, pues muchos campesinos se quejaron con él, pidiéndole que pusiera su parte de ayuda para evitar en el estado de Morelos el fusilamiento del ganado. Entonces se puso a recorrer los pueblos, diciéndoles que se opusieran al fusilamiento del ganado y que él ya giraba una circular para movilizar a los ganaderos, proponiendo una asamblea general en la que estuviera presente el gobernador Escobar Muñoz y otros representantes del gobierno federal. También giró un oficio al gobernador donde le decía:

Si usted permite que en el estado de Morelos se fusile al ganado, hasta allí habrá paz, pues en el primer lugar donde se comience el fusilamiento del ganado, allí comenzaremos nuestra lucha defensiva. Ustedes deben saber que a los enfermos no se les mata, sino que se les tiene que curar; por eso tenemos a la ciencia médica veterinaria. Si ésta no es capaz, dejen a los ganaderos que por sí solos atiendan a sus animales. Rubén M. Jaramillo (Firmado).

Y es que éste se fue a Michoacán y en esos lugares vio las injusticias cometidas por el gobierno, y vio también cómo los pobres lloraban al ver cómo eran sacrificados sus animales bajo los disparos del famoso rifle sanitario. Y se regresó a Morelos, con la idea de no dejar que allí hicieran lo mismo.

Cuando regresó, recibió razones de una comisión encabezada por Pedro Casales y Clemente García, en el sentido de que les urgía hablar con él. Esa entrevista se realizó en Los Hornos, donde quedaron de acuerdo de que, en caso de que el gobierno llevara a cabo el fusilamiento del ganado, ayudarían para luchar en su defensa. Al fin de aquella activa labor de Jaramillo, se hizo la junta de ganaderos en Tlaltizapán, y de esa junta salió el acuerdo de que el ganado no se mataría, sino que sería inyectado. En esa junta estuvo el gobernador y un representante del presidente de la República, licenciado Miguel Alemán Valdés.

Mientras esa asamblea se efectuaba, Jaramillo estaba frente a Huatecalco, con 60 hombres perfectamente armados y montados, más otros tantos hombres a los lados de las carreteras que llegan a Tlaquiltenango, con la consigna de que si los representantes del gobierno se oponían al acuerdo de los ganaderos, en el sentido de no permitir el fusilamiento de los animales, entonces se abriría el fuego sobre los señores del gobierno. Pero felizmente nada de eso hubo y se suprimió el sacrificio del ganado.

Pero en seguida, el propio gobernador, las autoridades y hasta los veterinarios, le dieron rienda suelta al robo de ganado; enredando en esto a muchos partidarios de Jaramillo y soltando una fuerte propaganda en el sentido de que eran Jaramillo y su gente los ladrones de ganado. Entonces, Jaramillo destacó vigilancia por todas partes sobre el robo de ganado y descubrió que eran las propias autoridades que, como represalia contra los ganaderos por haberse opuesto a dejar fusilar el ganado, ahora tenían ladrones contratados, a los cuales se les legalizaban las ventas en los juzgados de Tlaquiltenango y Jojutla, Yecapixtla, Yautepec, Zacatepec, Puente de Xochi, Temixco, Cuautla, Jantetelco, Axochiapan, Puente de Ixtla y otros lugares del estado.

Valido de otros medios, Jaramillo denunció estos hechos. Así fue descubierto en Jojutla un secretario municipal de apellido Carreto y el presidente municipal de Tlaquilteango, Hilario Torres, y Álvaro Baena.

Calmado esto, Jaramillo dio la consigna de seguir los pasos de Mario Olea y de Francisco López. Pocos días después, estando el dicho Mario en una cantina, de Felipe Huicochea, rodeado de unos 14 lambiscones, pues no obstante que Jaramillo había mandado decir que ningún pacífico viajara en los carros de Mario, y que no se juntaran con él en ningún lugar, éstos haciendo a un lado las indicaciones, se seguían reuniendo con él; llegaron, pues, dos desconocidos y arrojaron dos bombitas donde estaba el famoso Olea, por medio de las cuales pretendían hacer salir a Mario donde otros ya lo esperaban.

El disparo de aquellas bombas apagó las luces y salieron heridos, no de gravedad, ocho individuos, compañeros de Mario. Aquellos hombres salieron corriendo y detrás de ellos los pistoleros de Mario, pero luego a poco, por el lado de Nexpita, se oyeron unos disparos cuyas balas llegaban hasta la plaza. Pero Mario no salió al combate, sino que se metió más al fondo de la cantina, de donde salió como a las 11 de la noche, cuando todo había terminado.

Esto causó un grande escándalo que demeritó la actitud envalentonada de Mario Olea. Más tarde, en la pequeña carretera de Tehuixtla a Chixco, seis hombres de Jaramillo iban a atacar a Mario, pero su camioneta iba llena de campesinos de Tehuixtla y no pudieron hacer nada, porque Jaramillo les indicó a sus gentes que no fueran a matar a gentes inocentes, sino sólo a los criminales compañeros de Mario, y por esto lo dejaron.

Jaramillo escribió una carta a Francisco López con el siguiente texto:

Sr. Francisco López Peralta, Los Hornos, Morelos. Estimado amigo: Tengo conocimiento de que después de ser tú uno de mis mejores amigos, ahora has fallado pues te aliaste con los ladrones de ganado para desprestigiar a nuestro partido y, últimamente, como el Iscariote, te has vendido al oro de mis enemigos, los cuales a más de darte \$800.00, armaron tus manos con una pistola .45 reglamentaria, con la cual pretendes quitarme la vida. Tu actitud no es correcta y aunque mi compadre me dice que lo que tú hiciste fue sólo una medida para hacerte de dinero y de una buena arma, pero que no llevarás a cabo tu promesa hecha con quienes te favorecieron, tú debes luchar por quedar bien ante tus amos del dinero y de las armas; si no lo haces, faltas al respeto de tu palabra. De todas maneras, quien miente una vez puede mentir muchas. Yo, como tu amigo, te suplico que luches por hallarme, o vete lejos, donde yo no te pueda encontrar y escápate, por tanto, de las manos de Mario Olea como de las mías. Rubén M. Jaramillo (Firmado).





## LAS ARMAS, ÚNICO CAMINO

**E**fectivamente, así fue. Francisco López fue a vivir por el estado de Puebla y por ese lugar lo mataron.

Mario Olea tenía una huerta de melones en Chinameca, y se estaba portando mal con los campesinos de ese lugar, pidiendo tierras rentadas por la fuerza, les quitaba el agua y sus pistoleros pretendían forzar a las muchachas de allí y recogían las escopetas de los campesinos. Esta queja y otras, del pueblo de San Rafael Zaragoza ante Jaramillo, hizo que éste ordenara la salida de cinco hombres perfectamente armados del Ingenio de Zacatepec a Chinameca, con el fin de topar el dicho Mario Olea. Esos hombres llegaron a San Rafael y tomaron toda clase de datos, y estando bien informados esperaron a Olea dos días. En ese tiempo llegó y por la tarde de ese día último y en un lugar propicio de la carretera de San Rafael a Chinameca, lo esperaron, trabándose un tiroteo de unos 10 minutos, donde murieron dos hombres de Mario y otro que corrió herido, y Mario, que corrió juntamente con un tal Magaña, cruel asesino del calibre de Olea.

Éstos corrieron dejando la camioneta, dos muertos que fueron quemados al incendiarse la camioneta, porque con los disparos fue roto el tanque de la gasolina y con el chisporroteo de las balas contra la camioneta, se quemó.

Esto dio lugar a que hicieran pesquisas y desarmaran a un pelotón de los reservistas de Chinameca y, más tarde, los federales hicieron preso al ciudadano José Villanueva, viejo

revolucionario que armó el Plan de Ayala. Más tarde, y en Tlaltizapán, los reservistas comandados por Ignacio Castañeda agarraron a Magdaleno Bonilla Miranda, del pueblo de San Rafael Zaragoza, y en la misma tarde lo entregaron a Mario Olea, quien lo hizo perdedizo sin saberse su paradero. Más tarde mataron a Castañeda en el mismo Tlaltizapán.

Jaramillo siguió organizando a muchos compañeros deseosos de luchar. Recorrió los pueblos, lanzó volantes de orientación y sus enemigos le seguían los pasos.

Epifania pensó trabajar y fue al rancho de Los Hornos a sembrar. Puso una buena labor de temporal, pero los federales que buscaban a quien había asesinado a Juan Rojas llegaron a Los Hornos y, sin más detenerse, buscaron a Epifania, la cual andaba en la labor, pues era tiempo de pizar. Al no hallarla, saquearon su casa, llevándose cuanto pudieron, hasta los huevos de las gallinas.

Jaramillo estaba en el pueblo de Tehuixtla, donde le fue dado aviso de aquel detalle. Salió inmediatamente al pueblo de Higuerón, donde le informaron que a Epifania la buscaban de casa en casa en el rancho de Los Hornos y que en partes ya se veía en gran peligro.

Salió Jaramillo con sólo 4 hombres, llegó a Los Hornos como a las 7 de la noche y mandó al señor Cirilo García a informarse dónde estaba Epifania y a decirles a las gentes que la sacaran. Estaba en el domicilio de la señora Inés Perdomo de Moreno y rodeada de 60 federales y 15 voluntarios, salió a unirse a Jaramillo y esa misma noche salieron con rumbo a Chimalacatlán.

A otro día bajaron al río Amacuzac, tomaron el camino río abajo hasta El Perillo, allí durmieron y almorzaron y siguieron su camino río abajo, hasta El Balseadero y allí, en una casita de uno de Guerrero, cenaron y siguieron andando toda la noche y fueron a amanecer hasta el pueblo de Mitepec.

En ese lugar permanecieron unos meses y luego regresaron a Morelos. Así anduvieron todo el tiempo, de pueblo en pueblo, formando elementos en cada lugar y siempre con amigos que sinceramente les hacían compañía. Entre ellos, la mujer inseparable que en todas sus aflicciones animaba a Jaramillo, atendiéndolo en sus necesidades, participando de todas las vicisitudes que en las luchas por el pueblo y para el pueblo nunca faltan.

Esta mujer muchas ocasiones fue calumniada como que iba a entregar a Rubén M. Jaramillo a cambio de dinero y que ella informaba al enemigo dónde estaba el campamento y todas las intenciones de Jaramillo. Y muchas ocasiones ella proporcionaba atenciones de manera justa y sincera a los compañeros, dando sus consejos y sus opiniones acerca de las ideas de Jaramillo, y en medio de todas las penalidades nunca flaqueó ni desesperó, siempre trató de dar ánimo y valor a todos, no haciendo caso a las muchas infundadas críticas de sus compañeros de lucha.

Había ocasiones en que mejor los hombres, como hombres, desmayaban en los caminos, antes que ella. Y muchas veces los hombres, donde llegaban, luego trataban de recostarse y descansar y ella, inmediatamente, daba principio a preparar alimentos y atenciones a Jaramillo, y muchas veces para otros más del grupo, y hasta para aquellos incomprensivos que la intrigaban procurando causarle daños, con la doble mala intención de que Jaramillo la segregara del grupo.

Esto lo hacían hasta algunas mujeres del partido que, a pesar de todo, ignoraban los viejos méritos en la lucha del partido jaramillista que desde un principio había hecho, los cuales no eran ocasionales sino de una base sólida, cierta y firme. Y muchas veces el propio Jaramillo sostuvo muy fuertes altercados con los débiles del grupo que como hombres no sabían estimar el valor de las mujeres que piensan revolucionariamente y que consagran sus vidas a estos principios,



que son la base de la liberación de los pueblos oprimidos, esclavos y explotados. Sería largo narrar todos los buenos y sanos servicios que esta mujer ha prestado a la causa del pueblo, sostenida y defendida por Rubén M. Jaramillo.

Jaramillo ha seguido firme, leal, sincero y decidido amigo del pueblo trabajador, y en su largo camino de lucha tiene una magnífica escuela sobre la vida práctica: ha recogido la semilla del dolor del pueblo que le ha expresado sus profundos sentimientos y su continuada desesperación que ese sufrimiento, causado por la miseria, le provoca.

Y, como es natural, lo dicho por el pueblo hizo que Jaramillo sintiera mayor deseo de sentirlo, combatiendo en todos los órdenes y como mejor puede a quienes arruinan al pueblo y a quienes, ya sabedores de quiénes son los expoliadores del pueblo, se apartan de éste para unirse a los malvados por simples dádivas o promesas que les hacen, sin querer entender que, al traicionar al pueblo, se traicionan ellos mismos.

Eso sostiene Jaramillo. Y también entre sus seguidores ha habido quienes, lejos de ayudarlo, le han creado problemas difíciles, haciendo labor de desprestigio, de calumnias e intrigas, unos empujados por los enemigos políticos de Jaramillo y otros guiados sólo por pasiones y ambiciones de carácter personal, o por desavenencias de poca importancia, pero que de todas maneras, y cuando han sospechado que Jaramillo ha entendido sus maquinaciones, se han retirado espontáneamente. A otros los ha separado Jaramillo, sin dar lugar al uso de violencias, porque no los ha considerado confabulados con sus enemigos, sino sólo víctimas de su incomprensión, fruto de su profanada ignorancia en el conocimiento de las causas justas y de liberación para el pueblo y para ellos.

También en esta lucha ha habido elementos, así hombres como mujeres, quienes por desgracia, por denuncias,

han caído en manos del gobierno, quien, de acuerdo con sus viejas costumbres y métodos de la inquisición clerical romana, los ha sometido a rigurosos tormentos, metiéndolos en sótanos oscuros y húmedos, sin darles agua ni alimentos, y dándoles sorpresas con el fin de intimidarlos, obligándolos a decir dónde está su jefe.

Pero al no confesar esto, vendados de los ojos y volteándolos de espaldas, picándolos con sus bayonetas para conseguir su objetivo y cortando cartucho a los oídos de sus víctimas para atemorizarlos.<sup>1</sup>



<sup>1</sup> Aquí termina el manuscrito, interrumpido por el asesinato de Rubén Jaramillo y su familia, a manos del ejército. Su lucha y su vida azarosa continúan en años posteriores incluyendo nuevos levantamientos y hechos de armas.



## BIBLIOGRAFÍA

### EXISTENTE SOBRE EL JARAMILLISMO<sup>1</sup>

- BATALLA, Paula, *Donde quiera que me paro, soy yo (Autobiografía de una jaramillista)*, México, CIDHAL (Serie Nuestra Vida), 1988.
- BELLINGERI, Marco, “Los campesinos de Morelos y el proyecto cardenista: alianza, subordinación y ruptura (1935-1943)”, en *Historias*, revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, núm. 11, México, 1985.
- , *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres 1940-1974*, México, Secretaría de Cultura de la Ciudad de México y Casa Juan Pablos Ed., 2003.
- BENÍTEZ, Fernando, “En el hogar aniquilado”, *Siempre!*, núm. 211, julio, México, 1962.
- CARBAJAL RÍOS, Carola, “¡Paula Batalla Sandoval ha muerto! In memoriam”, *Cuadernos Agrarios*, núm. 2, IIS-UNAM, México, 1991.
- CASTELLANOS, Laura, *México armado, 1943-1981*, México, Editorial ERA, 2007.
- FUENTES, Carlos, “La muerte de Rubén Jaramillo”, en *Tiempo mexicano*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1971.
- GARCÍA JIMÉNEZ, Plutarco Emilio, “El movimiento jaramillista. Una experiencia de lucha campesina y popular del periodo postrevolu-

<sup>1</sup> Si bien el único criterio para realizar una lista bibliográfica es la exhaustividad... resulta un objetivo difícil de alcanzar. Sin embargo, por incompleta, decidimos ofrecer esta lista de materiales, para poder complementar y profundizar en la historia de nuestros pueblos de nosotrxs mismxs (Libertad bajo palabra).

- cionario en México”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, México, UAEM, 1983.
- , “Lucha electoral y autodefensa en el jaramillismo”, en *Cuadernos Agrarios*, núm. 10, julio-diciembre, México, 1994.
- GARCÍA VELASCO, Guadalupe, *Son mis mejores soldados, testimonios de mujeres jaramillistas*, México, Escuelas Campesinas Revolución del Sur, 1991.
- GLOCKNER, Fritz, *Sembrar las armas, la vida de Rubén Jaramillo*, México, Fundación Rosa Luxemburgo y Brigada para leer en libertad A. C., 2010.
- GRAMMONT, Hubert, “Jaramillo y las luchas campesinas en Morelos”, en Julio Moguel (coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana, Política estatal y conflictos agrarios, 1950-1970*, tomo VIII, México, CEHAM y Siglo XXI Editores, 1989.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Aura, “Razón y muerte de Rubén Jaramillo. Violencia institucional y resistencia popular. Aspectos del movimiento jaramillista”, en Horacio Crespo (dir.) *Historia de Morelos, Tierra, gente y tiempos del Sur*, tomo VIII, María Victoria Crespo y Luis Anaya Merchant (coords.), *Política y sociedad en el Morelos posrevolucionario y contemporáneo*, México, Congreso del Estado de Morelos, 2010.
- , “‘No somos bandidos y menos asaltantes’. Bandolerismo y resistencia en el Morelos posrevolucionario. Las huellas del Plan de Ayala en los postulados programáticos del Plan de Cerro Prieto de los jaramillistas en Morelos”, en Carlos Barreto Zamudio (coord.), *La revolución por escrito. Planes políticos-revolucionarios del estado de Morelos, siglos XIX y XX*, México, Gobierno de Morelos, 2013.
- El jaramillismo en el Morelos de Norberto López Avelar*, México, Editorial Libertad bajo palabra, 2014.
- LÓPEZ LIMÓN, Guillermo, *El movimiento jaramillista (1915-1962)*, Tesis de licenciatura en Sociología, México, UNAM, 1994.
- MACÍN, Raúl, *Rubén Jaramillo, profeta olvidado*, 3ra. ed., México, Editorial Claves latinoamericanas, 2002.

- MANJARREZ, Froylán C., *Matanza en Xochicalco*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1981.
- MCCORMICK, Gladys I., *Heroes, myths and citizens in Mexico: the case of Rubén Jaramillo*, EUA, Universidad de Wisconsin, 2002.
- MEJÍA MARENCO, Juana de los Ángeles y María del Rocío García Rodríguez, *El pueblo de Galeana. Testimonios de su historia, Nuestras Voces en tus manos*, México, UAEM, La Rana Sabia y El Colegio de Cronistas Morelenses, 1999.
- MONTEJANO, Ricardo, *Félix Serdán Nájera. Memorias de un guerrillero jaramillista*, México, Desinformémonos Ediciones, 2012.
- MONROY CARACAS, Everardo, *Ansia de poder: Los seis años de gobierno de Norberto López Avelar (Morelos, 1958-1964)*, México, Imprenta Toleman, 1991.
- PADILLA, Tanalís, “Por las buenas no se puede: Rubén Jaramillo’s campaigns for governor of Morelos, 1946 and 1952”, *Journal of Iberian and Latin American Studies*, vol. 7, núm. 1, 2001.
- , “From Agraristas to Guerrilleros: The Jaramillista Movement in Morelos”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 87, núm. 2, UEA, 2007.
- , *Rural resistance in the land of Zapata: the Jaramillista movement and the myth of the pax priista, 1940-1962*, UEA, Duke University Press, 2008.
- , “Por las buenas no se puede”. *La experiencia electoral de los jaramillistas*, México, Editorial Libertad bajo palabra, 2012.
- PÉREZ ALFARO, María Magdalena, *La muerte de Rubén Jaramillo en la prensa nacional*, Tesis de licenciatura en Historia, México, UNAM, 2011.
- RAVELO LECUONA, Renato, *Félix Serdán, memorias de un guerrillero, Testimonio colectivo*, México (Colección Memorias comunitarias), Causa ciudadana y Editorial Rizoma, 2002.
- , *Los Jaramillistas, la gesta de Rubén Jaramillo narrada por sus compañeros*, 2a. ed., México, La Rana del Sur, 2007.
- SÁNCHEZ RESÉNDIZ, Víctor Hugo, “Los suscritos, patriotas morelenses y defensores del Plan de Ayala...’ El plan de Puztla (1943) y el

levantamiento de los pueblos de Morelos contra el servicio militar obligatorio”, en Carlos Barreto Zamudio (coord.), *La revolución por escrito. Planes políticos-revolucionarios del estado de Morelos, siglos XIX y XX*, México, Gobierno de Morelos, 2013.

QUESADA, Sergio, y Jesús Tapia, *Mecanismos de dominación en un ejido cañero: el caso de Tlalquitenango*, Tesis, Morelos, UIA, 1977.

VENCES, Julián, *Mónico Rodríguez, comunista y carmelita descalzo*, México, Secretaría de prensa y propaganda del PRD, 2001.



# ÁLBUM FOTOGRÁFICO



## GIRA HENRIQUISTA EN MORELOS



Vista de la recepción al candidato presidencial de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano en Tlaltenango rumbo a Cuernavaca, 11 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Vista de la recepción al candidato presidencial de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano en Tlaltenango rumbo a Cuernavaca, 11 de mayo de 1952. Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Miguel Henríquez Guzmán saluda a sus partidarios. A su izquierda, el general Francisco J. Múgica y el candidato a gobernador de Morelos, Rubén Jaramillo. Cuernavaca, 11 de mayo de 1952. Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Miguel Henríquez Guzmán saluda a sus partidarios. A su izquierda, el candidato a gobernador de Morelos, Rubén Jaramillo. Cuernavaca, 11 de mayo de 1952.

Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo y el general Miguel Henríquez Guzmán a bordo de la camioneta "La Cotorra", camioneta *pick up* utilizada durante la campaña de Jaramillo para gobernador, Cuernavaca, Morelos, 11 de mayo de 1952.

Fondo Hermanos Mayo, AGN.





El candidato del Partido Agrario-Obrero Morelense-Federación de Partidos del Pueblo Mexicano a gobernador de Morelos, Rubén Jaramillo, y el candidato presidencial de la FPPM, Miguel Henríquez Guzmán, flanqueados por la bandera mexicana, Cuernavaca, Morelos, 11 de mayo de 1952.

Fondo Hermanos Mayo, AGN.



General Marcelino García Barragán (de perfil), general Miguel Henríquez Guzmán, general Genovevo de la O, Graciano Sánchez, Rubén Jaramillo al micrófono y general Francisco J. Múgica en el mitin político de Cuernavaca, 11 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Campeños morelenses partidarios de Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez Guzmán, Jojutla, Morelos, 12 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.





Comitiva de campesinos y jinetes a caballo, Jojutla, Morelos, 12 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez Guzmán saludando  
a un viejo zapatista, Morelos, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Miguel Henríquez Guzmán saluda a un zapatista, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Mujeres partidarias de Jaramillo y Henríquez Guzmán les dan la bienvenida con confeti a Alpuyeca, 12 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



El candidato a gobernador, Rubén Jaramillo, y el candidato a presidente por la FPPM, Miguel Henríquez Guzmán, en el mitin de Alpuyeca, Morelos, 12 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez Guzmán escuchan a la oradora del Partido Agrario-Obrero Morelense en el mitin de Alpuyeca, Morelos, 12 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.





José R. Colín (5to. presidente nacional de CTIN-CANACINTRA), Miguel Henríquez Guzmán y Rubén Jaramillo, en Jojutla, Morelos, 12 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez Guzmán a su paso por la iglesia metodista de Cuautla "Templo de Cristo", 13 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.





Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez Guzmán agradecen a sus partidarios de Cautla a su paso por la iglesia metodista, 13 de mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez Guzmán hacen una guardia  
en el monumento a Zapata. Cuautla, 13 de mayo de 1952.

Fotografía: Hermanos Mayo.

Museo Comunitario "Rubén Jaramillo", Tlaquilténango, Morelos.



Miguel Henríquez Guzmán saluda a un ejidatario; a su derecha,  
Rubén Jaramillo. Morelos, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Miguel Henríquez Guzmán habla en un mitin; a su derecha,  
Rubén Jaramillo. Morelos, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Los candidatos Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez Guzmán rodeados de dirigentes y niños del lugar. Morelos, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez Guzmán a su arribo a una población de Morelos durante la campaña política de 1952, mayo de 1952.

Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Jinetes jaramillistas, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.





Soldados del Ejército apostados en las inmediaciones  
del mitin henriquista, mayo de 1952. Morelos.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.





Elementos de seguridad reunidos en las inmediaciones  
del acto henriquista, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Elementos de seguridad reunidos en las inmediaciones  
del acto henriquista, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Los candidatos Rubén Jaramillo y Miguel Henríquez escuchan a un conjunto musical durante un mitin. Morelos, mayo de 1952.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.

## MUJERES JARAMILLISTAS



Rubén Jaramillo rodeado de sus partidarios, 1958.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo rodeado de sus partidarios, 1958.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Félix Serdán y Rubén Jaramillo en una asamblea.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.

## AMNISTÍA, ABRAZO Y TRAICIÓN (MICHAPA Y EL GUARÍN)



Rubén Jaramillo y Epifania Zúñiga en su visita al presidente electo Adolfo López Mateos, 18 de mayo de 1958.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo y Epifania Zúñiga en su visita al presidente electo  
Adolfo López Mateos, 18 de mayo de 1958.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.





Rubén Jaramillo, Epifania Zúñiga y partidarios en su visita al presidente electo Adolfo López Mateos, 18 de mayo de 1958.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Rubén Jaramillo, Epifania Zúñiga y partidarios en su visita al presidente electo Adolfo López Mateos, 18 de mayo de 1958.

Fondo Hermanos Mayo, AGN.

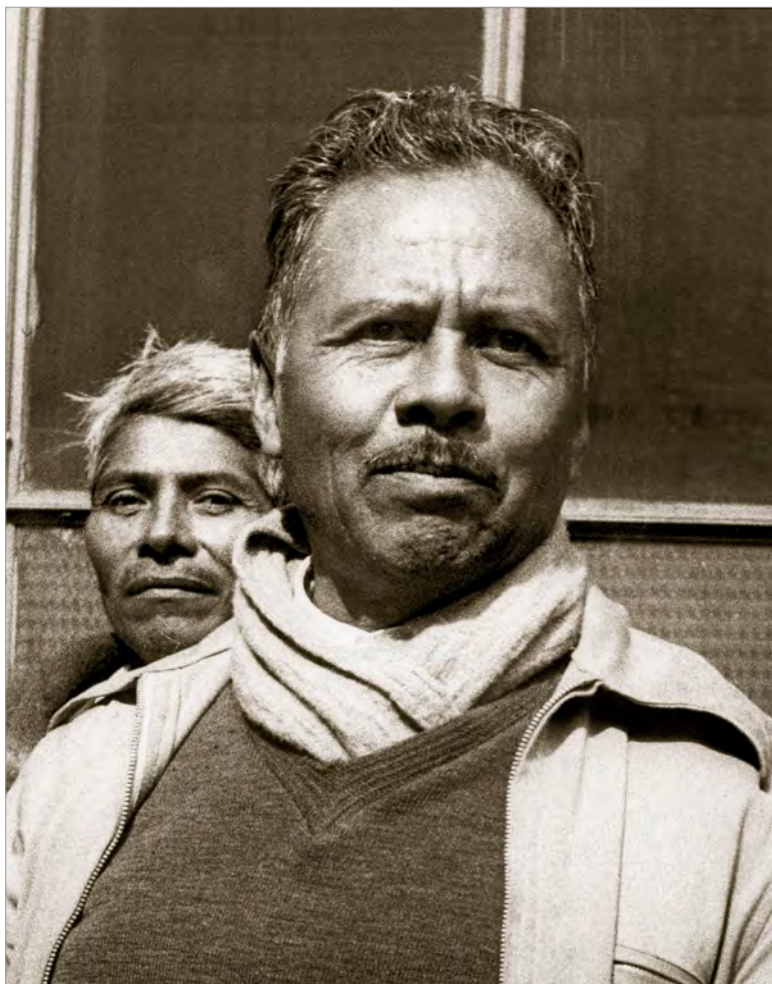


Rubén Jaramillo, su esposa e hijo con el presidente López Mateos (detalle),  
ca. 1960. Revista *Punto Crítico*, 6 de junio de 1972. Acervo  
del Centro de Estudios Filosóficos y Sociales  
“Vicente Lombardo Toledano”. Secretaría de Educación Pública.



Rubén Jaramillo y seguidores.

Revista *Punto Crítico*, 6 de junio de 1972. Acervo del Centro de Estudios Filosóficos y Sociales "Vicente Lombardo Toledano". Secretaría de Educación Pública.



Rubén Jaramillo, *ca.* 1960.

Imagen tomada del Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre, 1466. INEHRM.





Rubén Jaramillo, 1962.

Imagen tomada de la revista *Política*, vol. III, núm. 51, 1o. de julio de 1962, p. 5.



Rubén Jaramillo habla con un hombre de anteojos junto a campesinos, *ca.* 1960.

© (610656) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.



Rubén Jaramillo habla con campesinos, *ca.* 1960.  
© (610654) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.





Rubén Jaramillo conversa con campesinos, *ca.* 1960.  
© (610650) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.



Mujeres reparten de comer a un grupo de campesinos, *ca.* 1960.

© (610652) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.



Campeſinos entre casas rústicas de paja, *ca.* 1960.  
© (610649) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.



Fotografía: *Impacto* núm. 640, 6 junio, 1962.

## MEMORIA JARAMILLISTA



Militantes del Movimiento de Liberación Nacional guardan un minuto de silencio en memoria de Rubén Jaramillo, Epifania Zúñiga y sus hijos, 1962.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Militantes del Movimiento de Liberación Nacional en reunión en honor  
a Rubén Jaramillo, Epifania Zúñiga y sus hijos, 1962.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Una militante del Movimiento de Liberación Nacional denuncia el crimen de Xochicalco, 1962.

Fondo Hermanos Mayo, AGN.



Una militante del Movimiento de Liberación Nacional  
denuncia el crimen de Xochicalco, 1962.  
Fondo Hermanos Mayo, AGN.





Campesinos morelenses en la asamblea del Movimiento de Liberación Nacional donde se denunció el crimen de Xochicalco, 1962.

Fondo Hermanos Mayo, AGN.



“Los campesinos de Morelos en homenaje a los luchadores sociales Rubén Jaramillo Ménez y Epifania Zúñiga García y sus hijos Enrique, Filemón y Ricardo, asesinados en este lugar el 23 de mayo de 1962. Unión de Pueblos de Morelos-CNPA. Instituto Cultural de Morelos Rubén Jaramillo, Xochicalco, mayo 23 del 2001”.



Retrato de Rubén Jaramillo por Jesús Álvarez Amaya, 1980 TGP.  
Museo Comunitario "Rubén Jaramillo", Tlaquiltenango, Morelos.



Alfredo López Casanova, busto de Rubén Jaramillo.  
Museo Comunitario "Rubén Jaramillo", Tlaquiltenango, Morelos.



Retrato de Rubén Jaramillo.  
Museo Comunitario "Rubén Jaramillo", Tlaquiltenango, Morelos.





Sombrero de Rubén Jaramillo.  
Museo Comunitario "Rubén Jaramillo", Tlaquiltenango, Morelos.



Fotografía de Ricardo Montejano: Pedro García, Mónico Rodríguez, Estanislao Tapia, Paula Batalla, la compañera Ricarda y Félix Serdán sostienen una foto de Jaramillo, 1988. Museo Comunitario "Rubén Jaramillo", Tlaquiltenango, Morelos.









## **AUTOBIOGRAFÍA RUBÉN JARAMILLO**

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Se terminó en la Ciudad de México en noviembre de 2022.

A 60 años del asesinato de Rubén Jaramillo y su familia, el INEHRM recuerda a este dirigente en un esfuerzo de recuperación de la memoria histórica del movimiento campesino en el Morelos posrevolucionario. Por eso ahora publica en formato digital la *Autobiografía* de Jaramillo, originalmente editada en 1967 por la Editorial Nuestro Tiempo. El asesinato, cometido en Xochicalco, provocó reacciones diversas en la clase intelectual y artística del país, algunos de cuyos integrantes señalaron que el Estado mexicano había asesinado su propia herencia zapatista, agrarista y campesina. El presidente Adolfo López Mateos, quien había amnistiado al dirigente social y se había fotografiado abrazándolo, fue señalado como corresponsable del crimen. Como era usual, la impunidad prevaleció a pesar de la presión por resolver el caso. El movimiento jaramillista continuaba la lucha zapatista en Morelos. Al paso de las décadas, la *Autobiografía* se convirtió en referente de la “digna rabia” de los indígenas mexicanos y en 1994, uno de los lugartenientes de Rubén Jaramillo, Félix Serdán, se unió a la lucha política del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, hermanando ambos movimientos.



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

